CREO EN EL ESPÍRITU SANTO

REVELACIÓN BÍBLICA Y CONFESIÓN CRISTIANA

X. Pikaza
Taller Teológico, Madrid 16.03.13

El Credo más antiguo (Apostólico) supone que el Espíritu de Cristo actúa *en la santa iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados y la vida eterna*. El Credo del Concilio de Constantinopla (381) afirma que el Espíritu Santo *es Señor y Vivificador, que procede del Padre [los latinos añadirán y del Hijo], que con el Padre y el Hijo es adorado y glorificado, y que habló por los profetas*; después añade, en ese mismo contexto: *Creo la iglesia, que es una, santa, católica y apostólica. Confieso que hay un solo bautismo para el perdón de los pecados. Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro*. De esos temas tratan las páginas que siguen, que quieren ser una confesión y reflexión sobre el Espíritu, en perspectiva bíblica.

Mi trabajo se divide en tres partes. 1) Introducción. Antiguo Testamento y experiencia israelita. 2) Vida y pascua de Jesús, Nuevo Testamento. 3) Confesión cristiana.

1

ANTIGUO TESTAMENTO Y EXPERIENCIA ISRAELITA

1. *Espíritu humano, Espíritu de Dios. Principio antropológico*

El Espíritu no es algo que está ahí, junto a otras cosas, como un árbol o río, un animal o un hombre. No es tampoco un alma descarnada con la que entramos en contacto por invocaciones, conjuros o magias, como suponen muchos espiritistas, famosos antaño y activos hoy día, expertos en comunicarse con difuntos o habitantes angélicos del cosmos. Ciertamente, *lo espiritual* existe: un viejo filósofo decía que el mundo está lleno de Dioses (Tales de Mileto), un sociólogo moderno ha escuchado en el aire un rumor de ángeles (P. Berger). La vida y realidad es misteriosa, más honda y esquiva cuanto más la penetramos, de manera que estamos tentados a decir que *todo es espíritu*, energía multiforme, comunicación, palabra.

No sabemos cómo situarnos ante el “remolino” del cosmos: galaxias, estrellas y mundos incontables, habitados por lo desconocido; no sabemos cómo interpretar el árbol añoso y sorprendente de la vida que recorre inexorable y majestuosa su camino. ¿Somos la punta espiritual de un iceberg de materia? ¿Somos materia base de un astro divino? Muchas viejas distinciones que nos han ayudado a pensar durante siglos y que aún se emplean en lenguaje coloquial (espíritu y materia, cuerpo y alma) han perdido su sentido, pues todo lo que existe parece vinculado.

El Espíritu no es una cosa, sustancia (o partícula cuántica) entre otras, que podemos colocar entre las *realidades físicas*, para quedar así tranquilos y pasar luego al estudio de otras nuevas. Tampoco es una *realidad virtual*, escondida en un archivo de la red (internet) que sólo

viene a la pantalla de nuestra conciencia si ponemos por la recta clave. El Credo le presenta más bien como la *realidad señorial y vivificadora* (Credo: *Dominum et Vivificantem*), que actúa y se expresa en todo lo que existe y de un modo especial en la experiencia y vida de los hombres. Eso significa que el fondo cósmico supremo no es algo material (átomos o cosas), ni una ley física, que encierra lo que existe en un sistema (como quisieron y quieren algunos científicos, buscando una *piedra filosofal* o gran ley que explique lo que existe), sino “algo” que llamamos “espíritu”, hecho de comunicación e impulso vital. En ese sentido, y no en oposición a la materia, decimos que al principio era el Espíritu.

La misma etimología de la palabra, del latín *spiritus* (aliento, respiración), que corresponde al hebreo *ruah* y al griego *pneuma*, nos pone en buen camino: el Espíritu es la forma que los humanos tienen de vivir, no sólo porque respiran (como los animales), sino porque hablan (las palabras están hechas de aliento, respiración modulada con sentido) y se abren a todo lo que existe. Son cuerpo (minerales) y alma que respira (animales), pero son también Espíritu: su respiración más honda, hecha de amor y palabra consciente, les vincula de un modo especial al uni-verso o unidad relacional de todo.

Se ha dicho que el ser humano es dual, cuerpo (materia) y alma (pensamiento), pero quizá es mejor afirmar que el hombre es cuerpo, alma y “espíritu” (es relación viviente), un ser que está inserto en la “vida universal”. El problema está en precisar el sentido que tiene el Espíritu:

1. *Espíritu del cosmos: somos parte de la gran Vida del mundo.* Así respondieron algunos filósofos griegos y muchos científicos modernos: somos parte de un gran mundo que está vivo y respira (viento y tormenta aparecen como respiración divina del cosmos). De la vida del mundo venimos, en la vida del mundo moramos, a ella tornaremos. Ciertamente, hay algo especial en los humanos, pero nada individual que permanezca para siempre. Muchos ecologistas actuales, en la línea de B. Espinosa, añaden que debemos ser fieles al “espíritu del cosmos”: no tenemos más Dios que la Vida, ni más religión que el respeto al proceso viviente del cosmos.

2. *Espíritu ilusión.* Después de dividir el mundo en dos sustancias (materia y pensamiento), como quería Descartes, muchos han terminado afirmando que en el fondo sólo hay una: todo es materia. El espíritu no existe, es sólo una palabra que empleamos para referirnos a ciertos fenómenos complejos, como hacían los poetas en sus mitos. Todo lo que hay en el mundo son variaciones de la única materia, que aparece en ciertos lugares como vida o entendimiento, porque el mismo entendimiento y voluntad son materiales y así pueden estudiarse por la ciencia (física y biología, matemática y psicología).

3. *Espíritu de Dios, Espíritu del hombre.* Del Espíritu en sentido cristiano estrictamente dicho sólo puede hablarse allí donde se afirma que hay un Dios que existe en sí (no es puro mundo) y actúa de manera creadora y amorosa. Dios no es Espíritu en cuanto ser cerrado (esencia inmaterial aislada), sino como *Relación de todas las relaciones*, Amor fundante y Presencia animadora: se abre y entrega a sí mismo, como Vida radical y Fuente de comunicación para los humanos. El ser del Espíritu es darse: Apertura creadora, Aliento de amor generoso que sólo “se tiene a sí mismo” (en autopresencia) regalándose del todo. Por eso, siendo reales, las cosas se realizan en Dios; siendo autónomo, el hombre sólo puede hacerse humano en el Espíritu divino.

En esa última línea podemos definir al Espíritu como *autopresencia extática y comunicativa*. Es *autopresencia* o capacidad de ser en sí mismo: sólo es Espíritu aquel que de algún modo se tiene, está en sí mismo. Al mismo tiempo es *extático*: puede salir, desbordando sus límites, en gesto que podemos llamar de trascendencia. Finalmente, es *comunicación*, existencia compartida: no se posee y sale de sí para perderse, sino para expresar y realizar una existencia compartida. Su realidad más honda es comunicación. Lógicamente, el espíritu pertenece al nivel de lo personal.

2. El Espíritu de Dios sobre las aguas. Principio bíblico

En esa última línea quiero situarme, partiendo de la Biblia, no para identificar a los hombres con Dios y negar su independencia (como harían ciertos hegelianos), sino para destacar su independencia, partiendo de un Dios personal (es auto-posesión) que quiere comunicarse de manera libre, no imponerse, a los hombres, haciéndoles capaces de acoger su presencia y dialogar con él desde el mundo; estas son sus primeras palabras:

En el principio... la tierra era caos y confusión y oscuridad sobre el abismo.
 Pero el Espíritu de Dios aleteaba por encima de las aguas.
 Y dijo Dios: "hágase la luz..."; y dijo Dios "sepárense las aguas..." (cf. Gen 1, 1-6).

El Espíritu, simbolizado como huracán de Dios, planea sobre el abismo de un mundo que en sí mismo sería caos confuso. Así aparece como presencia creadora, extática, de Dios, que actúa después por la Palabra (y dijo Dios...) para así comunicarse. El mismo Aliento de Dios, respiración creadora, es Palabra que llama, organiza y relaciona todo lo que existe. Avanzando en esta línea, se dirá que Dios ha creado con su Aliento al ser humano:

Formó al humano con barro del suelo e insufló en su nariz Espíritu de vida
 y resultó el humano un ser viviente...
 Y le dijo Dios: "De cualquier árbol del jardín puedes comer,
 más del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás,
 pues el día en comieres de él morirás sin remedio" (Gen 2, 7.16-17).

Los humanos aparecen vinculados Dios, inmersos en su respiración: han recibido su aliento, en amor que les hace capaces de comunicarse de un modo personal, abriéndoles a Dios. Pueden dialogar con él en libertad, pero sin "comer del árbol del conocimiento del bien-mal", pues hacerlo sería encerrarse, alejarse de Dios, optar sólo por sí mismos, en un mundo de leyes y disputas sociales, en la complejidad de la historia. Eso significa que el Espíritu de Dios no es poder de imposición, sino que deja en libertad a los humanos, haciéndoles capaces de ser o perderse (=morir), si es que prefieren crear un mundo de juicio (bien-mal), opuesto al deseo de Dios.

Dios hace a los hombres capaces de dialogar con él, pero no les impone su diálogo; les abre al amor, pero no les obliga a quererle. Este es el don y riesgo de paraíso y del "primer" pecado (Gen 2-3), que son inseparables. El Espíritu de Dios es Vida que no impone, Amor que no cautiva, sino eleva en libertad a los humanos, para que ellos mismos puedan ser personas y así optar, aceptando el don de gracia de Dios o rechazándolo, encerrados en su propia ley (adueñándose del conocimiento del bien mal).

Ciertamente, reciben *Ruah*, aliento de Dios, pero sólo cuando dejan que su gracia les anime y capacite para vivir en comunión interhumana. Entre la gracia, que viene de Dios, y la muerte que ellos crean habitan los hombres (cf. Sab 1, 15-16; 2, 23-24), seres paradójicos, llenos de riqueza, en el borde de mayor pobreza. Así decimos que *el Espíritu es Dios*, pero no como sustancia cerrada, sino como gracia creadora que se ofrece de manera gratuita a los humanos, para que puedan vivir en éxtasis de comunicación amorosa y gratuita. Y añadimos *que los humanos son Espíritu* en cuanto moran y viven dentro de la Vida divina. La *Ruah* (Espíritu) de Dios se identifica con su gracia (Cf. G. Auzou, *Jueces*, FAX, Madrid 1968, 85, 87, 94).

El Espíritu no es cosa ni ley, sino éxtasis creador y comunicación, en libertad personal. *Es Dios Regalo* (Autodonación), que nos hace nacer y vivir gratuitamente en su Presencia (sin imponerla por fuerza). *Es la Humanidad regalada*, que acoge el Aliento de Dios, y así vive

desbordándose a sí misma, en gracia. Siendo gracia que no puede imponerse, el Espíritu va unido a la posibilidad del pecado, que se expresa donde los humanos quieren volverse "dueños del bien-mal", sólo por sí mismos, abandonando la raíz del Espíritu divino. Pero, aunque ellos le abandonen, Dios sigue ofreciéndoles su aliento, para que puedan comunicarse y buscar el paraíso.

Se inicia así *la historia del Espíritu*, el despliegue de la humanidad que busca tanteante las fuentes de la gracia, permitiendo que Dios se comunique gratuitamente a ella, como Espíritu. La historia externa de la humanidad se encuentra dominada por el árbol del bien-mal, que se expresa como lucha mutua, dominio de unos sobre otros, violencia. Pero hay una *historia más profunda de gracia*, que se muestra donde Dios escoge en gratuidad a unos humanos, para hacerles bendición o principio de unidad sobre la tierra (Gen 12, 1-3). Ésta es la historia del Éxodo de Egipto y del mensaje de los grandes profetas, que señalan el camino que conduce, sobre la ley y violencia del mundo, al futuro de gracia y reconciliación de los humanos. Por eso, el Credo sigue confesando que *el Espíritu habló por los profetas* (no sólo en Israel: cf. Hebr 1,1-3), que abrieron sus vidas a Dios y transmitieron su Palabra de gracia y esperanza, sobre la ley de violencia del mundo, como saben los textos mesiánicos de Israel (cf. Is 2, 2-6; 11, 1-2; 41, 1-4; Ez 37).

3. Judaísmo. Riqueza y riesgo del Espíritu.

Para entender el sentido del Espíritu en Jesús y su evangelio debemos avanzar hasta la meta del Antiguo Testamento, dialogando con las posturas principales del judaísmo.

a. Rabinismo, riesgo de la Ley. El Espíritu Sometido a la Ley. ¿Primer riesgo católico?. Los fariseos del tiempo de Jesús, entre quienes hallaremos a Pablo, convertido a Jesús (cf. Flp 3, 5), tendían a pensar que el mundo está vacío del Espíritu, como si Dios no actuara de un modo directo, no hablara en este tiempo.

1. *El Espíritu ha ejercido su función en el pasado:* ha dirigido a patriarcas y justos, se ha expresado en los profetas y ha inspirado la Escritura de los libros santos de Israel.
2. *El Espíritu completará su acción en el futuro,* llevando a plenitud la historia israelita y realizando el juicio: su acción final se identifica con la llegada de la salvación mesiánica.
3. *Presente vacío.* El rabinismo supone que el Espíritu quedó en silencio con la destrucción del Primer Templo (587 a. de C) y la muerte del último profeta: la Palabra enmudeció, cesaron las revelaciones.

Al afirmar que terminó la profecía y que el Espíritu no actúa ahora, el rabinismo expresaba su propia situación de desamparo: enmudece el Espíritu y la vida de los fieles queda bajo la obediencia a la Ley (oral o escrita). Los fieles ya no pueden comunicarse directamente con Dios: han comido el fruto prohibido, caen bajo la lucha del bien-mal; Dios se limita a resguardarles de la ira y violencia por Ley. Por eso, la Ley no es pura imposición, sino al contrario: refugio en tiempos de tormenta y violencia; Dios mismo la dio para que los hombres no se acaben destruyendo.

La Ley es buena, pero no es gracia: no permite que el hombre se descubra en libertad, dueño de sí, en apertura hacia Dios, en comunicación creadora, en experiencia gozosa del misterio. Ella tiende a ocupar el lugar del Espíritu: como si Dios no hablara ya directamente a los humanos, como si estos estuvieran sometidos a un poder externo, condenados a cumplir unos mandatos, sin más solución que la obediencia. Contra esa perspectiva se ha elevado Jesús y ha reaccionado violentamente Pablo. Pero debemos recordar que un legalismo como aquel, que

pretende resguardar la vida con imposiciones, no es exclusivo de algunos judíos de entonces, pues se repite siempre que la religión y vida se vuelve rabinismo, incluso en la iglesia cristiana.

2. *Apocalíptica. Futuro del Espíritu. ¿Primer riesgo protestante?* Muchos apocalípticos del tiempo de Jesús superaron el esquema anterior, afirmando que Dios ha va a revelarse pronto y culminará su acción en un tiempo fijado, por medio del Espíritu. Así dicen los escritos de Henoc: *el Elegido de Dios está lleno del Espíritu de justicia* (1Hen 62, 2). Los pobres del mundo sufren condenados al silencio, pero existe en el "cielo" y viene ya el Humano (Elegido de Dios) "en quien habita el Espíritu de sabiduría, conocimiento y juicio" (cf. 1 Hen 49, 3-4).

Ese Elegido superior en quien reposa el Espíritu de Dios (como en nuevo Adán) es el *Hijo del Humano*, humanidad perfecta. Muchos judíos del tiempo de Jesús mantenían viva la esperanza apocalíptica y mesiánica del Espíritu, que es actuación liberadora de Dios. El mundo está dominado por el mal, los justos sufren, mueren los mártires, pero Dios vendrá para realizar su obra perfecta. En esta esperanza se inscribe el mensaje y vida de Jesús, cuando afirma que el Espíritu se expresa a través de su mensaje, como indicaremos, aunque con una diferencia esencial: los apocalípticos judíos tienden a entender el Espíritu a manera de ley escatológica y revancha triunfadora de los justos (en nivel de juicio); Jesús, en cambio, lo verá y revelará como poder de gracia, en amor liberador que muere, superando así la Ley del juicio.

3. *Espíritu de Dios como sabiduría ¿Riesgo gnóstico, riesgo Oriental?* Al lado de la apocalíptica, y mezclándose con ella, había una fuerte experiencia *sapiencial*, que identifica el Espíritu de Dios con su Sabiduría o Presencia iluminadora, conforme a la mejor experiencia del Génesis (Dios es un árbol del Conocimiento). El Espíritu aparece como hondura personal del ser humano que se abre extáticamente a Dios, descubriendo y acogiendo su gracia gozosa y sanadora. Jesús asumirá esta experiencia, enriquecida de un modo profético (apocalíptico), interpretando al Espíritu como Presencia en gratuidad, sobre un Sistema Ley que tiende a esclavizar al ser humano.

Los apocalípticos tomaban el Espíritu como *Poder transformador futuro*, que supera las dolencias y opresiones de este mundo, para suscitar la justicia; pero en general seguían vinculándole a diversas formas de violencia. Los *sapienciales* destacan la *Hondura de la vida*, que se abre a Dios desde el mundo. Pero unos y otros acaban viéndole como imposición o experiencia legal, que define y enmarca desde fuera a los humanos. Pues bien, superando ese nivel, desde una raíz auténticamente israelita, *Jesús* mostrará con su palabra y vida que el Espíritu es éxtasis de gracia comunicadora.

4. *Espíritu y dualismo. Ante la gran lucha. Qumrán y nos nuevos maniqueos.* Los esenios de Qumrán, cercanos a Jesús en tiempo y espacio (habitan junto al Mar Muerto, no lejos de Jerusalén), vinculan elementos legales, apocalípticos y sapienciales y se sienten adelantados y testigos de la manifestación final del juicio de Dios por su Espíritu. Ellos destacan un dato especial: *los hijos de la luz* están bajo el Espíritu bueno o Príncipe de la claridad; *los perversos* bajo el Espíritu malo o Ángel de las tinieblas. Hay, según eso, dos espíritus (de Verdad y Mentira) y la historia se concibe como campo donde se combaten, de tal forma que sólo al fin podrá lograrse el triunfo de Dios.

Qumrán defiende según eso un dualismo polémico. El Espíritu Bueno sólo se expresará del todo en el futuro, cuando Dios venza al Perverso. Por eso, los elegidos, Hijos de la Luz, aguardan su triunfo, aunque de algún modo poseen y gozan su presencia: *los fieles de la comunidad* han recibido la gracia del Espíritu bueno, han optado por su Luz y así aparecen como salvados, en anticipación escatológica. Su entrada en la comunidad y su pertenencia a ella va

unida al "don del Espíritu" (cf. 1QH 14, 8-22; 16, 8-12). De esa forma, en contra del rabinismo (que cierra al Espíritu de Dios en el pasado y el futuro) y de la apocalíptica (que le sitúa al fin de las edades), los elegidos de Qumrán se dicen ya portadores del Espíritu.

La experiencia del Espíritu Bueno se expresa en el nuevo conocimiento, sabiduría y santidad que ellos poseen. La salvación no es sólo futura: el mismo tiempo actual se encuentra lleno de la acción de Dios, del presente del Espíritu, de forma que los santos de Qumrán poseen la certeza de que Dios les ha llamado y liberado de los males del mundo por su Espíritu de Santidad, que es certeza interior y victoria escatológica: derrotarán a los portadores del espíritu perverso. Por eso, cumplen cuidadosamente la Ley nacional, obsesionados por sus rituales de limpieza sacral y separación social, que interpretan de un modo restrictivo. Podemos llamarles *carismáticos de la ley y separación sagrada*, no de la gracia y comunión universal (como Jesús).

A veces se ha dicho que Jesús o Pablo (cf. 2 Cor 6, 14-7, 1; Ef 6, 10-20) tienen rasgos cercanos a los "separados" de Qumrán. Pero esa afirmación confunde los datos esenciales. Es claro que hallamos elementos comunes (lucha de Dios y Satán, lenguaje apocalíptico), como es lógico en grupos de cultura muy cercana. Pero las diferencias son mucho mayores: en contra de Qumrán, Jesús y Pablo han entendido el Espíritu como principio de gratuidad y universalidad, que rompe las fronteras del judaísmo legal (mientras Qumrán reforzaba esas fronteras).

5. *Espíritu y libro. Rabinismo.* Para muchos judíos del tiempo de Jesús el Espíritu ha sido fijado ya en la Escritura, en la línea de lo que dirá el Concilio de Constantinopla (381): *Locutus est per prophetas...El Espíritu habló por los profetas... y nosotros debemos encontrarlo en la lectura de los textos bíblicos.*

VIDA Y PASCUA DE JESÚS NUEVO TESTAMENTO

Los movimientos judíos del tiempo de Jesús tenían formas distintas de entender la acción y presencia del Espíritu, pero tendían a entenderle en claves "judiciales", conforme a principios de ley. Ciertamente, ellos sitúan en la base el don de Dios, pero lo concretan luego en una Ley o alianza que el pueblo ha de cumplir, instaurando así un sistema de juicio. No oponen gracia y ley, espíritu y letra, pues gracia y espíritu se muestran y realizan por la letra; pero tienden a mirar la letra (Ley) como algo fijado, para siempre. Desde ese fondo ha de entenderse la propuesta de Jesús y Pablo:

- *Jesús* se ha presentado como portador del Espíritu, y en eso no se distingue de otros grupos (apocalípticos o sapienciales). Pero es distinta su forma de entender la presencia y acción del Espíritu en gestos y experiencias de gracia sanadora, en apertura a los impuros y en búsqueda de universalidad que le llevará a ser condenado. Sus primeros cristianos dirán que Dios le ha resucitado por su Espíritu.
- *Pablo* afirmará que el Espíritu de Dios nos ha librado de la Ley por Cristo: el Hijo de Dios no ha venido a sancionar la identidad israelita (distinguiendo por ley a buenos y perversos), sino a ofrecer salvación a todos los humanos. Así entiende Pablo la apertura de Jesús a los marginados y pecadores como punto de partida de una misión salvadora abierta a todos los gentiles y pecadores de la tierra.

Este es el principio, el núcleo de las distinciones posteriores. El judaísmo nacional ofrecía también una promesa de gracia, pero pensaba que aún no había llegado el tiempo de la unión de todas las naciones. Jesús, en cambio, afirma que ha llegado, y así inicia un camino de apertura universal, desde los pobres y excluidos de su pueblo.

1. *Jesús, profeta del Espíritu*

Jesús entiende y expresa el Espíritu como *poder liberador*, que actúa ya, curando y animando, perdonando y vinculando en amor a los humanos, al servicio del *Reino de Dios*, que se expresa en las obras del Cristo: dar salud a los enfermos y bienaventuranza a los pobres (cf. Mt 11, 2-6 par). El mismo Espíritu es *poder de sanación*, libertad personal (auto-presencia) y apertura en comunión (cf. Mt 12, 15-21).

Otros profetas del tiempo, en la línea apocalíptica, anunciaban como Juan Bautista el juicio justiciero de Dios que destruye a los perversos, cumpliendo así la Ley antigua (cf. Mt 3, 7-12 par). Los rabinos perfeccionaban la Ley, los sabios buscaban formas mejores (elitistas) de presencia de la Sabiduría de Dios. Pues bien, entre ellos, Jesús actuó de un modo especial como mensajero del Reino de Dios y portador del Espíritu Santo, y su gesto primero fue *curar con su poder* a los excluidos del sistema social y sagrado, superando una línea de interioridad elitista o juicio. Así ha podido unir Espíritu y Reino, como supone una variante famosa del Padrenuestro (en Lc 11, 2): el Texto común dice: *Venga tu Reino*; una Lectura antigua traduce: *Venga a nosotros tu Espíritu Santo*.

a. Palabra y curación. Según eso, el Espíritu es poder y presencia de Reino: acción de Dios que viene como amor radical por Jesús. No es sólo promesa de futuro, transformación para el fin de los tiempos, según Ley, sino experiencia actual de salud y libertad, perdón y acogida gratuita que se abre a todos los humanos. Jesús no teoriza sobre el Espíritu, lo vive (vive inmerso en él) y lo expande, en gesto extático de libertad y comunicación sanadora, ofreciendo *palabra*

(bienaventuranzas, sermón de la montaña) a los carentes de palabra y salud o curación, a los que yacen expulsados del sistema (leprosos, prostitutas, publicanos, enfermos, posesos...). Estos son para él *los espacios del Espíritu*:

– *Palabra*. Sopla Dios en otro tiempo sobre el caos y el barro, para crear al "barroso" (Adán). Ahora "sopla" de manera más intensa, en creación definitiva, expresándose de un modo total, en Palabra de gracia. Culminando una experiencia israelita de juicio, anunció el Bautista el viento-espíritu de Dios como huracán destructor, fin de la historia (cf. Mt 3, 7-11). Jesús, en cambio, volviendo al origen de la creación y fundándose en el Dios creador, anuncia el despliegue final del Espíritu, superando así el juicio de Adán (árbol del conocimiento del bien-mal), para instaurar el perdón y la gracia, sin juicio (cf. "no juzguéis": Mt 7, 1 par). Así lo ratifica la tradición del bautismo (cf. Mc 1, 9-11 par).

– *Curación*. La misma Palabra de Jesús era portadora del Espíritu y presencia de Vida: perdón para los pecadores, salud para los enfermos, bienaventuranza para los pobres y acogida para los antes expulsados de la alianza. Por eso ha llamado a publicanos y perdidos al banquete; cura a posesos y expulsados, acoge a pobres y perdidos. Así realiza la obra del Espíritu santo (=puro) en un mundo dominado por espíritus impuros, como indicarán los exorcismos (cf. Mt 12, 28 par). Esta acción curadora y esta lucha contra el espíritu perverso se expresa en las tentaciones (Mc 1, 23-13; Mt 4, 1-11 par).

El tema del Espíritu nos sitúa, según eso, en el centro de la novedad evangélica, a la crisis mesiánica, donde se anuncia la caída del mundo antiguo, amenazado por el rigor de la Ley y el poder satánico. Precisamente allí donde Jesús anuncia el reino como fuerza creadora, curación y libertad humana (perdón, curaciones), se revela en plenitud el Espíritu de Dios, que así aparece como Espíritu cristiano (=del Cristo o Mesías). Se decía desde antiguo que el Espíritu de Dios (prudencia y sabiduría, consejo y valentía; cf. Is 11, 1-2) reposaría sobre el rey final. Así lo repetían los discursos mesiánicos y apocalípticos: el mesías de Dios actuará con la fuerza de su Espíritu, para destruir a los perversos e instaurar el reino. Pues bien, la tradición cristiana sabe que Jesús ha recibido el espíritu mesiánico (cf. Mc 1, 9-11 par), aunque de modo distinto, como "servidor de los pobres", no como señor impositivo (cf. Mt 12, 18).

b. Exorcismos. Este *servicio del Espíritu* aparece por los *exorcismos*, cuando Jesús lucha contra la impureza y muerte. Otros podían suponer que el Diablo (compendio-jefe de los espíritus perversos) está encarnado en Roma o en las grandes estructuras de la política o del cosmos (como hará en cierto sentido el libro del Apocalipsis). Jesús no ha combatido expresamente esa opinión, pero ha descubierto la presencia de Satán de un modo muy particular en los enfermos y expulsados del sistema sagrado de su tiempo, en los *posesos*, realizando una labor especial como exorcista. Pero los *escribas de la pura Ley* le acusan, diciendo que actúa con la fuerza de Satán, como poseso peculiar del Diablo, pues su gesto es amenaza contra el orden de la Ley (que distingue a buenos y malos). *Jesús* se defiende y responde:

Pero, si yo expulso a los demonios con el *Espíritu* de Dios,
eso significa que el *Reino* de Dios está llegando a vosotros (Mt 12, 28).

La variante anterior del Padrenuestro (venga tu Espíritu) podía completarse con la petición final: *más libranos del Malo (=Perverso o Diablo)*. Esto hace Jesús: quiere libranos del Perverso, conducirnos hacia el Reino. *Satán* es lo que oprime y perturba al ser humano, haciéndole esclavo de sí mismo, de la conflictividad social y de la muerte. El *Espíritu*, en cambio, es poder de creación, Vida de Dios que actúa por el Reino (en curación, acogida, salud, esperanza), a favor de los humanos. Así expresa Jesús la lucha escatológica del judaísmo (en

especial de Qumrán): la batalla entre Satán-Espíritu perverso (con sus demonios) y el Espíritu de Dios (gracia universal).

– *Demonios* son lo que destruye a los humanos. Muchos judíos pensaban que debían ser expulsados (curando a los posesos), pero debía hacerse *según Ley*, guardando la estructura nacional.

– *Jesús* ha descubierto que la Ley ayuda al pueblo en su conjunto (al sistema sacral), pero oprime a los más débiles y rechaza a los impuros, pecadores, diferentes. Así ha visto que Satán se esconde y actúa en el sistema. Por eso cura a los enfermos y expulsados. Lógicamente, su gesto es polémico: acusa de diabólico al sistema legal del judaísmo. Es normal que el sistema responda declarándole poseso.

c. Espíritu y liberación. Por eso, al rechazar la acusación de los escribas, Jesús defiende, por encima de la Ley, su acción a favor de los proscritos de Israel (los posesos e impuros), declarando que el mismo Espíritu de Dios le avala. No acepta el control de los escribas, con sus purezas nacionales, sino que actúa como portador del Espíritu, para acoger a los excluidos del sistema. Así se definen los frentes. *Demoníaco* es aquello que oprime y excluye al ser humano. *Del Espíritu* aquello que libera y comunica. De esas forma eleva Jesús, sobre la nación-ley de Israel, el don poderoso del Espíritu (*reino de Dios*), en favor de todos y de un modo especial de aquellos a quienes el sistema rechaza o condena. Esta es su tarea, la clave de su vida y mensaje: como portador del Espíritu de Dios, suscita una comunidad abierta a los necesitados y proscritos, por pura gracia, sobre toda ley. Así ofrece libertad de Dios a los oprimidos, iniciando la obra escatológica anunciada por los profetas:

El *Espíritu* del Señor está sobre mí;

- por eso me ha *ungido* para ofrecer la buena nueva a los pobres,
 - me ha *enviado* para proclamar la libertad a los cautivos
 - para dar vista a los ciegos... y anunciar el año agradable al Señor
- (Lc 4, 18; cf. Is 61, 1-2; 58, 6).

Los que toman al Espíritu en clave nacional, como poder divino al servicio de sus intereses religiosos y sociales, acusan a Jesús y quieren despeñarle, en talión de linchamiento (Lc 4, 29). Le condenan porque ofrece salud, esperanza y libertad a los enfermos, expulsados, deshonrados, y así rompe las fronteras y normas nacionales. El mismo Espíritu de amor (que incluye a los excluidos y cura a los incurables) se vuelve causa de rencor y venganza para aquellos que quieren mantener sus ventajas. Esa es la tarea, ese el misterio. Jesús quiere ofrecer a los excluidos, por medio del Espíritu, un espacio de vida y comunión (perdón y gratuidad). Pero los que viven de excluir a los demás quieren matarle y él escapa, por ahora (cf. Lc 4, 28-30). En este contexto se entiende el *pecado contra el Espíritu*, propio del contexto anterior (Mt 12, 31-32):

– *Apertura del Espíritu.* Todos los pecados se perdonan, porque el Dios de gracia acoge a pequeños y expulsados: su Espíritu es perdón, comunión y reino que supera las fronteras de los privilegios legales y sacrales. Esto suscita el rechazo de quienes pretenden conservar su identidad sacral por *ley divina*.

– *Autoexclusión de los excluyentes.* Los que rechazan el perdón (no acogen ni perdonan a los rechazados) se condenan a sí mismos, se separan de la gracia: excluyen toda salvación, *pecando contra el Espíritu Santo*, que es perdón y gratuidad de Dios o Reino (cf. Mc 3, 28-30 par).

d. Espíritu en la persecución. Este es el escándalo más fuerte, la novedad que han detectado los adversarios de Jesús cuando le acusan de romper el orden de la Ley de Dios, que ellos reclaman como propia. Pero Jesús no les acepta: es un *carismático*, hombre de *experiencia*, gozo fuerte y admirado. Así le vemos en alabanza y oración (cf. 11, 25-27), descubriendo la

caída de Satán (Lc 10, 18), como un transfigurado (cf. Mc 9, 2-9 par). No es *carismático visionario*, arrastrado por un fluir de revelaciones interiores del Espíritu, sino *liberador*, hombre de acción fuerte, que ha en que ha visto y cultivado la presencia del Espíritu de Dios en el amor, que ofrece de manera fuerte, contagiosa, a los enfermos y expulsados del sistema. Siendo poderoso es *débil*, pues no se impone y debe aceptar la persecución de los prepotentes. En este contexto, como en las bienaventuranzas (cf. Lc 6, 22-23), puede hablar de persecución y presencia del Espíritu:

Y cuando os lleven para entregaros (a los sanedrines y juicios del mundo...)
no andéis pensando lo que habéis de decir,
pues diréis aquello que Dios os inspire en aquella hora:
porque no seréis vosotros los que habléis, sino el Espíritu Santo (Mc 13, 11).

El Espíritu es *la fuerza de los débiles*: presencia de Dios que sostiene a los derrotados de la historia, ofreciendo una palabra que desborda todos los discursos de violencia y juicio de este mundo, como recordará Juan hablando del *Paráclito*

2. Pascua de Jesús. Espíritu y resurrección

Parece que la muerte de Jesús ha puesto a prueba y refutado los aspectos anteriores de su vida y mensaje: en nombre del Dios de su Templo le condenan los sacerdotes de Jerusalén; con la autoridad del Imperio sagrado le ejecutan los romanos, como a esclavo rebelde, en la cruz, y su cadáver se eleva sobre el suelo, en signo de maldición (cf. Gal 3, 13). Ha pedido ayuda a Dios, ha preguntado con angustia, pero nadie le responde sobre el mundo (cf. Mc 14, 36; 15, 34). Los representantes oficiales de templo pueden ridiculizarle, trezando una danza macabra de burla: "había confiado en Dios, que Dios le salve"... (cf. Mc 15, 26-32 par).

a. Entrega su Espíritu. El tema del Espíritu Santo se define y culmina en la cruz. Vimos que Dios sopló su Espíritu al Adán en el principio. Ahora, Jesús *expira*, "entrega su Espíritu", muere (cf. Mc 15, 39), elevando ante Dios la gran protesta de la humanidad, el grito de los asesinados de la historia: "Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado?" (Mc 15, 34). Humanamente no puede comprender, y así protesta: *¿dónde está el Espíritu de Dios?* Pero en la raíz de su lamento late la fe suprema del creyente que confía en Dios desde su abandono, la fe del enviado mesiánico, amigo de los pobres, que ha ofrecido el Espíritu (curación, perdón y comunión) a los excluidos de su pueblo. Así muere, elevando una pregunta que puede responderse de tres formas:

– *Sacerdotes y soldados: no tenía Espíritu de Dios.* Su mensaje era contrario a los principios sacrales de templo judío, al imperio romano. Templo e imperio han triunfado. Jesús está bien muerto.

– *Creyentes apocalípticos: vencerá sólo al final.* Muchos judeocristianos y judíos afirman que el Reino sólo puede llegar en el mundo nuevo (cf. Rom 4, 17); este tiempo sigue dominado por la violencia: el ideal del Espíritu-Reino de Jesús no puede cumplirse en la historia (cf. Hech 1, 6).

– *Cristianos pascuales: Tenía el Espíritu Santo.* Confiesan que Dios ha resucitado ya a Jesús por su Espíritu (cf. Rom 1, 3-4; 4, 24), inaugurando la nueva creación, la plenitud escatológica. La Cruz es para ellos ofrenda amorosa de Jesús (*se ha entregado por el Espíritu eterno*: Hebr 9, 14) y don de Dios "que estaba en Cristo reconciliando el mundo consigo mismo" en el Espíritu (cf. 2Cor 5, 19).

Ésta es la crisis, el impulso creador, que ha transformado la mente y conducta de Pablo, el primer escritor cristiano conocido, cuando afirma: *el Señor es el Espíritu y donde está el*

Espíritu está la libertad, la creación escatológica (cf. 2Cor 3, 19). Sacerdotes y rabinos pudieron condenar a Jesús porque tenían un velo ante sus ojos, por miedo de mirar a Dios y de asumir la muerte en libertad y entrega amorosa por el reino (cf. 2Cor 3, 12-16; cf. Ex 34, 33.35). Pues bien, Jesús lo ha rasgado: ha traspasado en gracia y claridad la frontera de la muerte y así nos permite mirar con ojos abiertos al Dios del Espíritu, que ha dado su Vida (Resurrección) al Señor crucificado.

En un plano, la cruz es fracaso: derrota y sufrimiento del mensajero del Espíritu. Pero allí donde ha fracasado en amor (mostrando que este mundo no se puede redimir y humanizar por Ley) eleva Dios su gracia superior y da su Vida al Cristo muerto. Ya no "sopla" simplemente con su aliento al primer de barro (Adán; cf. Gen 2), sino que ofrece su Espíritu total y resucita (en Vida plena, trinitaria), al Cristo derrotado por amor, que ha dado su vida por el Reino y cuelga del madero en el Calvario (cf. 1Cor 15, 42-45).

b. Muerte de Jesús, comunión en el Espíritu. La pascua es expresión suprema del Espíritu. Lo que empezó en Adán (viviente del mundo) culmina en Cristo (Espíritu de vida). Este es el *acontecimiento del Espíritu de Dios*, que despliega su Vida resucitando a Jesús de la muerte. Se ha instaurado así el Encuentro pleno (Jesús- Padre), Dios se ha revelado del todo a los humanos:

– *Jesús, Espíritu en la muerte, amor cumplido.* Podía parecer que el Espíritu actuaba por el triunfo externo: curación de los enfermos, exorcismos. Pues bien, ahora sabemos que ha expresado su poder supremo en el Calvario, por la entrega de Jesús, en debilidad de amor. Esta es su "batalla" o exorcismo, este su triunfo: permanece fiel, poniéndose en manos de Dios, para bien de los más pobres, siendo derrotado por el sistema de templo es imperio. La tradición dirá que ha muerto en el Espíritu (cf. Hebr 9, 14).

– *Dios Padre, Espíritu pascual, respuesta de amor.* Jesús se ha puesto en manos de Dios por el Espíritu (en impotencia de amor). El Padre le acoge y libera de la muerte (le desclava de la cruz, le arranca del sepulcro, le saca del infierno: Liturgia del Sábado Santo), desplegando y realizando su amor trinitario. De esa forma se vinculan e identifican *Espíritu de Jesús* (que da su vida al Padre, al regalarla a los humanos) y *Espíritu del Padre* (que le acoge en la muerte, para darle de nuevo a los humano). Son estando unidos en amor, se abrazan en amor, al mismo tiempo, y así culmina en ellos todo tiempo.

– *Espíritu de Dios, Espíritu de Cristo: Vida para los hombres.* La pascua, que es diálogo de amor entre el Padre y su Hijo Jesús, que supera a la muerte en la muerte, no es pura acción externa de Dios, sino esencia y presencia del Espíritu divino (eterno), que penetra en la historia haciendo que en Jesús tengamos Historia salvadora. Así lo han proclamado y vivido los cristianos, descubriendo que la misma Pascua (triunfo de Jesús) se vuelve Pentecostés: reunidos como iglesia, los creyentes han recibido el Espíritu divino y mesiánico del Cristo, en comunión de amor, entrega mutua, culminada por la muerte, abierta a la resurrección. No hay que esperar al fin del mundo (Ap 21-22) para descubrir al Espíritu de Dios, pues podemos acogerlo, desde ahora, en el camino de amor de la iglesia.

c. Jesús resucitado "da" el Espíritu. El libro de Hechos sitúa la experiencia de Pentecostés a los cuarenta días de Pascua, con el surgimiento de la iglesia, vinculando y separando así, de forma pedagógica y clara, triunfo de Jesús e irrupción de su Espíritu. Desde otra perspectiva, tanto Mateo como Pablo y Juan han unido ambos momentos (el día de pascua vino Jesús a sus discípulos miedosos... y *alentó sobre ellos, diciendo "recibid el Espíritu santo..."*: Jn 20, 21-22; cf. Mt 28, 16-20). Sea como fuere, la Pascua se expande en Pentecostés, "día" de nueva creación, presencia del Espíritu a través de la iglesia. Antes podía parecer aislado, lejos de la lucha y esperanza humana. Ahora se humaniza por el evangelio: es Espíritu de Cristo, verdad de su mensaje en la historia, amor universal:

– *Historia*. Muchos judíos pensaban que Espíritu y Reino llegarían sólo al fin, cuando el tiempo terminara y no hubiera más cojos y pobres, enfermos y muertos sobre el mundo. Por la pascua de Jesús, descubren los cristianos que Dios se hace presente en la historia, para enriquecerla y no acabarla. ¡El Espíritu ha llegado, pero el tiempo no termina, sino empieza de manera nueva, como tiempo de vida-curación y gracia, en medio de una humanidad externamente dominada por la muerte!

– *Universalidad*. La ley era propia de un pueblo: sancionaba su elección y santidad particular. El Espíritu de Pentecostés abre un espacio de gracia donde todos pueden convivir, no en imposición (como sistema), sino en transparencia y libertad. Lo más fácil sería cambiar todo por fuerza; pero en ese caso, el Reino sería imposición contra la gracia; no sería universal, pues la unión de todos los hombres y mujeres de la historia sólo puede conseguirse en amor gratuito, por encima de los sistemas globales de imposición.

Este es la novedad del evangelio: Jesús resucitado ofrece el agua del Espíritu, río de Vida, en concordia, a todos los humanos, superando la ley particular del viejo templo (cueva de una banda particular de hombres sagrados: cf. Mc 11, 15-19 par). Todos pueden ya venir, beber el agua del Espíritu, pues Cristo, mesías del amor en cruz (no impositivo) ha sido ya glorificado. Globalizar aquel templo de Jerusalén hubiera sido dictadura; Jesús ofrece por su Espíritu el agua de gracia y unión universal que esperaba en verdad el judaísmo (cf. Jn 7, 37-39).

3. Pentecostés. Espíritu e iglesia

La presencia pascual del Espíritu se hace visible en una *iglesia* o comunión escatológica de perdonados (liberados) que celebran la victoria de Jesús sobre la muerte, apareciendo como expresión privilegiada de la Vida de Dios, en libertad; es signo del Espíritu de Dios que actúa por Jesús, aquí y ahora, en el camino que brota de la pascua:

– *Los judeo-cristianos* de Jerusalén, aun aceptando a Jesús como Señor, tenían miedo de perder su identidad al "globalizarse" antes de tiempo. Preferían esperar. Así se mantenían como grupo de renovación escatológica, al interior del judaísmo, hasta que viniera Jesús de un modo glorioso. Pensaban que no había llegado el tiempo de la misión universal.

– *Los judeo-helenistas cristianos* y después Pablo (cf. Hech 6-15) han comprendido que el Espíritu de Cristo ha roto las barreras nacionales de Israel, suscitando una comunión escatológica, es decir, universal pero no global (no impositiva), de fieles liberados de la ley y abiertos por la fe y amor del Cristo a todos los humanos. Con ellos se inicia la iglesia verdadera (cf. Ef 2, 14-22).

Los hombres por sí no podían formar una comunión universal: su afán de conquista, el deseo de elevar una gran Torre frente a Dios, como sistema de seguridad global, les había llevado a enfrentarse, confundirse y dividirse, creando naciones y estados (cf. Gen 11: Torre de Babel). Pues bien, para unificar a los humanos en amor y gratuidad, no por la Torre global, había elegido Dios al pueblo de Abraham, portador de bendición y unidad pacificada para todas las naciones (cf. Gen 12, 1-3). Como plenitud de esa promesa, inversión de Babel y cumplimiento de Abrahán, ha surgido la iglesia donde el gesto sanador de Jesús (que vence a los demonios) se vuelve Espíritu católico, de unidad universal, creyente (cf. Gal 3-4; Rom 3-4).

a. *Hch 2. Experiencia de Pentecostés*. Esta es la novedad y tarea de la *iglesia*, que Lucas presenta en Hech 2 como principio de concordia para todos los humanos. No busca la unidad como *sistema* o Torre que resguarda y unifica por la fuerza a los humanos, pues ello sería confusión y dictadura (cf. Gen 11). Tampoco por ley, imponiendo una organización sacral planificada, como la del viejo Templo. Al contrario, ella ofrece la unidad del evangelio, que se expresa y concreta en el Espíritu, pasando de la Torre y de la Ley particular, al amor liberador que puede vincular gratuitamente a todos los humanos en la historia:

– *Emoción de Dios: signos carismáticos.* El Espíritu de Dios es viento y terremoto, *lenguas de fuego*, calor hecho palabra de anuncio o misión universal (cf. Gen 1, 1-4). Este pasaje condensa una experiencia común de la iglesia: los primeros cristianos no empezaron teorizando, sino que se descubrieron transformados por la presencia amorosa del Espíritu, recreados en amor y gozo, en plenitud y misterio, por su fuerza (cf. Hech 4, 31; 10, 44-48). El Don de Jesús se vuelve experiencia de creación interior compartida: animados por su Espíritu, los fieles se vuelven capaces de hablar otras lenguas (*glosolalia*), en comunión de amor abierto a todas las culturas y naciones de la tierra (cf. Hech 2, 4).

– *Catolicidad.* La experiencia carismática suele ser individual o de pequeños grupos que se cierra en sí mismos. En contra de eso, Lucas sabe que el Espíritu de Pentecostés se hizo palabra de comunión y comunicación (misión para todos los pueblos). El templo de Jerusalén se había vuelto Babel de robo y rechazo (cf. Mc 11, 17; Hech 7, 44-53) donde venían gentes de todas las naciones (cf. Hech 2, 5), sin lograr comunicarse. En contra de eso, los cristianos reciben en su propia casa (no en un templo) una experiencia de gracia y comunicación católica: de esa manera, aquello que parece más personal e intransferible (nuestro Espíritu) se vuelve Palabra para todos los humanos. Esta es la experiencia germinal de la nueva humanidad: Pentecostés es raíz y principio de unión para los pueblos (partos, medos, elamitas: cf. 2, 9).

b. Espíritu y Misión. El Espíritu se vuelve en Cristo fuente de Reconciliación (cf. 2Cor 5, 19) que desborda las fronteras de la Ley, abriendo desde el mismo judaísmo (desde Jerusalén) un camino hacia todos los humanos:

recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén, y en toda Judea y Samaria y hasta los confines de la tierra (Hech 1, 8).

Esperaban y querían *la restauración nacional* (cf. Hech 1, 6-7). Jesús les ofrece su Espíritu, para que sean *testigos de amor universal* en todas las naciones, abriendo así un espacio de vida compartida gratuita, no global, mientras siga la historia (cf. Hech 1, 11):

– *Jesús* había superado la estructura israelita de la Ley al convocar para su reino a los perdidos-pecadores-expulsados, judíos que se hallaban fuera de la alianza. Sin el recuerdo de su gesto, sin su acercamiento a los impuros, sobre de la Ley nacional, pierde sentido el evangelio, se niega el Espíritu cristiano.

– *Los discípulos pascuales de Jesús* convocan para el reino, por la iglesia, a todos los humanos. Así rompen la barrera israelita, para abrirse a quienes crean de todas las naciones, uniéndoles en una iglesia, sin más condición de entrada que la fe, sin más compromiso de vida que el amor en el Espíritu.

Los creyentes pueden ser y siguen siendo muy distintos, de razas y pueblos, lenguas y naciones diferentes, sin uniones violentas (en la línea de la Torre), pues les vincula una *fe común* en Dios que ha liberado por Cristo a los humanos, un *amor concreto*, una experiencia de Vida compartida, un mismo Espíritu. Superando una *Ley nacional* (pueblo elegido) emerge el *Espíritu de Cristo*, que es "amor, gozo, paz" (cf. Gal 5, 22) para todos los humanos, elegidos a la Vida. En esta línea se sitúa Lucas al contar en Hech la *historia de la iglesia* en *sincronía* (el Espíritu es principio de unidad comunitaria, superando las barreras de judíos y gentiles, en diálogo de amor) y *diacronía* (el Espíritu es unión final en libertad de todos los creyente). Así puede proclamar Ef 4, 4 su palabra: "un Cuerpo y un Espíritu", pues habéis sido llamados a una misma esperanza.

Los nuevos cristianos pascuales (y pentecostales), no querían crear una nueva religión, una iglesia separada de la comunidad judía. Pero, de hecho, profundizando en su experiencia pascual, han abierto en el Espíritu un espacio de comunicación (en Cuerpo y Espíritu, pan y

misterio) para todos los humanos. Pentecostés no es experiencia de la inmortalidad divina del alma, negación de la materia (contra la gnosis), pura esperanza futura o afirmación del eterno retorno de la vida, sino descubrimiento y despliegue universal de la *Pascua*, que se abre como espacio de comunión concreta (en Cuerpo y Espíritu) para todos los humanos:

1. *Pascua*. Jesús vivió y murió por los excluidos del sistema, entregándose así a Dios, que le recibió en su Vida (=Espíritu) de amor. Este es su milagro: un amor abierto en gratuidad a todos los humanos. Al principio, sus discípulos no lo comprendieron: escapan, fracasados y se escandalizan, atrapados en las mallas de su muerte. Pero después vuelven en sí (=vuelven a Jesús, en Dios) por el Espíritu y descubren que la Pascua cumple la "lógica" de reino: es Amor universal que triunfa de la muerte.
2. *Pentecostés*. El Amor la pascua es el Espíritu: el mismo Amor de comunión de Dios (el Espíritu del Padre y de Jesús, su Hijo), que se abre a todos los humanos, como experiencia salvadora y comunión universal. Jesús no ha recorrido su camino para sí, sino por todos los humanos (a partir de los excluidos del sistema). Por eso, su *resurrección* se expande y expresa a través del *pentecostés misionero de la iglesia*, que lleva su mensaje y vida (su amor de comunión) a todas las naciones.

c. *Un modelo ternario*. Esto significa que la pascua es un haz de misterios que expresan todo el cristianismo. Así lo ha ido mostrando (descubriendo) la tradición eclesial, que ha estructurado el mensaje y vida de Jesús en forma trinitaria (cf. Mt 28, 19):

– *El centro es Jesús*, pretendiente mesiánico crucificado a quien el Padre engendra como Hijo (en Vida pascual), haciéndole principio y germen de comunión para los humanos. Ciertamente, muchos judíos aguardaban la Resurrección para el fin del tiempo, como sabe Marta (Jn 11, 24), pero los seguidores de Jesús han descubierto y confesado que ella se expresa y anticipa en la pascua de Jesús. Por eso ya no hablan de resurrección en general, sino de Jesús resucitado. No proclaman un dogma para el fin del mundo, sino una experiencia de recreación, realizada en Jesús, en el centro de la historia humana.

– *En el principio está Dios Padre*, que ha resucitado a Jesús: le ha recibido por su Espíritu, ofreciéndole su Vida, en gratuidad, por siempre. Por eso, la resurrección no es una propiedad aislada de Jesús, algo que él tiene para sí, sino un momento de su diálogo con Dios. Así se manifiesta Dios por la resurrección como Padre verdadero, que le ha resucitado de los muertos (cf. Rom 4, 24). Jesús es "mesías", Hijo de Dios, porque ha dado su vida (Espíritu) en amor a Dios Padre (al darla a los humanos); Dios es Padre porque ha recibido a Jesús en su Vida (Espíritu), al resucitarle de los muertos. La Pascua es así la expresión y plenitud de comunión divina, revelación plena del Padre. Dios no da su Vida (Espíritu) a uno cualquiera, a un rey o general del mundo, sino a Jesús crucificado.

– *En la culminación está el Espíritu santo*, experiencia de amor íntimo y comunión universal que brota de la pascua. La resurrección no pertenece al Padre aislado, no es tampoco una propiedad individual de Jesús, sino hondura y plenitud de su Encuentro en el Espíritu, que se abre a los humanos en la historia. En esa línea, podemos añadir que la resurrección de Jesús se identifica con el despliegue del Espíritu divino (inmanencia trinitaria), que se expresa y manifiesta en el mismo camino de la historia (en la misión y comunión universal de los cristianos). Así lo saben y dicen de formas convergentes Lc 24, Hech 1-2 y Jn 20, 19-23: cesan las limitaciones anteriores y la iglesia, que los primeros cristianos habían entendido como meta de peregrinación universal para los pueblos, se convierte por el Espíritu en punto de partida de un camino misionero abierto a todas las naciones. Allí donde parecía que la historia ha terminado empieza verdaderamente el tiempo del Espíritu, la misión pascual de los creyentes.

Los cristianos saben *por un lado* que todo ha terminado con la pascua *Por otro* descubren que todo está empezando: la pascua es principio de nueva creación, fuente de unidad (salvación) para todos los humanos. La primera creación (Gen 1) fue obra del Espíritu universal de Dios (que se cernía sobre las aguas del abismo), haciéndose Palabra creadora que separa y vincula (coloca en su lugar) a cada uno de los elementos. La segunda (cf. Hech 2) es obra del Espíritu de Cristo, que se posa como lenguas de fuego sobre todos los creyentes, para que experimenten el misterio de Dios,

y expandan su Palabra a los pueblos de la tierra (glosolalia). *El Espíritu Primero* era fuerza cósmica, energía creadora que se expresa en el surgimiento de la luz y de los astros, de las plantas y animales. *El Espíritu Segundo* es amor gratuito y creador, que se expande y actúa por Cristo, como principio de vinculación universal. Por eso es esencialmente misionero: Es amor ofrecido a todos los humanos, sin distinción de raza o pueblo, no como de globalización impuesta a favor o desde los prepotentes del sistema

4. Pablo, teólogo del Espíritu: Antropología pascual

a. *Resurrección por el Espíritu: Rom 1, 3-4*. La condena y muerte de Jesús había puesto un signo de interrogación sobre su vida y mensaje. La cruz es maldición (cf. Gal 3, 13), su tumba eleva la pregunta por Dios y por su reino ¿está Dios con nosotros? (cf. Ex 32, 16). La iglesia responde que está y actúa, no sólo como creador y resucitador en general (cf. Rom 4,17; Is 48, 13), sino como el que *ha resucitado de los muertos a Jesús* (Rom 4, 24), del quien se dice que es:

engendrado de la estirpe de David, según la carne;
constituido Hijo de Dios en poder, según el Espíritu de Santidad
por la resurrección de entre los muertos (Rom 1, 3-4)

La *historia anterior de Jesús* se mantenía en un nivel de carne: esperanza mesiánica israelita, David. La *pascua*, en cambio, es la acción del Espíritu que le ha resucitado, como Hijo de Dios, para todos los humanos. De esa forma, Dios ha vencido en amor a la muerte, superando carne (Ley de Israel, normas de pureza), para revelar su misterio en el Espíritu.

– *Los protestantes liberales de principios del siglo XX* pensaban que ese Espíritu de pascua es la misma hondura de lo humano, personalizada en el Mesías. Todos somos carne, pero, al mismo tiempo, somos Espíritu de Vida, como fue Jesús, resucitado de la muerte, humanidad perfecta.

– *Los católicos tradicionales* identifican ese Espíritu con la naturaleza divina de Jesús: este pasaje hablaría de sus dos naturalezas, la humana (como hijo de David en la historia) y la divina, como Hijo eterno de Dios, en línea de pascua. El hombre es carne, Dios Espíritu. Ambos momentos se unen en Jesús

– *Sin negar el valor de esas perspectivas*, pensamos que *carne* significa lo que pertenece simplemente a la esfera de la tierra: el mundo de lo humano y corruptible, sometido al pecado y la muerte. *Espíritu* es la fuerza escatológica del Amor de Dios que actúa por la pascua de Jesús, superando así la muerte.

Jesús era *hijo de David*, heredero del reino de Israel, pero no lo ha buscado o conquistado por fuerza, sino que ha muerto en debilidad, por ser fiel Reino de Dios. Por eso, Dios le ha resucitado, haciéndole *Hijo* suyo, humanidad culminada; así "ha santificado su nombre", se ha mostrado en plenitud como divino, poder liberador, rescatando a Jesús de la muerte y con Jesús a los perdidos, humillados y excluidos de la historia (cf. Ez 36, 16-38). De esa forma se muestra divino, al hacerle Señor de la nueva creación, por el Espíritu, "en Poder" (cf. Mc 9, 1; 13, 26; 1 Cor 6, 14 y en especial Mt 28, 16-20: se me ha dado todo poder en cielo y tierra).

Jesús ha nacido como humano, en un nivel de *mesianismo histórico*: es Hijo de David, para cumplir la promesa y esperanza israelita, y sin ese principio mesiánico su vida perdería sentido. Pero él ha realizado el mesianismo de un modo distinto, entregándose en amor hasta la muerte (como siervo), para alcanzar de esa manera un señorío-de-amor sin imposición, desbordando el camino israelita (cf. Flp 2, 6-11). Así puede mostrarse *como Hijo de Dios por el Espíritu*. No es un simple humano al que Dios adopta luego, ni un divino eterno (intemporal),

sino el mesías de David que ha trascendido ese nivel de mesianismo, como Hijo de Dios, por el Espíritu de Santidad:

- *El Espíritu actúa y se define plenamente en Jesús*: es amor que rompe las barreras que enfrentan a los hombres, Vida de Dios que supera la violencia y muerte humana. Así despliega en el mundo (dentro de la historia) la gracia y comunión de Dios para los humanos, por encima de la Ley judía.
- *El Espíritu de pascua abre un camino de gratuidad*. No juzga y destruye el viejo mundo, como algunos esperaban (cf. Mt 3, 7-12); su acción en la pascua de Jesús no ha traído fin del mundo, como temían o buscaban muchos, sino una nueva plenitud humana.

Esta es la novedad: *¡Se ha revelado el Espíritu del fin de los tiempos, la nueva historia empieza!* Dios ha realizado su acción definitiva y, sin embargo (por eso), la historia comienza ahora. Sólo en ese fondo se puede hablar de iglesia, de cristianos que aceptan el camino de Jesús (mensaje y vida) en esperanza de resurrección:

- a. Si el *Espíritu* de aquel que ha resucitado a Jesús de entre los muertos
 - b. habita en vosotros,
 - c. el que ha resucitado al Cristo de entre los muertos
 - b' vivificará también vuestros cuerpos mortales,
 - a'. en virtud de su *Espíritu* que habita en vosotros (Rom 8, 11).

b. Espíritu y filiación. Gal y Rom 8. El mismo Dios, que ha resucitado a Jesús, nos resucitará por su Espíritu. La pascua de Jesús se amplía y expande así hacia los humanos. 1) *El Espíritu ha resucitado a Jesús*: esta ha sido su tarea y definición central. 2) *El Espíritu resucitará (vivificará) a los creyentes*, muertos a este mundo, abiertos a la nueva creación (cf. Rom 8, 10). Ellos se definen así como hijos en el Hijo, cuyo Espíritu han recibido, de manera que pueden clamar con Jesús: *¡Abba Padre!*:

Cuando éramos menores estábamos esclavizados bajo los elementos de este mundo.
 Pero cuando llegó la plenitud de los tiempos envió Dios a su Hijo...
 para liberar a los que estaban bajo la ley, para que alcancemos la filiación.
 Y porque sois hijos, Dios ha enviado el Espíritu de su Hijo a vuestros corazones,
 gritando *¡Abba Padre!* de manera que ya no eres siervo sino hijo y heredero... (Gal 4,3-7).

La vida en el mundo resultaba servidumbre (*douleia*): la Ley nos hacía siervos, vivíamos divididos, varones y mujeres, judíos y griegos, esclavos y libres (Gal 3, 28). Para superar esa situación y liberar a los humanos *ha enviado Dios a su Hijo*, dándoles su Espíritu de filiación que es principio de una libertad que no puede conseguir por magia o de forma espontánea, sino que brota del mismo Dios, que ha resucitado a Hijo para regalárnoslo, de forma que podamos vivir en él (con él), compartiendo su vida. Así continúa Romanos:

No habéis recibido *un Espíritu de esclavitud* para volver otra vez al temor,
 sino que habéis recibido *un Espíritu de filiación*, por el cual clamamos: *¡Abba, Padre!*
 El mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios,
 y si hijos, también herederos; herederos de Dios, coherederos con Cristo... (Rom 8, 15-17)

En plano externo, los cristianos viven siendo "carne": sometidos al temor de la muerte. Pero, en un nivel más hondo, han recibido el Espíritu de Cristo, para ser hijos de Dios, como

ciudadanos de dos mundos. Por un lado se saben inmersos en la vanidad del tiempos(cf. Rom 8, 20). Por otro se descubren Hijos de Dios por el Espíritu, que pide por ellos:

- Nosotros mismos, que *tenemos las primicias del Espíritu...* gemimos por dentro, aguardando ansiosamente la *filiación, la redención de nuestro cuerpo...*
- Pero... *el Espíritu* nos ayuda en nuestra debilidad; porque no sabemos orar como debíamos, y el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles (Rom 8, 23-27).

Entre la creación cautiva y la libertad-filiación de Dios habitamos, animados en nuestra plegaria por el Espíritu, que Pablo ha interpretado como Presencia de Jesús, Comunión eclesial y Esperanza escatológica. El mismo Espíritu que ha resucitado a Jesús, Hijo de Dios, se manifiesta como *Espíritu filial*, presencia del Padre en nuestra vida. De esa forma, la experiencia de pascua (Dios ha resucitado a Jesús) se hace principio de nuevo nacimiento y presencia trinitaria: unidos a Jesús y por su *Espíritu*, llamamos a Dios *¡Padre!*

c. El Señor resucitado es el Espíritu. Desde ese fondo podemos volver a 1Cor 15, 41-46, donde Pablo evoca el sentido del hombre espiritual:

- *Adán*, primer humano, fue alma viviente, en un nivel de tierra. Del mundo ha surgido y al mundo retorna, en proceso de vida limitada, mundana (cf. Gen 2-3):
- *Jesús resucitado*, segundo Adán, es Espíritu vivificante y pertenece al cielo por la resurrección. Así aparece como humano celeste, *Espíritu que da vida* (1 Cor 15, 45-47).

El primer Adán es el hombre terrero que a la tierra vuelve, en su fragilidad. *El segundo* es Cristo, Hijo de Dios resucitado, que ha vencido a la muerte y actúa como *Espíritu vivificador*. Siendo Cristo (=Ungido por el Espíritu), es Fuente de Espíritu, poder pascual de nueva vida. Es Hombre pleno, emisor del Espíritu. Desde ese fondo se entiende otro texto (2Cor 3, 17) donde Pablo afirma que *la letra de la Ley*, escrita en tablas de piedra, encierra al humano en un nivel de muerte (dureza, oscuridad, mentira), mientras que el *Espíritu del Cristo*, inscrito en los corazones fieles, nos lleva a la Vida, rasgando el velo de Ley que Moisés había puesto ante su rostro:

Porque el Señor (=Jesús resucitado) es el Espíritu
y donde está el Espíritu del Señor allí está la libertad (cf. 2 Cor 3, 17).

El mismo *Señor* (Jesús resucitado) es *Espíritu*, fuente de Vida, Libertad de Dios para los humanos. Este ha sido para Pablo el gran descubrimiento: nos había hecho Dios para ser libres, pero hemos caído esclavizados bajo los elementos del mundo (sistema cósmico) y las leyes y normas que nacen del miedo de la muerte que es base y contenido de toda esclavitud (Gal 3; Hebr 2, 14-15; cf. bien-mal: Gen 2-3). Pero Cristo nos ha liberado de esa muerte, muriendo por nosotros:

- *Moisés era la Ley*, vinculada a la letra (escrita en tablas de piedra) y a la muerte. Ella nos deja en oscuridad, sin que podamos quitarnos el velo del miedo y mirarnos a la cara, en filiación compartida.
- *Jesús, en cambio, ha rasgado en amor el velo de la Ley*, superando por su muerte el miedo a la muerte y abriendo a los humanos la puerta del Espíritu de vida (cf. 2Cor 3).

Habiendo muerto y resucitado por nosotros, Jesús es foco y fuente de Espíritu y principio de vida. Pablo le llama Señor y le identifica con el Espíritu, añadiendo que *allí donde*

está el Espíritu del Señor está la libertad para los humanos. Entre el pasado de la pascua y el futuro de la parusía de Jesús se extiende el tiempo del Espíritu. Quizá pudiéramos decir que Cristo Señor es Espíritu como realidad divina (y personal), que abre y expande su Vida (en perdón y comunión) a los humanos. No es Espíritu como individuo cerrado, sino como *Kyrios*, Señor que da la vida, en comunión de amor con el Padre. Libertad para el amor en gratuidad: eso es el Espíritu.

5. Pablo, experiencia del Espíritu. Ley y gracia

a. Espíritu y Ley. El judaísmo rabínico interpretaba al hombre desde la Ley que brota de la alianza. Jesús ha superado ese modelo, situando sobre la Ley el Espíritu de vida. Desde ese fondo ha desarrollado Pablo su más honda teología del Espíritu, mostrando que el Cristo pascual ha superado las fronteras de la antigua Ley israelita, para fundar por el Espíritu una comunidad (iglesia) abierta en fe y comunión a todos los pueblos de la tierra.

– *Los judeocristianos de Jerusalén* (cf. Hech 1-5), aun aceptando a Jesús como Señor, habían corrido el riesgo de entender su pascua en clave intra-israelita: querían cumplir la Ley hasta el fin de los tiempos (hasta cuando vengan los gentiles). Por eso se mantienen, como grupo de renovación y esperanza escatológica, al interior del pueblo de la alianza, defendiendo en realidad la teología oficial de los judíos nacionales: primero se convertirá Israel, aceptando a su mesías nacional (en este caso a Jesús); luego vendrán y se unirán todos los pueblos.

– *Los judeocristianos helenistas y Pablo* (cf. Hech 6-15) han descubierto que el Espíritu de Cristo desborda las barreras del antiguo judaísmo, suscitando un tipo de fieles liberados de la ley y unidos por el Espíritu que brota de la fe en el Cristo. El evangelio es para ellos novedad misionera: la gracia de Cristo ha de extenderse desde ahora a las naciones. El Espíritu es principio actual de conversión y gracia; no es algo que se aguarda sólo para el fin de la historia (cuando el mundo acabe).

En esa segunda perspectiva se sitúa Pablo cuando contrapone *la Ley israelita*, vinculada a la existencia socio-religiosa del pueblo judío, y *la Fe cristiana*, interpretada como unión con Cristo y misión universal en el Espíritu. Los *judeocristianos* concebían a Jesús como reformador nacional. *Pablo y los cristianos helenistas* piensan que ha realizado ya la obra de Dios, ofreciendo a los humanos Espíritu completo, libertad y comunión definitiva. Pablo es, según eso, un heredero de la experiencia de Pentecostés de Lucas (cf. Hech 2): a su juicio, el Espíritu de Dios se ha desvelado como Reconciliación universal, suscitando una iglesia que desborda las fronteras judías y abre la gracia del Cristo a todos los humanos.

La comunión universal de los cristianos se funda *en la misma fe*, vivida como encuentro radical con Cristo, y en la misma *experiencia del Espíritu*, en libertad y amor, que une a todos los humanos (cf. Gal 3, 1-5). La novedad de esa experiencia no se cierra en unos rasgos carismáticos de emoción interna y elevación supra-racional, que sin duda existen, sino que se abre en amor misionero y servicio mutuo, como Pablo ha ido diciendo y procurando en todas sus iglesias. Por eso apela, más allá de la Ley (estructura nacional judía), al Espíritu de Cristo, recibido por fe (Gal 3, 1-3) y expresado en "amor, gozo, paz" (cf. Gal 5, 22), como garantía de unión eclesial y misión universal. Por eso quiere que el Espíritu no se apague (1Tes 5, 59), ni se vuelva arbitrariedad.

b. Los dones del Espíritu. Esta ha sido una de sus preocupaciones fundamentales en Corinto. Da la impresión de que parte de la comunidad quería cultivar los *dones carismáticos* en sí mismos, sin referencia a Jesús y a la comunión, convirtiendo la iglesia en *asociación libre de virtuosos extáticos, capaces de entrar en trance y hablar en lenguas* (en un tipo de lenguaje

para-racional, hecho de exclamaciones y emociones que rompen la sintaxis normal de un idioma). Significativamente, Pablo no niega esa experiencia, ni la desliga del Espíritu Santo, pero la sitúa en un contexto eclesial donde el Espíritu aparece vinculado al amor mutuo. Estos son los momentos básicos de su argumento (1Cor 12-14):

– *El problema de los dones espirituales.* Ciertos cristianos de Corinto han preguntado a Pablo sobre los *pneumatiká* (dones espirituales) que se han vuelto objeto de discordia: algunos "se creen y se portan como superiores", pues se sienten portadores del Espíritu, sabios aristócratas, jerarquía carismática de la iglesia, en la que sobresalen como privilegiados. Entre sus "virtudes" está la profecía y quizá el dinero que dan para los pobres pero, sobre todo, los "dones extáticos" (cf. 1Cor 13, 1-3; 14, 1-25). Pablo no los condena, pero los pone al servicio de la comunidad, de manera que deben ser "traducidos", para que puedan ser comprendidos y asumidos por el conjunto de la asamblea.

– *Unidad eclesial. Orden de los "dones".* Pablo responde apelando a la "unidad" de los creyentes: los carismas individuales o grupales han de estar al servicio del "cuerpo" de la iglesia (cf. 1Cor 12, 12-26); son valiosos en cuanto vinculan en amor a los cristianos, entre quienes los más importantes son aquellos que parecen más pobres (y tienen en apariencia menos dones); por eso, la unidad del Espíritu se expresa en el servicio a los excluidos del sistema. En este contexto, ha destacado Pablo los dones de "creación y despliegue" de la iglesia, descubriendo la presencia del Espíritu en los varios ministerios que la fundan o que surgen en ella, desde el apostolado hasta la dirección comunitaria, pasando por la profecía, enseñanza, acogida y don de curaciones (cf. 1Cor 12, 1-11.27-31; 14, 26-33).

– *El Amor es el Espíritu.* En el centro del pasaje (1Cor 12-14), Pablo identifica la presencia y acción del Espíritu con el Amor en que todo culmina (1Cor 13). Tanto el don de lenguas, como los milagros y profecías, lo mismo que la fidelidad creyente, están al servicio del Amor, que es presencia gratuita y generosa de Dios en la comunidad. Como venimos indicando, la Ley no ha sido capaz de crear una comunidad universal, abierta en gracia al misterio de Dios. El Amor, en cambio, puede hacerlo: es presencia gratuita y universal de Dios por Cristo, en medio de la iglesia, y por la iglesia entre todos los humanos. Desde esta perspectiva, podemos afirmar (con gran parte de la tradición eclesial) que el Espíritu Santo es Amor y el Amor es principio y clave de todos los ministerios de la iglesia, como ha visto, en otra línea Jn 21, 15-19.

c. Historia del Espíritu. Pero tanto o más que ese tema (Espíritu, unidad eclesial, carismas y ministerios) ha interesado a Pablo la relación de Ley y Gracia (Espíritu), que está al fondo de Gálatas y Romanos, como han visto algunos grandes cristianos del pasado (San Agustín, Lutero, San Juan de la Cruz); así lo indicaremos en tres momentos: muerte sin ley, ley con muerte, gracia salvadora.

– *Muerte sin ley* (cf. Rom 5, 13-14). Antes de Moisés hubo pecado y violencia que lleva a la muerte; pero el humano no lo conocía, pues no había Ley que se lo señalara. Ese estado de muerte sin ley no era paraíso, sino infierno de deseos enfrentados que llevan a la muerte, lucha de todos contra todos, ignorancia. El hombre vivía en perdición, pero sin saberlo. Ese nivel, al que podemos volver siempre, es el estado pecador de Adán, que cae en manos de su propio deseo de carne egoísta, en violencia infinita. Así lo ha descubierto y descrito Pablo (cf. Rom 1, 18-31). La Ley no ha sido lo primero, pues ha venido en un momento posterior (por Moisés, en el Sinaí), para evitar la lucha de todos contra todos, apareciendo en realidad como promesa de un Espíritu o vida superior: Dios no ha querido dejar al ser humano en un nivel de Ley, sino liberarle por gracia, para la plenitud del Espíritu. El mismo "pecado" de Adán, que parece fracaso, es *promesa de gracia*.

– *Después hubo muerte con Ley* (Rom 5, 20), es decir, con un conocimiento y precepto que es incapaz de superarla, dando vida a los humanos. La Ley vino para que "abundara" el pecado y los humanos descubrieran su maldad, pidiendo a Dios que la superara. Ella es buena, como racionalidad que intenta vencer la violencia y quebranto del mundo, pero sin lograrlo: así actúa como pedagogo, mientras los hombres y mujeres son niños; les puede educar, pero sin darles el amor completo; eso significa que sigue manteniendo a los humanos en pecado. La Ley acepta la violencia como inevitable, para controlarla por

normas que siguen siendo violentas y se imponen de un modo "clasista", de forma que quienes las cumplen con rigor (los judíos, según Pablo) pueden creerse superiores (cf. Rom 2). Dios no actúa todavía como Espíritu de gracia al interior de los humanos. Pablo piensa, según eso, que la Ley acaba siendo esclavitud: es norma para que los siervos se mantengan sometidos bajo una fuerza exterior, sin destruirse unos a otros.

– *Jesús ha introducido la gracia del Espíritu donde dominaba antes la Ley.* Ciertamente, la Ley puede suscitar un tipo de orden sobre el mundo, pero termina esclavizando al ser humano y le hace depender de algo exterior, de una norma sacral o social que le somete (cf. Mc 2, 23-3, 6). En contra de eso, Jesús no ha conocido más Ley que el amor (cf. Lc 10, 25-36; 13, 10-17). Desde ese fondo ha entendido Pablo a Cristo, presentándose como intérprete privilegiado del evangelio: ha descubierto que la gracia de Jesús no cambia sólo algunos rasgos de la Ley del judaísmo (con sus normas nacionales, sacrales) sino que, en un momento dado, se enfrenta con ellas, mostrando que son pasajeras y pueden volverse contrarias al mismo evangelio. *La Ley* era un *velo* que nos impide mirar hacia el Amor, una atadura contraria a la gracia. El *Espíritu*, en cambio, es transparencia y libertad que lleva a la filiación (nos hace hijos de Dios), no en batalla sino en servicio mutuo. No es un retorno a la jungla sin normas, sino una elevación para el Amor sobre la Ley en gratitud y encuentro personal:

Porque vosotros, hermanos, fuisteis llamados a la libertad;
pues bien, no uséis la libertad como pretexto para la carne,
sino al contrario: servíos por amor los unos a los otros (Gal 5, 13).

La libertad sin amor puede esclavizar (cf. *obras de la carne*: Gal 5, 20-21), pero ella puede y debe volverse fuente de amor, por el servicio mutuo, como sabe Pablo cuando habla de *las obras del Espíritu* (Gal 5, 22-24). Él conocía bien la Ley que vuelve al hombre esclavo (cf. Flp 3, 2-11). Pero el Espíritu de Cristo le ha librado para el amor mutuo, en el Espíritu.

– *Principio*: la libertad del Espíritu brota de un Amor previo. El humano no nace a la vida por la Ley, no se define desde el *debes* (como piensa Kant), sino desde el Espíritu del Padre que dice *¡eres importante para mí, Hijo mío, y yo te amo!* (cf. Mc 1, 9-11). Esta es la experiencia básica de Pablo.

– *Consecuencia*: la libertad del Espíritu se vuelve don abierto a los demás. Ella sólo tiene sentido para que podamos ofrecer la vida a los otros, en especial a los excluidos, compartiéndola con ellos, en comunión. La Ley se impone sobre todos. El Amor, en cambio, abre a todos un camino de vida compartida

Organizar la vida desde la libertad gratuita del Espíritu: esa es la tarea suprema del cristiano. Mostrar que la gracia es posible, que se puede vivir partiendo de ella, en esperanza pascual: esa es la verdad del Espíritu en Pablo.

6. *Lucas-Hechos. Nos ha parecido al Espíritu Santo y a nosotros.*

Lucas asume en su evangelio los textos fundamentales de Marcos sobre la acción del Espíritu en la vida de Jesús, pero añade algunos significativos:

– *Plenitud de Israel, nacimiento del Hijo de Dios* (Lc 1-2). El pasado de la alianza se integra en el camino de Jesús: el Espíritu Santo empieza apareciendo como fuerza profética, desde el trasfondo de Israel; así descende sobre María, Madre del Hijo de Dios (Lc 1, 26-38).

– *Centro de la historia, ungido por el Espíritu* (Lc 4, 18 ss). Lucas ha expandido en este sermón de Nazaret la experiencia del bautismo (cf Lc 3, 22), haciendo a Jesús portador de la acción liberadora del Espíritu y *centro de la historia*, revelación suprema de Dios en la historia.

– *Tiempo de iglesia, promesa del Espíritu.* Jesús resucitado promete a sus creyentes el Espíritu (=Promesa del Padre: Lc 24, 48-49; Hech 1, 4-5), para hacerles testigos de su pascua. El Espíritu es principio misionero que vincula a los creyentes y les convierte en misioneros.

A partir de esa promesa, Lucas ha concebido el libro de Hechos como *evangelio del Espíritu Santo*. Los discípulos querían la restauración del Reino (Hech 1, 6), pero Jesús responde "recibiréis el Espíritu Santo" (Hech 1, 8), confiándoles la misión universal, no el retorno judío (Hech 1, 8):

– *Recibiréis el Poder del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros.* Jesús no es mesías de la restauración nacional de Israel (Ley), sino garante de la promesa pascual del Espíritu Santo.

– *Y seréis mis testigos.* Los discípulos no son mensajeros de valores religiosos generales, sino carismáticos mesiánicos que han vivido la experiencia de Jesús y pueden transmitirla con su testimonio.

– *En Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra.* El Espíritu que antes lo centraba todo en Jerusalén se vuelve principio de un éxodo misionero a todo el mundo

La humanidad parecía dividida y escindida en luchas de poder, con los diferentes pueblos enfrentados entre sí. Pero la pascua abre un camino de unión entre ellos, sin diferencia de razas, religiones o culturas. El mensaje (vida) de Jesús se vuelve principio de diálogo universal. Esa es la sorpresa y tarea del Espíritu, que Lucas irá narrando de forma dramática a partir de Hech 2:

– *Sorpresa.* El Espíritu les abre a todo el mundo, pero los cristianos tienden a encerrarse en Jerusalén y sus leyes. Por eso, Lucas debe señalar las rupturas del camino, destacando sus momentos principales: los Doce con Pedro en Jerusalén, los helenistas, misión a los gentiles, tarea misionera de Pablo y cautiverio en Roma; de esa forma, el centro del imperio se vuelve así principio de misión universal.

– *Tareas del Espíritu.* La torpeza de los misioneros suscita problemas que el Espíritu debe ir resolviendo día a día: dificultades de comprensión comunitaria y comidas, (judíos y gentiles), divisiones por liderazgo y misión, organización social (dirigentes) y estrategia misionera... Así ha fijado Lucas el tema de Hechos: cómo el Espíritu cumple su misión a pesar los impedimentos de los misioneros.

– *Estilo dialogal: ¡nos ha parecido al Espíritu Santo y a nosotros!* La misión del Espíritu implica un nuevo estilo de concordia entre los misioneros. Sólo si dialogan y resuelven dialogando sus problemas son testigos del Espíritu. Muchos grupos suelen imponer sus normas por fuerza; pero los cristianos deben solucionar sus problemas en diálogo fraterno, igualitario, dirigidos por el Espíritu Santo, para llegar a un acuerdo entre creyentes. Según Hech 15 ha surgido una gran disensión; ha crecido la diferencia. Para resolverla, los creyentes no tienen más medio que juntarse y dialogar, escuchándose y escuchando juntos al Espíritu del Cristo. Sólo a base de un diálogo en que todos los grupos han expuesto sus posturas podrá haber acuerdo. Ciertamente, han aprendido a escucharse y ceder, buscando juntos en amor, lo que el amor del Espíritu les pide, de tal forma que al final proclaman: *¡Nos ha parecido al Espíritu y a nosotros...!* (Hech 15, 28). Ese *nosotros* cristiano es presencia del Espíritu de Cristo.

7. Juan, Espíritu Paráclito. Conclusión bíblica.

a. *Espíritu.* El evangelio de Juan es una catequesis del Espíritu, de la que he querido citar algunos textos. El primero alude al bautismo-nacimiento. Jesús es Hijo de Dios porque "bautiza a los humanos en el Espíritu" (Jn 1, 33; cf. Mc 1, 8). Así dice a Nicodemo, maestro de Israel:

En verdad te digo, si alguien no nace del agua y del Espíritu
no puede entrar en el reino de Dios (Jn 2, 5)

El evangelio es experiencia radical de nacimiento: nos hace hijos de Dios, con Jesús, en el Espíritu. Lo anterior ha pasado, los montes sagrados y templos, los cultos antiguos; llega en Jesús la novedad de una adoración gratuita y verdadera:

Créeme, mujer: viene la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre...
Pero llega la hora y es esta en que los verdaderos adoradores
adorarán al Padre en Espíritu y en Verdad; estos son los adoradores que Dios busca:
Dios es Espíritu, y quienes le adoran deben adorarlo en Espíritu y Verdad (Jn 4, 21-24)

Los humanos estaban *divididos* por sacralidades. Ahora han de unirse en el Espíritu y Verdad *universal*. Eso lo sabían los judíos helenistas (Filón y *Sabiduría*), pero no habían podido concretarlo. Muchos cristianos posteriores han seguido encerrados en una cultura o ciudad (nación) particular. En contra de eso, Jesús quiere que todos se vinculen por el Espíritu, que brota como río de su seno:

Esto lo dijo refiriéndose al Espíritu que debían recibir los que creyeran en él;
pues todavía no había Espíritu, porque Jesús no había sido aún glorificado (Jn 7, 39).

b. Paráclito. Jesús resucitado es manantial del Espíritu, que corre hacia todos los humanos (como las aguas del paraíso: Gen 2, 10-14; Ap 22, 1-2). En ese fondo se sitúan los textos del Espíritu-Paráclito. Como abogado, nuevo defensor que está al servicio de los fieles en la prueba (cf. Mc 13, 11 par), el Espíritu es intérprete y único jerarca de Jesús dentro de la iglesia:

– *Rogaré al Padre y os dará otro Paráclito, que esté con vosotros para siempre* (Jn 14, 16). Jesús mismo había sido el Paráclito, defensor de sus discípulos. Pero ahora que se va y les deja en plano físico, pide al Padre "otro", que sea presencia interior y compañía (no os dejaré huérfanos: 14, 18). Los del mundo viven en plano de "carne", lucha mutua, mentira; los cristianos reciben el Espíritu de Dios por Cristo.

– *El Paráclito... os enseñará todas las cosas y os recordará todo lo que os dije*, como Maestro interior divino (Jn 14, 26). La iglesia ha corrido a veces el riesgo de entender la verdad como algo impuesto por fuera, resuelto y enseñado desde arriba. Pero Jesús promete a los suyos un magisterio interior: los cristianos sólo conocen la autoridad del Espíritu-Paráclito, que interpreta y actualiza a Cristo.

– *Cuando venga el Paráclito..., él dará testimonio de mí, y vosotros también daréis testimonio, porque habéis estado conmigo desde el principio* (15, 26-27). Jesús no ha prometido según Juan un magisterio externo para dogmas y enseñanzas. Tampoco ha dejado una estructura de poder. Su verdad se expresa en la enseñanza interior del Espíritu, que actúa a través al testimonio de los fieles. Cuando están en riesgo las instituciones, queda y crece ese testimonio.

– *Conviene que yo me vaya porque si no me fuere, el Paráclito no vendrá a vosotros; pero si me voy, os lo enviaré* (16, 7). Una presencia material de Jesús estorbaría, pues él quedaría fuera de la vida de sus fieles. Muchos parecen añorarle así, actuando a través de milagros, apariciones, seguridades exteriores. Pues bien, es necesario que Jesús se vaya, que cumpla su tarea, para que sus fieles asuman la verdad en el Espíritu, que es presencia y experiencia interior de Jesús.

Sobre las instituciones como tales, apela Jesús a la *Confianza del Espíritu*, Paráclito (Abogado y Consolador) de los fieles. Es *Consolador*, pues lo buscamos allí donde nuestras tradiciones patriarcales, de seguridad externa, van envejeciendo. Es *Abogado*, porque necesitamos defensa en este mundo convulso, en crisis de violencia y muerte. Es el don pascual de Jesús, que se aparece y habla, dándoles poder de perdonar (=vincular en amor) a todos los humanos: *Dicho esto, alentó sobre ellos y les dijo: recibid el Espíritu Santo* (Jn 20, 22). Este es el momento clave de la nueva creación, el reverso de Gen 2, 7: el Espíritu de Dios es Aliento de

Jesús a los humanos, en el momento cumbre de la historia; Jesús glorificado alienta y ofrece su Espíritu a sus discípulos, para que así vivan en gesto de gracia, abierto en perdón a todo el mundo.

c. Compendio teológico. Juan ha puesto de relieve la realidad divina del Espíritu Santo: Viene de Dios (cf. Jn 14, 16), brota de su seno (cf. Jn 15, 26) y pertenece a su misterio. Pero, al mismo tiempo, ha insistido en su relación con Cristo: Jesús lo pide (Jn 14, 16) y lo envía (Jn 15, 26; 16, 7), o el Padre lo envía, pero en su nombre (Jn 14, 26). En lenguaje simbólico, el Espíritu santo es Agua de Vida que Jesús ofrece en el templo (cf. Jn 7, 39); es agua y sangre que brota en la cruz de su costado mesiánico (cf. Jn 19, 34), es aliento de Vida que él ofrece en su muerte al Padre (Jn 19, 30) y en la pascua a sus discípulos (cf. Jn 20, 22).

Más aún, el Espíritu no es sólo de Dios, ni de Jesús, sino de ambos: vincula a Padre e Hijo en un Amor, es *Vida común*, de forma que Jesús puede afirmar que ha ofrecido a los humanos todo lo que ha recibido-escuchado de su Padre (Jn 15, 15), porque "todo lo mío es tuyo, todo lo tuyo mío" (cf. Jn 17, 10), en Comunión (cf. Jn 17, 21-23). Entendido así, el Espíritu es *la Presencia extática* y comunicativa que procede de Dios y se expresa por la pascua de Jesús, como principio de unidad y comunión divina. En esa línea podemos evocarle también *como persona*: Ayuda a los creyentes, les enseña, les recuerda los caminos de Jesús (Jn 14, 26), da testimonio (cf. Jn 15, 26-27; 16, 8), intercede en favor de los humanos, enseñándoles a orar, orando por ellos ante el Padre (cf. Rom 8, 26) y actuando en la comunidad (cf. Hech 15, 28), unido al Padre y al Hijo (cf. Mt 28, 19). Pertenece sin duda al misterio de personalización de Dios, con el Padre y el Hijo. En resumen:

– *El Espíritu pertenece al Padre.* Es el Paráclito, nuevo Consolador, que viene de Dios (cf. Jn 14, 16). No será sustituto temporal, ni competidor de Jesús, sino exegeta de su obra, culminador de su camino, porque "brota del Padre" (*para tou Patros ekporeuetai*: Jn 15, 26), es decir, pertenece al misterio de Dios, forma parte de su realidad más honda. Por eso decimos que es divino.

– *El Espíritu es de Jesús.* No es sólo de Dios, es propio del Mesías, que ruega al Padre y le pide que envíe otro Paráclito (Jn 14, 16). Jesús no puede culminar su acción a solas; por eso, al cumplir su camino personal, eleva su vida y obra mesiánica ante Dios, implorando su Espíritu, para realizar la comunión y plenitud escatológica. Por eso, se dice que el Padre lo ha de enviar "en nombre de Jesús" (Jn 14, 26), como plenitud y sentido de su obra mesiánica. Más aún, el mismo Jesús podrá enviarlo, como don escatológico (Jn 15, 26): conviene que él culmine su camino, porque sólo así dará a sus fieles el misterio del Espíritu (cf. Jn 16, 8).

– *El Espíritu es la fuerza de la Pascua* o cumplimiento de la obra mesiánica. Jesús ha ofrecido sobre el templo el agua viva de su gracia y el redactar de Jn añade: *Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que debían recibir los que creyeran en él; pues aún no había Espíritu, porque Jesús no había sido glorificado todavía* (Jn 7, 39). Llegando al fin de su camino pascual, Jesús regalará a los humanos el agua viva de gracia y vida eterna, el amor ya culminado del Padre al Hijo y del Hijo al Padre (cf. Jn 4, 14; 7, 37-38), el Espíritu mesiánico que brota en la cruz de su costado hecho fuente de agua y sangre (cf. Jn 19, 34). Por eso, el evangelista puede comentar diciendo que "entregó el Espíritu": puso su vida en manos de Dios Padre, dándola a los humanos. Así lo ha confirmado en su pascua, cuando sopla y dice a los apóstoles: "recibid el Espíritu Santo" (Jn 19, 30; 20, 22).

El Espíritu ya no es sólo de Dios (como en el AT), ni sólo de Jesús, sino de ambos: Padre e Hijo se encuentran vinculados por un mismo Espíritu de amor, por una vida común que les unifica y diferencia, de manera que Jesús puede afirmar que ha ofrecido a los humanos "todo lo que ha recibido" (y/o escuchado) de su Padre (Jn 15, 15), porque "todo lo mío es tuyo, todo lo tuyo es mío" (Jn 17, 10), en comunión de amor intradivino (Jn 17, 21-23). La misma comunión entre Padre e Hijo, hecha fuente de amor para los humanos, es el Espíritu Santo; por

eso, decimos que pertenece a Dios, es divino, y forma parte de la historia mesiánica, es del Cristo.

CONFESIÓN CRISTIANA

1. *Credo apostólico 1. Creo en la Santa Iglesia Católica*

Suele llamarse *Credo Romano* y aparece como credo o confesión de fe bautismal en diversas iglesias de oriente y occidente, a partir del siglo II, especialmente en Roma. Continúa siendo la fórmula más venerable de la fe cristiana, expresada en y positivo, no como rechazo contra posibles herejías. El texto occidental (latino) dice: «Creo en el Espíritu Santo: La Santa Iglesia Católica, la comunión de los Santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna». La fe en el Espíritu Santo se expresa, según eso, en la iglesia, la comunión, el perdón y la resurrección:

Conforme a esta visión del Credo, la primera manifestación y presencia del Espíritu Santo es la Iglesia, entendida como experiencia “carismática y escatológica, en la línea de lo que dirá el relato Pentecostés en Hch 2, tal como ha sido interpretado por Lucas, desde la perspectiva de de los cristianos helenistas:

– *Los judeo-cristianos* de Jerusalén confiesan a Jesús como Señor, pero han tendido a entender su pascua en clave intra-israelita. Por eso siguen observando la ley nacional y se mantienen, como grupo de renovación escatológica, al interior del judaísmo. Piensan que debe revelarse Jesús de un modo glorioso y que primero se convertirá Israel; luego llegarán los otros pueblos. No es tiempo de renovación universal, de misión a las naciones. El Espíritu de Cristo les encierra todavía al interior del judaísmo.

– *Por el contrario, los heleno-cristianos* y después san Pablo (cf. Hech 6-15) han descubierto que el Espíritu desborda las barreras del antiguo judaísmo, creando la Ekklesia definitiva, la comunión escatológica (=universal) de fieles liberados de la ley y unidos por el amor que brota de la fe en el Cristo. Pentecostés se expresa en la apertura universal, ya en este tiempo de historia, a todas las naciones: el Señor resucitado es desde ahora principio de libertad y comunión para todas las naciones.

El despliegue pascual de Dios (que se expresa y culmina como amor entre Jesús y el Padre) es principio y sentido del Espíritu Santo. Así pasamos de la ley nacional judía a la libertad universal cristiana, de la nación particular a la misión católica. Para los *judeocristianos* Jesús es por ahora un reformador intra-judío: esperan su manifestación final, cuando transforme en su venida cielo y tierra. Pero *Pablo y los cristianos helenistas* saben que Jesús ha realizado la acción definitiva de Dios: culmina el tiempo antiguo, supera la barrera de judíos y gentiles, como ha señalado Hech 2:

– *Gesto y signos*. El Espíritu de Dios se manifiesta en viento y terremoto, *lenguas de fuego*. Todos los cristianos se vuelven capaces de hablar en otras lenguas: su *glosolalia* es signo de misión universal. Bautizados por el Espíritu de pascua, los cristianos renacen a la vida pascual (Hech 2, 4).

– *Universalidad*. Cada pueblo recibe el mensaje en su lengua, cada uno conforme en su cultura. Los reunidos en Pentecostés son representantes de la humanidad entera: partos y medos, elamitas y mesopotamios, judíos y capadocios, del Ponto y Asia... (2, 5-9).

Según eso, el Espíritu de Dios es principio de vida y comunión de la Iglesia, como experiencia de comunión que desborda las fronteras, abriendo desde el mismo judaísmo un camino universal. El surgimiento de la Iglesia ha sido expresado de formas distintas por los diversos autores cristianos, pero todos ellos insisten en la novedad del Espíritu Santo, como ha puesto de relieve de un modo especial *Lucas* en Hch 2, al situar en Jerusalén la escena de la

escena de Pentecostés, iniciando desde allí el despliegue universal del Espíritu. En un nivel, todo es judío, en otro todo es universal: las diversas "lenguas" son signos de las culturas y tradiciones de la tierra, vinculadas desde la misión que se inicia en Jerusalén, por Jesús resucitado, con la fuerza de su Espíritu (Hch 1-2):

– *Jesús* había superado la ley nacional israelita al convocar para su reino a los perdidos-pecadores-expulsados que se hallaban fuera de la alianza. Sin el arraigo en el Jesús histórico y su llamada a los marginados se destruye la novedad del Espíritu cristiano.

– *Los nuevos cristianos*, empiezan por Jerusalén, pero rompen después la ley israelita y superan las fronteras de su pueblo, para convocar por medio del Espíritu de Cristo a los humanos de todas las naciones, formando con ellos la universal, escatológica

La novedad de los cristianos no está sólo en que tienen mejor espiritualidad o devoción interna, sino en el hecho de que el Espíritu pascual (comunidad de Dios y Jesús) les vincula en la Iglesia, que es la comunidad abierta a todos los humanos. El *Espíritu de Cristo* se desvela así como "amor, gozo, paz" (cf. Gal 5, 22) para todos los humanos, a lo ancho del mundo, a lo largo del tiempo. *Línea sincrónica*: el Espíritu es principio de unidad comunitaria, supera las barreras de judíos y gentiles, vinculando a todos los creyentes en un mismo espacio de amor y libertad interhumana. *Línea diacrónica*: el Espíritu es principio escatológico de la historia, hace que culmine el tiempo y sitúa a los creyentes en camino de recreación final del ser humano.

2. Credo Apostólico 2. La comunión de los Santos.

A finales del siglo IV, la confesión de fe (el credo romano) empezó a incluir en occidente una frase nueva: *communio sanctorum*, comunión en lo santo o de los santos. La adición hizo fortuna y, aunque no fue recogida en los credos oficiales de oriente ni en el niceno-constantinopolitano, terminó siendo aceptada en la fórmula oficial o *textus receptus* del símbolo apostólico o romano. Tras la cláusula latina actual (*communio sanctorum*) parece haber existido una fórmula griega que no pasó al credo pero que resulta común y valiosa en el oriente, la *koinônia tôn hagiôn*, esto es, la participación de los creyentes en las cosas santas, especialmente en la palabra de la fe y en la celebración eucarística, y la comunión de los creyentes entre sí.

a. Comunión en las Cosas Santas. El Espíritu Santo es comunión. Esta fórmula (*communio sanctorum*), lo mismo que si equivalente griego (*koinônia tôn hagiôn*) puede y debe entenderse de dos formas. Si *sanctorum* es neutro, hay que decir «comunión en lo santo», esto es, en o con las cosas santas; si es masculino debe traducirse, como hacemos ordinariamente, «comunión de los santos». Los investigadores no han llegado a un acuerdo, ya que el uso varía de oriente a occidente, del griego al latín. Pero la misma búsqueda semántica nos muestra que en el fondo de la ambigüedad hay una gran riqueza de matices, que en general pueden resumirse así: Por la participación en lo santo (línea más oriental) puede conseguirse y se consigue la comunión de los creyentes o los santos (formulación más latina). Así comenzaré tratando de la «comunión en lo santo», me fijaré después en la «comunión de los santos». Empezamos, pues, con la comunión en lo Santo (en el Espíritu Santo):

– *Al antiguo testamento* le resulta escandaloso todo intento de buscar una comunión divina. Dios es trascendente y nadie puede introducirse en su misterio. Dios es lejanía de poder, grandeza y fuerza, de tal forma que ningún viviente puede acompañarle en su existencia. Sin embargo, una vez que eso está dicho, después de haber negado toda posibilidad de comunión de naturaleza entre lo humano y lo divino, Israel ofrece los cimientos para una nueva experiencia de comunión con Dios en términos de alianza, superando

el nivel de una fusión vital o intelectual con lo divino. Los verdaderos creyentes sabrán que sólo puede existir comunión auténtica con Dios en línea de libertad y donación entre personas, no en fusión, sino en encuentro.

– *El nuevo testamento* está enraizado en la experiencia de Israel, de tal manera que sigue interpretando la comunión con lo sagrado en términos de alianza. Pero, al mismo tiempo, para poner de relieve la presencia de Dios en Jesucristo, puede afirmar (con Heb 2, 14) que Dios ha decidido «comulgar» con nosotros, participando de la carne y de la sangre de los hombres (cf. también 2 Ped 1, 4: estamos en comunión con la naturaleza divina). No se trata de restablecer el parentesco del hombre con lo sagrado, ni de establecer una alianza con el gran Señor lejano, sino de aceptar la gracia del Dios que ha querido comulgar con nuestra carne y nuestra sangre, hacerse mundo entre nosotros, tomar parte en nuestra historia. Sólo porque hallamos esta primera *koinonia incarnatoria*, sólo porque Dios asume en Cristo, Logos-hijo, nuestras «especies humanas» (carne y sangre), de una vez y para siempre, nosotros – simples hombres – tenemos un acceso en comunión a lo divino, podremos comulgar con Dios por medio de la carne y de la sangre de Jesús, que es nuestro Cristo.

Ésta es la experiencia de fondo del Jn 4,10: En esto consiste el misterio, no en que nosotros pretendamos estar en comunión con lo *sagrado* sino en que Dios, el santo, haya querido comulgar con nuestra historia, haciéndose así vida y principio de amor entre los hombres. Fundado en esta experiencia, Pablo puede definir a los cristianos como aquellos que «han sido convocados a vivir en *koinonia* con Jesucristo, Hijo de Dios» (1 Cor 1, 9). Comulgar significa aquí participar en Cristo: aceptar su palabra, seguir su camino, revestirse de su muerte, incorporarse a su resurrección, transformarse con su gloria. Para entender mejor la comunión resultaría necesario comentar todos los textos donde Pablo y las cartas postpaulinas van hablando de aquello que nosotros somos en el Cristo: Convivimos y con-sufrimos con él; somos con-crucificados, con-sepultados, co-resucitados, con-glorificados; con él coheredamos y correinamos (cf. Rom 6, 4-8; 8, 17; 2 Cor 7, 3; Gál 2, 19; Col 2, 12-13; Ef 2, 5-6; 2, 2). Toda nuestra existencia de creyentes se interpreta en forma de comunión de vida y muerte, de camino y esperanza con el Cristo. Por eso, la comunión «en lo santo» significa «participación en la santidad de Dios», a través de Jesucristo.

Esta comunión se realiza de un modo visible en el gesto eucarístico: «El cáliz... es la comunión con la sangre de Cristo; el pan..., es la comunión con el cuerpo de Cristo» (1 Cor 10, 16-17). Así se invierte y recupera el gesto del Dios que se hace humano. Carne y sangre eran primero el lugar en el que Dios se ha humanizado. Ahora, en contexto de celebración eclesial, fundada en el recuerdo y la palabra de Jesús, carne y *sangre* son la realidad del gran misterio del Cristo, Hijo de Dios, presente entre los hombres. Allí donde la comunidad se reúne y celebra a su Señor, los creyentes, unidos entre sí «comulgan con el Cristo», participan de su vida y de su muerte, se introducen en su pascua. Este es el sentido radical de aquello que la iglesia afirma cuando cree en la «comunión de los hombres con lo Santo»; es lo que la iglesia celebra alborozada y llena de temor en el misterio de su fiesta dominical.

En este contexto esta comunión (*koinônia tôn hagiôn*) significa que los fieles, reunidos en comunidad y cimentados en confesión pascual, tienen acceso al misterio de las cosas santas; comulgan con Jesús, viven su gracia, actualizan su misterio. Pues bien, Pablo identifica y ratifica esta Comunión, identificándola con el Espíritu Santo: «¡Si tenéis alguna *koinônia* o comunión con el Espíritu...! hacédme este favor...» (Flp 2, 1). De manera semejante, en la más solemne de sus despedidas, abriendo final su corazón, el desea a los corintios... «que la *koinônia* del Espíritu esté con vosotros» (2 Cor 13, 13).

En esa línea, el mismo Espíritu Santo puede definirse como comunión. Así lo supone Pablo en 1 Cor 12-14, cuando interpreta todos los dones del Espíritu en relación con la unidad eclesial y lo el Jesús de Juan cuando, en el discurso de la cena, alude al Espíritu como misterio

de la unión en que se vinculan el Padre con el Hijo (Jn 17). En esa línea se puede y se debe afirmar que el Espíritu santo es la comunión en sí, el don primigenio de Dios que se expresa como campo de amor y encuentro (persona/comunión) entre los hombres. El Espíritu es la verdad original del encuentro, la unión de amor que liga a las personas, en primer lugar en Dios y, desde Dios, en nuestra historia.

El mismo Espíritu Santo tiende a interpretarse así como «unión entre personas»: Es el abrazo de amor que congrega a los amigos, el intercambio de entrega y de respuesta, de don y de retorno que liga al Padre con el Hijo. Sabiamente, la iglesia ha dejado en silencio dogmático este tema, de manera que el credo niceno-constantinopolitano sólo afirma que el Espíritu es Señor, que procede del Padre y que recibe adoración y gloria con el Padre y con el Hijo. Pero ese silencio no es de negación sino de reverencia, no es de rechazo sino de invitación a la alabanza y la plegaria. Por eso, nosotros, cuando asumimos en el credo la palabra de la «comunión de lo santo», en el contexto del tercer artículo que se halla dedicado al *pneuma* (*Espíritu Santo*), confesamos ante todo nuestra fe en el Espíritu de Dios como realidad de comunión que, uniendo al Padre con el Hijo y siendo enviado por Jesucristo, nos sitúa, por el signo eucarístico, en el mismo ámbito misterioso de la comunión divina. Así creemos en el Espíritu de santidad, que es comunión del Padre con el Hijo; y confesamos que, desde el recuerdo de Jesús y la celebración eucarística, penetramos en ese misterio de santidad en comunión que es lo divino.

En ese fondo se entiende 1 Jn 1, 3 al decir que «Nuestra *koinônia* es con el Padre y con su Hijo Jesucristo» y que de esa forma penetramos en el centro de unidad de Dios, allí donde el Padre y el Hijo realizan su encuentro (cf. Jn 10, 30; 17, 11. 21-23). Frente a todas las unificaciones filosóficas, que intentan llegar a la fusión con lo absoluto, más allá de las pretensiones de trascendencia separada de los monoteísmos que escinden la unidad de Dios de la existencia de los hombres, frente al imperativo sociológico de una integración impersonal en el todo de la clase o del género humano, las palabras de san Juan ofrecen una nueva perspectiva de acción y de misterio: Dios es comunión, encuentro de amor gratuito entre personas; en ella estamos invitados a vivir también nosotros, por el Cristo.

b. Comunión de los “santos”. La misma “comunión en las cosas santas” se expresa y ratifica en la “comunión entre los santos”, es decir, entre los creyentes. Sólo porque Dios es comunión y se ha revelado en Cristo podemos ampliar las palabras del Credo y afirmar: «Yo creo en la comunión de los santos», esto es, de los creyentes (los seres humanos). El paso es claro y así lo ha formulado ya la primera carta de san Juan: «Si tenemos comunión con Dios... tendremos que estar en comunión unos con otros» (1 Jn 1, 6-7), realizaremos la existencia como vida compartida, nos amaremos y ayudaremos mutuamente, confiaremos los unos en los otros. Sólo la unión con lo santo (en el Espíritu Santo) es capaz de ofrecer un fundamento duradero a la comunión entre los hombres, es decir, a la Comunión de los Santos.

Todas las restantes formas de unidad tienden a quedarse en niveles periféricos y acaban derivando en soledad, desinterés, batalla mutua o inserción impersonal en un conjunto en el que no somos verdaderamente libres. Parecemos condenados a vivir en aislamiento o en rebaño. Pues bien, en contra de esas perspectivas antagónicas, la unión con lo sagrado, tal como ha venido a revelarse en Jesucristo, conduce a la unión en comunión de amor entre los hombres, en ámbito de Espíritu.

El Espíritu de Dios es comunión; comunión será su efecto en nosotros, el sentido de la iglesia. En esta perspectiva se comprende la palabra de Hechos: Los creyentes «se mantenían constantes en la enseñanza de los apóstoles, en la *koinônia*, en la fracción del pan y en las oraciones» (Hech 2, 42). *Koinônia* significa aquí vida compartida, vida en amor que va integrando a los unos con los otros. Previamente, los hombres se encontraban perdidos, cada uno

con su ley y con su fuerza. De pronto escuchan que Jesús les ha salvado. Cambian lo anterior, se entregan a Jesús y, llenos de agradecimiento y sorpresa, se descubren hermanos. Nadie vive a solas; todos participan de la fe, el trabajo, la presencia de Cristo, la esperanza de su reino. Por hallarse basado en esa certeza afirmará san Pablo, en voz triunfante: «¡Todas las cosas son vuestras!: Pablo, Apolo, Cefas; lo presente y lo futuro, vida y muerte, todo el cosmos...» (1 Cor 3, 21-22).

– *La comunión de los creyentes empieza en el plano de lo santo*, en la comunión de las cosas sagradas. Los fieles comparten la filiación de Dios, la fe, la misma eucaristía. Desde el momento de su conversión, ellos se encuentran fundados en un mismo principio de vida: Asumen como propia la historia de Jesús, la recuerdan, la repiten, la celebran. Participan de la fe y la confiesan juntos. Se sostienen, se ayudan, se aman. Hay algo misterioso en el umbral de esta experiencia. Sabemos, por desgracia, que los bienes de la tierra acaban dividiendo a los hermanos. Pues bien, el tesoro de la fe sólo se adquiere y se cultiva en la medida en que se ofrece y se comparte. En el momento en que alguien quiera engrandecer su fe a escondidas, dando espaldas a sus hermanos, pierde su tesoro y quiebra el vaso de la fe que pretendía guardar avaramente a solas. Éste es el principio de toda comunión, la eucaristía.

– *Esa comunión ha de traducirse en comunicación de vida*. De esa forma, la *koinônia* eclesial del libro de los Hechos se explicita en la participación de los bienes materiales (Hech 4, 32). Por eso, las diversas iglesias no sólo comunican la fe, sino que se ayudan con dinero cuando llega el hambre (cf. Rom 15, 32) y viven la certeza de que todo es en el fondo común entre cristianos. Evidentemente, la iglesia no sabe cómo traducir esa comunión material en claves de política social, pero si no suscita espacios de comunión de vida en el nivel del pan y de la libertad ella pierde su sentido. Si la fe común no se expresa en la existencia externa, en cauces de colaboración y ayuda material, ella se pierde, acaba haciéndose mentirosa.

– *La comunión de vida implica encuentro en el afecto*. De poco serviría el intercambio de bienes materiales si faltara el ejercicio de amor interpretado como ofrenda y cultivo de la vida en compañía. Frente a todos los esquemas de un colectivismo impuesto o de un espiritualismo intimista, la iglesia tiende siempre al surgimiento de una comunión de hermanos-amigos que, escuchando la Palabra y recibiendo agradecidos el misterio, comparten mutuamente la palabra y comunican juntos en el pan y vino del misterio. Éste es, a mi juicio, el nivel en que se juega el sentido y el futuro de la iglesia interpretada como unión de fraternidades creyentes, comunidades que comparten la fe y celebran juntas la existencia.

En este aspecto, cuando afirmamos «creo en la comunión de los santos» estamos confesando la unidad radical de todos los hombres, por el Cristo en el Espíritu. La ley termina imponiendo un tipo de orden sacral o social por la fuerza (judíos frente a gentiles, ricos frente a pobres, libres frente a esclavos etc.). Pues bien, *el Espíritu de Cristo* vincula a los humanos en gesto de gracia, de manera que todos se unen desde Dios por lo que son, en perdón y comunión, no por lo que tienen o hacen (Gal 3, 28). El Espíritu vincula en amor y libertad a todos los creyentes, porque *hay división de carismas, pero un mismo Espíritu; división de servicios, pero un mismo Señor; división de actuaciones, pero Dios es quien actúa todo en todos* (1 Cor 12, 4-6; cf. Gal, 4,5-6):

– *El Espíritu es múltiple* y se expresa en los diversos cometidos y funciones de la iglesia, como amor que hace a los unos servidores de los otros: uno destaca en sabiduría, otro en fe; uno habla mejor, otro realiza servicios de tipo social. Varones y mujeres, humanos de todos los pueblos, razas y culturas forman una misma comunidad de amor gratuito.

– *El Espíritu es uno* y vincula a todos los humanos, en una comunidad que no se funda en la pura experiencia interior, en ideas o principios generales, sino en la Comunión y Confianza mutua, desde Cristo. Por eso decimos que *han llegado los últimos tiempos*: ha culminado el camino de la historia. No puede venir algo distinto, porque ha venido el Amor definitivo, el mismo Espíritu de Dios en Cristo.

Esta es la novedad del evangelio: Que todos los hombres y mujeres pueden compartir por Dios, en Cristo, un camino de esperanza, una experiencia de amor que les vincula por encima de las diversidades. Ellos se distinguen de múltiples maneras, pero no para la envidia y lucha

mutua, sino para servirse y gozarse mejor unos a otros, en amor: «Como el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, así también el Cristo. Porque todos nosotros hemos sido bautizados en un mismo Espíritu para formar un solo cuerpo, ya seamos judíos o griegos, siervos o libres; y todos hemos bebido un mismo Espíritu» (1 Cor 12, 12-14).

El *judáismo nacional* formaba un cuerpo organizado y bien trabado por la tradición y costumbres sociales, culturales, religiosas: la ley les vinculaba en unas prácticas comunes de comidas, limpiezas, y rituales esponsales. El "espíritu" de Dios se reflejaba para ellos en un código social y nacional, interpretado como ley de Dios. Los *cristianos* (judíos mesiánicos y gentiles convertidos) carecen de ley nacional y costumbres exclusivas: no pueden apoyarse en tradiciones sacrales, ni lazos de tipo cultural que les vinculan a nivel económico y político; no son una nación, no forman un estado, pero tampoco son una simple asociación cultural, un club espiritual, una ONG con fines limitados. Ellos quieren suscitar y suscitan una comunión mesiánica (no gubernamental, no político) abierta en amor y comunión de vida, a todos los humanos.

– *Los humanos se vinculan* de múltiples maneras, por intereses *familiares y raciales, económicos y sociales, religiosos, culturales, militares*, pero sus vinculaciones tiende a enfrentar a libres contra esclavos, a judíos contra gentiles, suscitando así una humanidad de violencia, el orden se impone por la fuerza. A ese nivel pertenece, según Pablo, la ley del judaísmo.

– *Los cristianos* quieren formar una *comunidad de amor universal (=católico)*, en claves de gratuidad, desde los más pobres, abriéndose a todos los pueblos de la tierra, sin emplear medios de poder político-militar (como Roma) o de imposición legal (como podía hacer el judaísmo), en gesto donde quedan incluidos los diversos planos de la vida (económico, afectivo etc).

– *La iglesia es universal, pero no se instituye en forma de sistema*, como quiere hacer y hace en la actualidad el neo-liberalismo económico, que ha impuesto su globalización capitalista y burocrática en todo el mundo. Algunos ilustrados del XVIII y XIX (Kant, Hegel) tendieron a pensar que la unión final ser haría en claves estatales. Otros analistas modernos han pensado que la única forma de unión interhumana universal es la que ofrece el sistema neo-liberal. Pues bien, en contra de eso, los cristianos han querido y quieren suscitar una comunidad universal de vida por medio del Espíritu santo, en claves de gratuidad y amor mutuo.

c. La comunión, una tarea del Espíritu. Los creyentes *han sido bautizados*, es decir, han renacido por la fuerza del Espíritu de Cristo, de manera que pueden superar los antiguos niveles de lucha y opresión, una comunidad social de gratuidad y amor activo que se abre a todos los humanos (1 Cor 12,14-30). Esta nueva corporalidad social cristiana (=Iglesia) se vincula a la presencia del Espíritu, al amor que reúne a los creyentes. El Espíritu es el mismo Amor activo, principio y sentido final de la vinculación interhumana, que reúne para siempre a judíos y gentiles, formando un solo cuerpo, una unidad social o iglesia que vincula a todos los humanos, abriéndose (abriéndoles) en gracia hacia el misterio de Dios Padre (cf. Ef 2, 16-18). Desde esta perspectiva, sólo es verdadera la historia del amor mutuo, la mutua acogida entre los humanos, llamados a guardar "la unidad del Espíritu, en el vínculo de la paz", porque:

– *Hay un sólo Cuerpo y un Espíritu...*

– *Hay un Señor, una fe, un sólo bautismo.*

– *Hay un Dios que es Padre de todos* (Ef 4, 3-6).

Esta es la tarea de la unidad en el amor, la historia verdadera, que dirige a los humanos hacia la unidad en el amor, por encima de los enfrentamientos de pueblos y grupos sociales. Esta unión en el Espíritu no es pura comunión intimista, sino realidad social, cuerpo que quiere vincular a todos los humanos, desde el mensaje y vida de Jesús, partiendo de los más pobres. De

esa forma, lo más misterioso y aparentemente lejano (Espíritu) viene a desvelarse como lo concreto y cercano: es fuerza de salvación para los oprimidos del mundo, es principio de unidad entre los fieles, en camino que se abre a todos los humanos. Según eso, el Espíritu es principio de vida compartida (de ayuda a los marginados, de comunión de todos) que vincula en amor a todos los humanos. Dios no se ha encarnado sólo en un Hijo individual, sino en el primogénito de todos los hermanos, en el Cristo portador del Espíritu.

Así pasamos de la *encarnación individual* (el Hijo de Dios es Jesús) a la *comunitaria o mesiánica* (todos los humanos pueden vincularse, formando cuerpo de amor, a través del Espíritu de Jesús. El Espíritu Santo es la misma comunión del Padre y el Hijo, que son *Uno*. Pues bien, de igual manera, todos los creyentes deben ser *Uno* en el Espíritu. Crear unidad: esta es la vocación y tarea de la iglesia, superando la vieja historia de una humanidad violenta, dividida; como persona privilegiada al servicio de esa unidad, como signo eclesial, podemos destacar a María, a la que podemos presentar como *transparencia del Espíritu Santo*:

Para que todos *sean Uno*, como tú, Padre, en mí y yo en ti,
para que también ellos sean Uno y el mundo conozca que tú me has enviado.
Para que sean Uno, como nosotros somos Uno,
yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectos en la unidad (Jn 17, 21-23)

La unidad de Dios es comunión del Padre y el Hijo en el Espíritu. Este es el modelo y principio de toda comunión, el trasfondo de la historia, tal como ha venido a expresarse en el mundo por medio de Jesús. *La iglesia es comunión de amor y diálogo interhumano* en el Espíritu Santo. Frente al sistema social que vincula a los humanos por dinero (neoliberalismo), la iglesia les vincula en amor personal.

Jesús ha introducido este *principio de comunión del Espíritu* en la historia. Ciertamente, en el plano del sistema sigue siendo determinando el dinero y burocracia; más aún, los viejos poderes (sociales, estatales, militares, ideológicos) siguen influyendo. Más aún, han tomado gran importancia los moderes informáticos (los medios), vinculando en su "red" a todos los humanos. Pues bien, por encima de todo eso, los cristianos saben que en el fondo de la historia, abriendo un camino de Vida eterna, está influyendo algo más alto: el *principio comunión*. Como hemos indicado al principio este trabajo, en la tradición israelita resulta dominante el *principio esperanza*: la experiencia de la vida hecha camino que lleva al futuro de la reconciliación final. Pues bien, los cristianos entendemos el Espíritu no sólo como fuente de esperanza (de futuro), sino como *principio actual de comunión*, de vida compartida. Hay otros poderes que influyen de manera fuerte en nuestra historia, como sabe bien el Apocalipsis. Pero el más hondo de todas, gratuito y católico, es *el poder de comunión*, el Espíritu de Cristo, entendido como fuente de donación mutua y de vida compartida. Desde esta perspectiva podemos afirmar que la misma historia humana es despliegue del Espíritu de Dios, por medio de Cristo.

3. Credo apostólico 3. El perdón de los pecados.

Juan Bautista había condensado una larga experiencia escatológica anunciando un *bautismo de Huracán (viento destructor) y Fuego*, pues humanos se hallaban maduros para el juicio (cf. Mt 3,7-11); el perdón era imposible, tenía que llegar la "hora" del juicio. Pues bien, asumiendo el mensaje de la vida y pascua de Jesús, *los cristianos* han ofrecido a todos los pueblos un *bautismo de perdón en el Espíritu*. Dios no condena a los humanos, sino que en lugar del juicio les ofrece la gracia de su amor (cf. Mc 1, 8; Hech 1-2). Pablo ha expresado de forma

ejemplar esta experiencia de muerte y nuevo nacimiento, en el Espíritu del Hijo, que nos hace clamar ¡Padre! (Gal 4,6).

Los cristianos han muerto de manera mesiánica (pascual) con Jesús, para renacer con él e iniciar sobre el mundo la existencia verdadera. Según ley, de acuerdo con sus obras de violencia, los humanos deberían haber muerto; el mundo tendría que haberse terminado para siempre. Pues bien, donde amenazaba la muerte, destruyendo a los humanos, ha triunfado la vida del Espíritu. El perdón y filiación del Espíritu (cf. Rom 8,15) constituye la forma de vida más honda de los fieles que renacen en amor a la Vida de Dios (cf. 1 Cor 12-14). Ese perdón se vuelve principio de gratuidad: no es sólo destrucción del pecado, borrar lo que antes fuimos, sino renacer a la Vida verdadera (cf. Rom 6,1-14). Para Pablo y los primeros cristianos, el perdón tiene un rostro y nombre: es el Espíritu de Jesús.

a. Pascua y Pentecostés. Espíritu Santo y perdón. La sociedad civil funda su justicia en la seguridad de la ley, vinculada a la violencia, para defender los intereses del sistema. La iglesia de Jesús se funda en el perdón y gracia del Espíritu Santo, abriendo un espacio de reconciliación, pues Dios ha superado la justicia legal, el juicio del talión y la venganza, mostrándose divino. Su Espíritu no actúa como ley moral sobre nosotros (Kant), no es la victoria de la razón, ni el orden que se impone por pactos sociales (que normalmente protegen a los poderosos). Es Espíritu es gracia, perdón creador, el único tesoro que la iglesia puede ofrecer a los humanos. Desde ese fondo, el Espíritu pascual (amor del Padre y del Hijo) debe definirse como *perdón universal*: no es que perdone, es perdón. La ley antigua mantenía el orden social y religioso sobre una sacralidad hecha de purezas y exclusiones. Jesús resucitado suscita la nueva humanidad desde el perdón:

Les dijo: – ¡Paz a vosotros! Como me ha enviado el Padre así os envío a vosotros.

Y diciendo esto sopló sobre ellos y les dijo:

– Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonareis los pecados, les quedarán perdonados, a quienes se los retengáis, les quedarán retenidos (Jn 20, 21-23).

El Jesús pascual se ha revelado como emisor del Espíritu, nuevo creador que funda la existencia humana en el perdón. La *primera creación* se hallaba definida en términos de ley y juicio, pues el mismo Dios que había "soplado en los humanos su aliento de vida" (Gen 2, 7) les había colocado ante la ley del juicio (el bien y el mal, el riesgo del castigo). Esta *nueva creación pascual* se define por el Espíritu de perdón de Jesús resucitado que sopla sobre los humanos, ofreciéndoles la vida de su gracia.

– *Jesús sopla su Aliento*, el Espíritu de amor, la comunión que ha realizado por la pascua con el Padre. Antes, en el tiempo de su vida, su *aliento* parecía limitado. Ahora ha recibido todo *poder (=Espíritu)* en cielo y tierra (Mt 28, 16-20) y puede ofrecer su perdón (gracia de Vida) a todos los humanos.

– *Ese Aliento de perdón se "encarna en los cristianos"*. Por eso dice Jesús "a quienes perdonéis...". Los creyentes no son sólo receptores pasivos; ellos pueden convertirse y se convierten en portadores de perdón, a través de un camino de gratuidad universal, superando las fronteras de la sacralidad israelita.

Los creyentes son mediadores del perdón de Jesús, ministros del Espíritu, tanto en sentido *expansivo* (a quienes perdonéis...) como de *identificación* interior (a quienes se los retengáis...). El Espíritu es perdón universal, como sabe el testimonio unánime de la iglesia, pero no es un *perdón indiferente, gracia barata...*, como si todo diera la mismo. Por el contrario, su perdón se visibiliza en una *comunidad de perdonados*, que saben acogerlo, desplegarlo, de un modo concreto, por el mundo. Volvemos de esa forma al tema ya evocado al referirnos al *pecado*

contra el Espíritu Santo (Mc 3, 28-30). El Espíritu de Dios perdona todos los pecados, ofreciendo su amor sin limitación a todos los humanos. Pero aquellos que no aceptan el perdón, los que quieren impedir que Jesús regale su gracia y acoja a los posesos, quedan fuera: se excluyen a sí mismos de la gracia.

b. Espíritu Santo, gracia y perdón. Donde decimos *creo en el perdón de los pecados* podríamos decir *creo en el amor que se entrega, en debilidad y confianza, en gratuidad y gozo*, porque el *perdón* pertenece al camino de este mundo (al tiempo de pecado de la historia), pero la *gratuidad* del amor permanece para siempre. En Dios no hay perdón sino entrega mutua y vida compartida, pues nada tienen que perdonarse uno al otro Hijo y Padre. Por el contrario, dentro de este mundo, para que el amor se despliegue como Amor y el Espíritu en su verdad como divino ha de mostrarse como perdón.

– *En un sentido, el Espíritu del perdón es lo más débil que existe.* Más fuerte es la ley, más clara la imposición social. Parece que el perdón no puede construir ningún edificio de humanidad, quedando a merced de la pura inspiración de cada uno... Ese perdón parece débil y sin embargo lleva en sí la fuerza de la gracia: el poderío del Cristo que entrega la vida en amor, que no se impone con violencia, sino que queda en manos de la vida del Dios que le acoge y comparte con él su propia Vida (=Espíritu) en comunión de amor perfecto.

– *Pero, en otro sentido, el Espíritu del perdón es lo más poderoso que existe:* sólo el perdón suscita comunión gratuita entre personas que se aman mutuamente sin juzgarse ni acusarse, por encima de cualquier ley, en confianza mutua, venciendo así todos los celos anteriores. Sólo aquellos que quieren imponerse (imponer su fuerza o verdad sobre el perdón, queriendo justificarse así a sí mismos) quedan excluidos de la comunidad del Espíritu de Cristo. En otras palabras, aquellos que positivamente no perdonan se excluyen a sí mismos del perdón.

En el principio de la vida humana actual está el perdón: la experiencia de gratuidad, el Regalo (Don) de Dios, la superación del juicio. El mundo viejo funciona sobre bases de juicio, en claves de talión. Pues bien, Jesús ha dicho *no juzguéis* (Mt 7, 1 par), definiendo de esa forma el misterio de su Espíritu divino que es amor por encima de todo juicio, es perdón sobre toda condena, es vida compartida. Hemos dicho ya que el Espíritu Santo era persona como Regalo-Don. Pues bien, aplicando eso al perdón, podemos ofrecer dos nuevas notas del Espíritu Santo, que la iglesia ha expresado especialmente en la experiencia del bautismo:

– *El Espíritu es perdón que se ofrece a cada individuo.* Desde ese fondo, cristiano es aquel que se descubre perdonado y sabe perdonar, sin condiciones, por puro amor. El Espíritu de Cristo rompen las viejas ataduras de la ley, los lazos nacionales y sociales que pueden volverse impositivos, haciendo que cada cristiano pueda escuchar de nuevo las palabras Dios dijo a Jesús en su bautismo: *¡Tú eres mi Hijo predilecto, en tí me he complacido!* Aquí no se habla ni siquiera de perdón, sino de gracia. Más que "perdonado", en el sentido humano del término, el creyente se descubre amado. Por eso, no está obligado a conquistar nada por la fuerza. Vive porque Dios le ama en Jesús, su Señor, sabiendo que "donde está el Espíritu del Señor allí está la libertad" (2 Cor 3, 17).

– *El Espíritu de perdón implica nuevo nacimiento.* En un determinado nivel, nacemos como humanos en clave de violencia, es decir, de carne y sangre (cf. Jn 1, 12-13) y de esa forma quedamos sometidos a la lucha de la Vida. Pues bien, Jesús nos ha ofrecido por su Espíritu la posibilidad de un nacimiento superior, como dice a Nicodemo, maestro de Israel, en medio de la noche, cuando viene a verle envuelto en miedo: *Quien no nazca de nuevo no verá el reino de Dios.- Quien no nazca del agua y del Espíritu no podrá entrar en el reino de Dios.... El Espíritu sopla donde quiere, así es todo el que nace del Espíritu* (Jn 3, 3.5.7-8). Nacer del Espíritu implica nacer a la libertad, en ámbito divino, más allá de la lucha interminable de la tierra.

Ese nacimiento del Espíritu tiene un carácter comunitario, vinculando de esa forma a todos los cristianos (humanos). Quien nace del Espíritu nace de nuevo (desde arriba), vinculado a Jesús, Hijo de Dios (Rom 1, 3-4; cf. Lc 1, 26-38; Mt 1, 18-25). Pues bien, unidos a Jesús, todos los humanos pueden renacer y renacen a la comunión de la gratuidad, al diálogo de amor, por el Espíritu. Así lo proclaman con gozo los cristianos.

c. Espíritu, Perdón, Iglesia. Volvemos a la raíz del evangelio. Jesús había convocado a enfermos, publicanos, prostitutas... para hacerles hijos de Dios, ofreciéndoles un nuevo nacimiento para el reino. Esta es la novedad, esta la paradoja del evangelio: en el mismo lugar donde se esperaba la muerte ha nacido la vida, allí donde debía pregonarse el juicio ha sonado la hora del nuevo nacimiento. Pablo ha expresado de forma ejemplar esta experiencia de muerte y nuevo nacimiento, interpretándola en clave pascual. Los cristianos han sido liberados del yugo de la ley y han recibido ya la filiación en Cristo, el Hijo (Gal 4,5); Dios mismo les ha dado el Espíritu de su Hijo, de tal forma que ellos, renacidos a su vida y viviendo desde el reino, llenos de confianza, pueden exclamar ¡Padre! (Gal 4,6).

En cierto aspecto, los cristianos han muerto ya, pero no en sentido exterior (destruidos por el fuego de la ira asesina de Dios), sino en un plano más profundo: han muerto de manera mesiánica (pascual) con Jesús, para renacer con él e iniciar sobre el mundo la existencia verdadera. Esta es la paradoja. Según ley, de acuerdo con sus obras de violencia, los humanos deberían haber muerto; el mundo tendría que haberse terminado para siempre. Pues bien, allí donde amenazaba la muerte, destruyendo a los humanos, ha triunfado la vida que Jesús ofrece a todos:

– *Por medio de Jesús, Dios ha ofrecido a los humanos el perdón y filiación del Espíritu (Rom 8,15), haciéndoles capaces de vivir desde ahora como hijos y hermanos. Ese Espíritu no añade algo externo a los humanos, no es un elemento accidental de su existencia, sino la forma de vida más honda de los fieles que renacen en amor a la Vida, al Espíritu de Dios (cf. 1 Cor 12-14).*

– *Ese Espíritu de perdón y filiación se vuelve gratuidad. Perdón no es sólo destrucción del pecado, borrar lo que antes fuimos, olvidando la existencia pecadora, sino renacer a la Vida verdadera (cf. Rom 6,1-14). Perdonados en Jesús, los cristianos pueden superar la violencia antigua de la tierra, condenada a la lucha siempre repetida de la acción y reacción, para iniciar sobre el mundo una existencia ya reconciliada.*

Para Pablo y los primeros cristianos, el perdón tiene un rostro y nombre: es Jesús (el Espíritu de Jesús). Vivir desde el perdón significa fundar en Jesús la existencia, en gesto de su entrega gratuita, de amor abierto a todos (cf. Flp 2, 6-11), por encima de toda ley que nos domina y dirige desde fuera. En este contexto, el perdón se identifica con la gracia. *La sociedad civil* sigue fundando su justicia y seguridad en la seguridad de la ley, vinculada siempre a un tipo de violencia, utilizada para proteger la misma ley, para defender los intereses del sistema. *La iglesia de Jesús* ha de fundarse en cimientos de gracia. Por eso, en su despliegue sobre el mundo ella aparece como espacio de reconciliación para los humanos, *historia del perdón* proclamado y vivido a lo largo de los siglos.

En contra de lo que había supuesto Juan Bautista, Jesús sabe que Dios ha renunciado a la justicia legal, al juicio del talión y a la venganza, mostrándose así como auténticamente divino. El Espíritu de Dios no aparece como ley moral que planea por encima de nosotros, como había supuesto Kant en su filosofía, no es la victoria de la razón, ni el orden que se impone a través de unos pactos sociales (que normalmente protegen a los poderosos).

El Dios de Jesús se ha revelado como fuente de Gracia, por medio del Espíritu. Ese Espíritu de gracia, perdón creador, es el único tesoro que la iglesia puede ofrecer a los humanos.

Cuando buscan el futuro de la historia, los humanos apelan con frecuencia al dinero y a la fuerza, a la ciencia y al poder de las comunicaciones. Así dicen que el futuro está en manos de los ricos y soldados, de los científicos e informáticos... En cierto aspecto, eso es verdad, pero el verdadero futuro de la historia se halla sólo en manos de aquellos que perdonan.

4. Credo apostólico. Creo en la vida eterna

a. *Espíritu Santo y Culminación escatológica. Introducción.* Del perdón y comunión pasamos a la Vida eterna, a la culminación total de la existencia humana en el amor y comunión de lo divino. De esta forma recuperamos la experiencia original del Génesis (el *Espíritu creador* de Gen 1-3) y podemos situar, en una perspectiva nueva, lo que el mismo Jesús había proclamado al *anunciar el reino*, descubriendo que la verdad Reino de Dios es el mismo Espíritu Santo entendido como Vida eterna (cf. Mc 10, 17). Así lo formularemos de un modo esquemático, primero en clave más bíblica, luego más teológica.

Jesús había interpretado el Espíritu como presencia escatológica de Dios que irrumpe sobre el mundo para liberar a los posesos y abrir a todos los humanos el camino que conduce al Reino. Los escribas se habían opuesto a su visión y proyecto, acusándole de endemoniado. *Los discípulos pascuales* deben seguir el ejemplo de Jesús, anunciando y expandiendo su mismo mensaje de reino. Por eso, es normal que también ellos sean perseguidos. Pues bien, en medio de la persecución, Jesús les promete la presencia del Espíritu:

Cuando os lleven a entregaros (a los tribunales)
no penséis de antemano lo que habéis de contestar;
decid más bien aquello que (Dios mismo) os inspire aquella hora.
Pues no seréis vosotros los que habléis sino el *Espíritu Santo* (Mc 13, 11 par).

Posiblemente, estas palabras han sido formuladas por la misma comunidad cristiana, en nombre de Jesús, pues traducen una certeza básica de la iglesia: en medio de la persecución final, cuando los discípulos encuentren cerrados todos los caminos, el Espíritu de Dios se se hará palabra de asistencia y ayuda para ellos, ofreciéndoles su ayuda escatológica, desvelándose como fuerza de Vida y victoria en medio de la lucha de la historia.

Pablo vincula esta certeza con la experiencia de la resurrección, pues sabe que el mismo Espíritu de Dios que ha resucitado a Jesús de entre los muertos, resucitará también a los creyentes, viniendo a presentarse de esa forma para ellos como fuente de esperanza (Rom 8, 11-12). Conforme a lo indicado ya, esta experiencia nos sitúa en centro del misterio trinitario:

– *El Espíritu es el culmen del proceso intradivino:* Dios no es vida errante, un peregrino que jamás logra su meta, llegando a su descanso, sino todo lo contrario: es vida culminada, realizada hasta el final, amor que culmina y llega a su meta en el Espíritu.

– *Por eso, siendo plenitud de Dios, el Espíritu es garantía de plenitud y comunión para los creyentes.* Ellos descubren de esa forma que no se hallan perdidos, seres que caminan y jamás hallan su esencia, derrotados en las persecuciones, sino que tienen la asistencia del Espíritu.

No existen dos escatologías, una de Dios, otra para los humanos, ni dos espíritus, uno de Dios otro de los humanos. El mismo Espíritu de la culminación de Dios (plenitud de amor, vida compartida) viene a presentarse por el Cristo como garantía de existencia (de Vida final) para los creyentes. De esta forma se entrelazan escatología y pneumatología. Dios no "inventa" para los humanos una escatología distinta, sino que les ofrece su propia vida en Cristo, la fuerza de su Espíritu. (a) *Escatología* es el misterio de las cosas últimas: la certeza de que el humano,

amorosamente creado por Dios, encuentra en el Espíritu de Dios su hondura de amor-vida, culminando así la historia. (b) *Pneumatología* es el estudio del Espíritu de Dios, que actúa en los humanos, por el Cristo, abriendo para ellos un camino de perdón y comunión que lleva a la Vida eterna; por eso desemboca en la pneumatología.

b. El gemido del Espíritu, la verdad completa. Frente al giro constante de las cosas, que vuelven siempre a ser lo mismo, en círculos de eterno retorno, frente el ciego destino que domina sin cesar a los humanos, eleva Pablo la certeza de que el Espíritu dirige a los salvados hacia la plenitud final de su existencia. La *razón* discursiva en cuanto tal se pierde, la *mente* encerrada en el mundo no encuentra solución ni sabe cómo pedir y/o comportarse. Pues bien, allí donde quiebran los caminos y el humano, cerrado en sí mismo acabaría perdiéndose en el mar de sus reflexiones, el Espíritu de Dios viene en su ayuda y se revela como palabra de oración y esperanza salvadora:

- *Toda la creación* gime y sufre hasta ahora, como en dolores de parto. Pero no sólo ella,
- *también nosotros*, que tenemos la primacía del Espíritu, gemimos muy por dentro, esperando la filiación, la redención de nuestro cuerpo.
- *El Espíritu* nos ayuda en nuestra debilidad, pues no sabemos pedir como se debe, pero el mismo Espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables (Rom 8, 22-26).

Están claros los tres niveles de petición y esperanza: la creación, nosotros, el Espíritu de Dios. Los seguidores de Jesús parte de una *creación* que gime en dolores de parto; y también *nosotros* con ella gemimos: no podemos alcanzar la plenitud a solas, ni con la ayuda del mundo, pero el *Espíritu Santo* penetra en nuestra vida, asumiendo nuestra debilidad, animando y dirigiendo nuestra marcha hacia su propia Vida. De esa forma se define plenamente: es comunión de Vida eterna, amor mutuo de Dios y de Jesús, hogar de vida perdurable para los creyentes. Ciertamente, hemos recibido el Espíritu en la iglesia y dentro de ella elevamos la voz de nuestro dolor abierto a la esperanza. Pero nuestra vida se abre, desbordando el ámbito de la iglesia, para insertarse dentro de la gran esperanza cósmica. Nuestra esperanza se define y despliega en dos niveles:

- *Plano de apertura a Dios: aguardamos la filiación completa* (cf. Gal 4, 5). Vivimos alienados, como esclavos, arrojados sobre el mundo, dominados por sus cosas; pero el Espíritu santo nos alza y conduce al plano superior de filiación, conduciéndonos con Cristo hacia la pascua de la Vida.
- *Plano de transformación cósmica: esperamos la redención de nuestro cuerpo, la resurrección.* Vivimos en un contexto de muerte, fragilidad, lucha mutua. Por eso, esperamos un cuerpo distinto, en transparencia compartida, en amor que triunfa de la muerte, dirigidos por la fuerza de la vida Vida que vence a las enfermedades y dolores de la historia.

Siendo fuente y fuerza de amor mutuo, el Espíritu aparece en el NT (y de un modo especial en Jn) Jn como principio de experiencia escatológica. Jesús ha culminado su camino, ha sido glorificado por el Padre y parece que no se halla presente en los humanos. Pero él les ha dejado la ayuda del Espíritu, la misma Vida divina:

- *Yo* tengo otras muchas cosas que decir, pero ahora no podéis comprenderlas. Cuando llegue aquél,
- *el Espíritu de la verdad*, os guiará hacia la verdad completa.

Él me glorificará, porque recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros.

– Todo lo que tiene *el Padre* es mío, por eso os he dicho recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros (Jn 16, 13-15).

Conviene que Jesús se vaya, es decir, que culmine su camino, realizando plenamente el misterio del amor, ofreciendo de esa forma a los hombres y mujeres de la tierra la promesa del Espíritu y dirigiéndoles hacia la verdad completa, no sólo al final de los tiempos, sino aquí, en medio de la historia. Del plano cósmico de Pablo en Rom 8 (el Espíritu que gime, esperando libertad) pasamos al más antropológico y eclesial que ha desarrollado el evangelio de Juan: el Espíritu de Cristo viene a desvelarse desde ahora como don y presencia de Dios en el mismo camino de la iglesia, vinculando en amor (como amor) a los humanos..

c. Historia de Dios, historia de la vida. La escatología se identifica así con la pneumatología, con el *despliegue de la verdad y vida* del Espíritu, con la transparencia de amor y comunión entre todos los hermanos. Ese despliegue que, conforme a Jn se realiza ya en el mismo tiempo de la iglesia, nos abre hacia el futuro de la culminación de Dios en la historia, hacia el futuro de la Vida.

Por eso, creer en el Espíritu Santo significa *creer en el futuro de la vida*, en el camino abierto del amor que supera todas las dificultades del mundo y nos dirige hacia el pleno despliegue de ese mismo amor. Esta certeza básica, esta fe en el futuro de la Vida, entendida como culminación de la obra de Dios para los humanos, puede formularse, según la tradición de la iglesia de maneras complementarias:

– *Creemos en la resurrección de la carne.* El Espíritu había aparecido ya como poder de resurrección, como "principio de futuro" que, asumiendo el camino de la historia lo recrea por dentro y lo transforma. Sus restantes rasgos (perdón y comunión dentro de la iglesia) culminan de esta forma en ámbito pascual definitivo: sobre un mundo que parece condenado a la ira, sobre un fondo de juicio y ruina universal, el Espíritu de Dios viene a mostrarse como victoria del amor sobre el odio, de la creación sobre la destrucción, del amor sobre la muerte. Creemos en el Espíritu de Dios los que esperamos compartir la resurrección del Cristo.

– *Creemos en la vida eterna.* En otra perspectiva, la fe en el Espíritu se expresa como fe en la Vida eterna, es decir, en un tipo de existencia perdurable, hecha de amor que nunca acaba, comunión definitiva y plena de personas que se aman. Normalmente, la Vida eterna suele interpretarse en términos de inmortalidad. Frente a la carne que es mortal, el Espíritu se revela como inmortal y ofrece inmortalidad a quienes lo acogen. Los hombres y mujeres de este mundo malo, los que no tienen Espíritu, mueren y terminan para siempre. Por el contrario, los que tienen el Espíritu de Cristo alcanzan la inmortalidad de a vida.

Desde un plano superficial, ambas posturas parecen oponerse. Una cosa es la *resurrección*, que suele formularse desde un ámbito judío, como victoria de Dios sobre el dolor humano de la muerte. Otra es la *vida eterna*, concebida como profundidad divina de la Vida humana, en línea helenista u oriental. En principio, cristianos no creemos en la eternidad del alma o de la vida sino en el Dios que resucita a los muertos. Pero, dicho eso, admitida la oposición parcial entre ambas perspectivas, debemos añadir su diferencia no es total.

– *En sentido estricto, la creencia en la inmortalidad tiende a vincularse al descubrimiento del valor trascendente del alma:* sólo allí donde se sabe que el Espíritu humano es más que mundo (más que puro proceso de muerte) se puede hablar de un alma o Vida que perdura. Siguiendo en esa línea, se puede añadir que el alma es una especie de *divinidad caída*, un ser que por alguna razón misteriosa ha perdido su estatuto sagrado fontal para introducirse en la rueda de la muerte. Por eso, mientras gira en el mundo,

re-naciendo, re-muriendo, y re-naciendo, el alma está alejada de su esencia original; para salvarse, ella debe volver hacia sí misma, retornar a lo divino. Esta es la postura básica de la mayor parte de las religiones de la interioridad, del hinduismo y budismo, del orfismo y la gnosis.

– *Pero también se puede hablar de inmortalidad por resurrección.* En esta perspectiva, el ser humano por naturaleza no es divino ni inmortal, sino creatura histórica. No es inmortal en sí, pero puede alcanzar una vida más alta y perdurable (eterna en cuanto no tiene fin) por la gracia del Dios que le juzga (ratifica el camino de su vida mortal) y le resucita tras la muerte, en gesto de nueva creación. Esta es la experiencia básica de las religiones de la historia: judaísmo, cristianismo, islam. Ellas creen que el ser humano está inmerso en una historia de muerte: forma parte de la lucha de la vida. Pero creen que hay un Dios por encima de la muerte, un Señor de la Vida, que dirige la historia y que puede hacer que los humanos culminen su existencia en forma de resurrección.

En esta segunda perspectiva, *la fe en la resurrección de la carne y la fe en el vida eterna* acaban identificándose de algún modo, aunque judíos y cristianos tengamos que poner el acento en la resurrección, es decir, en la victoria de Dios y de la Vida sobre la muerte de los hombres y mujeres en la historia vieja de la tierra.

Dentro del *judaísmo*, en el tiempo de Jesús, la fe en la resurrección era una doctrina muy importante, pero no obligatoria entre los varios grupos o tendencias religiosas y sociales del pueblo (los saduceos la negaban). Los judíos más cercanos a Jesús (esenios, fariseos) defendían la resurrección, destacando esta dos notas principales:

– *La resurrección pertenece, ante todo, al pueblo en su conjunto.* Ciertamente, pueden distinguirse y se distinguen las personas individuales, pero el final de Resurrección y/o Vida queda vinculado al triunfo nacional (final) del pueblo israelita. Eso significa que el Espíritu de resurrección forma parte de la esperanza de liberación del pueblo.

– *Esa resurrección se vincula al fin de los tiempos,* es decir, a la culminación de la historia. Dios no ha creado en vano a la humanidad, no ha dirigido a su pueblo para el fracaso, sino para ofrecer su Vida a los que han sido fieles a la vida en este mundo. Desde este fondo, la resurrección constituye un elemento de la teodicea israelita: es una manera de justificar la obra de Dios, el sentido de su creación.

Pues bien, partiendo del *judaísmo*, pero desbordando sus fronteras, *los cristianos* han confesado la fe en la resurrección de una forma nueva. Ellos han vinculado la resurrección con el triunfo de Cristo (ha vencido ya a la muerte) y con a fe trinitaria (la resurrección se identifica en el fondo con la vida del Espíritu Santo).

Los cristianos no creen sin más en la resurrección general (final) de los muertos, aunque esa fe pueda estar en el fondo de su confesión pascual (cf. rom 4, 17; Jn 11, 24), sino en el Dios que ha resucitado a ya Jesús de entre los muertos y en Jesús resucitado, por obra del Espíritu, como ya hemos indicado en apartados anteriores. No se limitan a esperar la resurrección y la vida para el final, que identifican resurrección y vida con el triunfo de Jesús, con el Espíritu de amor revelado por su pascua. Los cristianos vinculan fe en resurrección y fe en Jesús (es decir, en su Espíritu). Ellos creen que Jesús ha resucitado, de tal forma que puede afirmar *¡Yo soy la resurrección y la Vida!* (cf. Jn 11, 25). De esa forma han pasado de la fe en el futuro de la resurrección a la fe en el futuro y presente de Cristo, que, por medio de su Espíritu, ofrece a los creyentes la gracia de la Vida verdadera:

– *Los cristianos creen en resurrección de la carne,* es decir, de la naturaleza y de la historia. Lo que llamamos carne (mundo, historia) no es la expresión de un eterno retorno angustioso, sino camino abierto

por el Espíritu de Dios hacia la Creación definitiva. La resurrección ha de entenderse, según eso, desde el transfondo personal de la entrega mutua y de la donación de la vida, en ámbito de donación de amor. Para los cristianos, *la carne vieja* de este mundo se identifica como lucha mutua, vivir los unos a costa de los otros. Por el contrario, *la carne resucitada* se identifica con la vida compartida, es decir, con la riqueza y vida de relaciones sociales que vamos estableciendo a través de la comunicación gratuita, de la entrega personal de los unos a los otros. Resucitar en la carne significa culminar la vida en comunión, en diálogo de amor con los demás, no en vida solitaria, en pura contemplación aislada.

– *La resurrección ha de entenderse en sentido dialogal, partiendo de la pascua de Jesús.* Los creyentes ponen su vida en manos de Dios, de manera que sólo Dios les puede devolver la vida, como a Cristo. Esto nos sitúa en el centro de una visión dialogal de la existencia, desde un fondo de pascua: vivimos de tal forma que nuestra existencia más profunda pertenece a los demás; de ellos la hemos recibido, a ellos la devolvemos en gesto de gratuidad creadora. Pues bien, la resurrección pertenece al diálogo de los humanos con Dios, conforme al modelo de la pascua de Cristo. Pues bien, entendida en sentido radical, la resurrección no consiste en una continuación de la vida anterior. No es tampoco una vida del humano que centrado en sí mismo, sino todo lo contrario: pongo la vida en manos de Dios por la muerte y Dios me recibe en su Vida de amor. No voy a encontrarme conmigo mismo, en juicio eterno (mirar mis pecados, volver hacia mismo), sino que voy a descubrirme en Dios. Vivir desde sus manos, resucitar en su amor, introduciéndonos en su diálogo de Vida eterna (del Padre con el Hijo en el Espíritu; esta es la Vida eterna, esta la resurrección cristiana).

– *La resurrección cristiana empieza dentro de la misma historia.* Ciertamente, los cristianos se saben amenazados todavía por la muerte, en un mundo que sigue siendo campo de batalla, como sabe por ejemplo el Ap. Pero el mismo Ap 20, 1-6 añade que hay una *primera resurrección*, un milenio de triunfo de Cristo, un *reino histórico de los Mil Años* de dicha. Eso significa que los verdaderos creyentes empiezan a resucitar dentro de la misma historia, suscitando desde ahora un mundo de gratuidad y de Vida, enriquecido por los mártires, los expulsados, los marginados de la sociedad antigua. Lógicamente, no basta la resurrección en este mundo. Por eso habrá una *Resurrección final o Segunda* (Ap 21-22) que se identifica con la vida después de la historia, con las bodas finales de la humanidad, que se introduce ya por siempre (sin perder su humanidad, sino culminándola) en la historia eterna de las Bodas de Dios.

De estas y otras formas puede hablarse al exponer la Vida eterna, pero añadiendo siempre que nuestras formulaciones resultan incompletas. Baste con decir que *el Espíritu de Cristo es Resurrección* porque reasume y vivifica el camino de la muerte, haciendo que los humanos renazcan con Jesús y por Jesús a la vida verdadera de la pascua. También podemos afirmar que *el Espíritu de Dios es Vida eterna* ya desde ahora, en el mismo camino de la historia de la tierra. Hay un tipo de vida que es muerte, hecha de lucha y competencia, de envidia y egoísmo. Pero hay también un tipo más alto de Vida hecha de donación gratuita, de Regalo, de Acogida, de Comunión. Esa es la vida que se desvela en el camino de la iglesia, la Vida del Espíritu.

5. Credo niceno-constantinopolitano.

La fe en el Espíritu Santo y en su realidad divina fue un patrimonio común de la Iglesia antigua. Pues bien, siguiendo una visión particular arriana, muchos cristianos del siglo IV d. de C. lo tomaron como entidad inferior al Padre (y al Hijo), explicando su sentido con categorías ontológicas de tipo griego (entidades superiores e inferiores). La *gran iglesia* respondió en Constantinopla (año 381), aplicando los principios del concilio anterior Nicea (año 325), y dijo que Dios no es una gradación de esencias, más altas o bajas (en escala platónica de seres), sino totalmente divino en sus manifestaciones o personas. Por eso, el Espíritu no es Dios inferior, sino totalmente divino.

Es Señor y Dador de vida, procede del Padre;
 con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria;
 habló por los profetas.

A diferencia de lo que hizo Nicea al referirse a Jesús, este credo conciliar no aplica al Espíritu la palabra conflictiva (*homoousios*, consubstancial a Dios), que Nicea había atribuido a Jesucristo, pero confiesa su divinidad, vinculando los dos planos. (a) *Historia de la salvación: El Espíritu habló por los profetas.* (b) *Nivel intradivino: es Señor y Vivificador.* Es Señor (cf. 2 Cor 3, 17): pertenece a Dios y sustenta todo lo que existe. Es Vivificador (cf. 2 Cor 3, 5 y Jn 6, 63): lleva a la vida (cf. Rom 1, 3-3; 8, 11) y resurrección (cf. Jn 5, 21; Rom 4, 17; 8, 11; Cor 15, 22.36.45; 1 Ped 3, 18), y así podemos vincularle con la Vida eterna. Así afirma el credo que el Espíritu es divino, aunque, para evitar discusiones, no emplea la palabra *homoousios* (consubstancial), que Nicea había atribuido a Jesucristo. A pesar de ello, o por ello, su definición ha resultado muy valiosa. Así la evocamos, para situar en esa línea el "Filioque":

– *Historia de salvación: habló por los profetas.* Ciertamente, el Espíritu es de Cristo, como ha destacado Juan. Pero, en contra de una tendencia gnóstica, que condenaba al Dios judío y a su Espíritu por violentos y opuestos a la gracia (anticristianos), este credo afirma que el Espíritu actuaba en Israel. Su influjo y presencia desbordan por tanto el ámbito cristiano. Ciertamente, es de Cristo, pero, al mismo tiempo, pertenece al conjunto de la humanidad, que busca a Dios y deja que Dios le siga hablando. En este contexto podemos evocar la presencia del Espíritu de Dios en el conjunto de la historia, en sus pueblos y culturas, desbordando la frontera israelita. En esta perspectiva se sitúa hoy el diálogo inter-religioso: al afirmar que el Espíritu actúa de manera especial (central) en Cristo y por la iglesia, no negamos, sino que suponemos su presencia en la búsqueda de vida gratitud de los diversos pueblos de la tierra. Al decir que *habló por los profetas* (sobre todo de Israel), podemos suponer que habló y que sigue hablando por profetas de otros pueblos y culturas de la tierra.

– *Misterio básico: Señor y Dador de Vida.* Estos son los calificativos que el Credo le concede, empleando palabras que hemos visto ya en nuestro trabajo: es *Kyrios/Señor* (2Cor 3, 17), pertenece a Dios y sustenta, de manera poderosa, todo lo que existe; es Dador de vida (*Dsoopoion*), en término cercano a 2Cor 3, 5 (la letra mata, el Espíritu vivifica) y Jn 6, 63 (el Espíritu vivifica, la carne no aprovecha para nada). Es Señor pues pertenece al principio divino de la realidad. Es Dador de vida pues sustenta en amor todo lo que existe. Esta es la fe cristiana, confesada por católicos, ortodoxos y protestantes, que adoran y glorifican al Espíritu, con el Padre y el Hijo, como principio de todo misterio y alabanza. Más que objeto de disputa teológica, el Espíritu es fuente de gozo y alabanza para los creyentes.

– *Ampliación cristológica, el Filioque.* En un momento dado (tras el siglo IX d. de C.), queriendo expresar mejor los datos anteriores, los cristianos latinos (de Occidente) añadieron al credo el "Filioque" (=y del Hijo), para decir que el Espíritu "proviene del Padre y del Hijo". Así expresaron su convencimiento de que el Espíritu ha sido y sigue siendo por excelencia el don de Jesús resucitado. Pero el conjunto de la iglesia ortodoxa ha rechazado ese añadido, pues cambia la palabra venerable de un Credo universal y parece que confunde la *economía salvadora* (plano de historia en que Jesús ofrece el Espíritu a los fieles) y la *inmanencia divina* (plano en que resulta preferible callar, diciendo sólo que el Espíritu proviene del Padre). Así queda pendiente esta cuestión entre iglesias: los católicos afirmamos el *Filioque*, pero estamos dispuesta a dialogar sobre su sentido, para matizarlo, si fuere necesario.

Aquí no podemos resolver esta diferencia, que pertenece a la teología especializada y al diálogo ecuménico entre iglesias. Pero pienso que ella puede ser en el fondo fecunda, si dejamos las condenas mutuas y buscamos la raíz de la propia postura, intentando comprender la ajena. Lo decisivo es ante todo proclamar que el Espíritu es *Señor* (dirige nuestra historia) y *Dador de Vida* (garantía y fuente de amor y comunión, esperanza y plenitud para los cristianos). Desde ese

fondo podemos destacar dos actitudes. 1) *Aceptamos con los ortodoxos la Diferencia e Identidad del Espíritu*, situándolo así en el nivel de Dios, liberado para la veneración y alabanza: del Padre proviene, en el Padre lo hallamos con el Hijo, más allá de todas las posibles fijaciones de la historia y de la teología. 2) *Pero destacamos como católicos la Presencia cristiana del Espíritu*, situándonos en una línea más "económica", de compromiso histórico: sabemos que Jesús nos ha dado el Espíritu por su vida y pascua, como ha venido indicando todo lo anterior, y en ese sentido queremos mantener y acentuar el "Filioque" (es Espíritu del Hijo).

Son planos distintos, pero no excluyentes, aunque a veces nos cueste componerlos. *La Iglesia Ortodoxa* ha podido arriesgarse a separar el Espíritu, situándolo en un plano de pura veneración, culto y liturgia, desligado de la lucha y conflicto de la historia. Por su parte, *la Iglesia Católica* ha podido hacer del Espíritu un simple añadido del Cristo, sometiéndolo al poder de la estructura eclesial (estaría controlado por la jerarquía y magisterio) o a las luchas de liberación de algunos estamentos eclesiales, que confunden la gracia de Dios con el triunfo de sus opciones políticas o sociales. Gracias a Dios, estos riesgos no son definitivos, de manera que las iglesias pueden y deben iniciar un camino de experiencia compartida y creadora en el Espíritu del Padre (ortodoxos), en fidelidad al don de Cristo (católicos).

6. *Persona del Espíritu. Breve teología*

Lo anterior debería bastar en línea dogmática y de búsqueda eclesial. Sin embargo, a partir de las disputas del siglo IV d. de C., que habían desembocado en el Credo de Constantinopla, algunos obispos de Capadocia, Asia Menor (Gregorio Nacianceno, Basilio), empezaron a llamar al Espíritu *persona* (hipóstasis o *prosopon*) rostro personal de Dios, plenitud de su misterio, con el Padre y con el Hijo. Esa terminología remite al principio de este trabajo: el Espíritu no es una cosa, ni en Dios ni en los humanos, sino una *relación de amor*, vinculada al *éxtasis* (salir de sí, donarse o trascenderse) y *comunicación* (vida compartida).

Esa es la base. Dios es *donación, vida hecha regalo*, que se ofrece a los humanos por el Cristo (su Hijo). Ese Don viene del Padre y pertenece de manera inseparable a su misterio (iglesia ortodoxa); pero añadimos que el Padre nos lo ha dado por Jesús, su Hijo (iglesia católica). Del seno de ese Espíritu de amor y creación hemos nacido, y en él vivimos, para entregarnos en sus manos por la muerte. Este es el misterio del Dios-Trinidad (Padre, Hijo y Espíritu) y con eso debería bastarnos. Pero la tradición teológica ha querido fijar su identidad, mostrando su carácter personal y así lo ha hecho, en un esfuerzo secular, en el que pueden destacarse cuatro respuestas progresivas.

– *El Espíritu es Amor intradivino*, plenitud del proceso de Dios, que se despliega en dos momentos, uno de conocimiento, otro de amor: al conocerse, como Padre originario, Dios genera en sí lo *Conocido* (Logos-Hijo, encarnado en Jesucristo) y al amarse suscita lo *Amado* (Amor-Espíritu, ofrecido a los humanos). El Espíritu es Amor-Personal, no es Poder errante, en busca de sí mismo, ser frustrado, que no llega a su final, sino Señor completo, gozoso, realizado. Por eso, en el camino y meta de su propio despliegue personal es misterio trinitario, como han visto Agustín y Tomás de Aquino.

– *El Espíritu es Amor común de dos personas*, no *Amor-propio* (intra-personal) de Dios hacia sí mismo, como en el esquema anterior, sino *Amor-mutuo* (inter-personal) del Padre al Hijo y viceversa. Por eso le llamamos Encuentro, Comunión, persona en dos personas. No es "una" persona sola que se sabe y ama, sino es amor y/o comunión de "dos" personas (Hijo y Padre) que se conocen-aman en una "tercera", que es Amor personal o comunión (Espíritu). Hijo y Padre se contraponen y vinculan al amarse; el Espíritu, en cambio, es el mismo Amor en sí, *persona compartida*: algunos le llaman *persona dual*; otros le toman como *persona en dos personas*... Quizá podamos llamarle (con Jn 14, 23 y algunos Padres de la Iglesia)

el *Nosotros* del Padre y el Hijo, Amor donde culmina el *Yo* del Padre y el *Tú* del Hijo, Persona compartida o Encuentro personalizado, como ha venido destacando H. Mühlen.

– *El Espíritu es Tercero en Dios, Amor completo.* No es sólo *Dilección* o amor de dos, sino *Condilecto* o Coamado, aquel a quien el Padre y el Hijo quieren juntos, suscitándole en su entrega mutua-simultánea, como decía Ricardo de San Víctor. Así podemos afirmar que el *Padre* es persona engendrando al Hijo y el *Hijo* recibiendo el ser del Padre. Ambos culminan su proceso personal diciendo juntos un mismo "tú" de amor, que surge así como un Tercero, persona donde todo amor culmina, Espíritu Santo. Este es el *Amado* común a quien Hijo y Padre quieren juntos, uniéndose al quererle, como destinatario y fuente de amor compartido. Así culmina y se abre el proceso de Dios, pues todo lo que existe surge y se consolida en ese Encuentro de Amor. Tras ese Amor de Encuentro no hay nada, pues ese Amor es Todo: Hijo y Padre vuelven y se encuentran (son cada uno en sí), saliendo de sí mismos por medio del Espíritu (el Tú común de su amor) y culminando así el proceso o círculo divino (en griego: *perikhóresis*).

– *El Espíritu es Persona-Gratuidad, Tú-Común* creador que se dicen a la vez Padre e Hijo, haciéndose y siendo Amor mutuo regalado, Persona-Don. Los cristianos le han visto desde antiguo como Amor sin más, Caridad, Gracia increada que aparece como fundamento de toda creación (cf. 1Cor 13). No es un Don que Dios nos da, sino el mismo Dios que es Don, Persona-Gracia. El signo supremo de toda religión es el regalo que se ofrece a Dios (cf. Mt 5,23). Pues bien, ahora sabemos que el *Regalo* original no es una especie de ofrenda o sacrificio que debemos entregar a Dios, en sometimiento (como víctima expiatoria), sino el mismo Dios que es *Don-Regalo* que él ofrece, ofreciéndose a sí mismo: Su Espíritu (cf. Hech 2, 38; 8, 20; 10, 45; 11, 17). Dios no ha querido darnos algo que él ha hecho, para que seamos así ricos, sino que se ha dado a sí mismo en Regalo en el Espíritu, para que seamos (=tengamos) su riqueza, como ha evocado Juan Pablo II: "El Espíritu Santo es la expresión personal de esta donación... Es Persona-Amor, es Persona-Don" (*Dominum et vivificantem* 10). Frente a los esquemas de sacrificio y victimismo, donde Dios es Poderío que nos sobrecoge o Señor airado que debemos aplacar, contra todas las visiones impositivas de la realidad (talión o mérito, lucha o juicio), el Espíritu de Dios viene a mostrarse, por el Cristo y desde el Padre, como puro Regalo, Persona-Don, Amor compartido que abre y ofrece su Encuentro de vida y pascua a los humanos, en la raíz de toda realidad.

Al llegar aquí culminan los discursos racionales y, desbordando las teorías, volvemos a la experiencia evangélica del Espíritu que es Gracia liberadora de Jesús. Por eso, la mejor lección sobre el Espíritu es el mismo Sermón de la Montaña, con los gestos sanadores y amorosos de Jesús y con su Pascua, abierta a los humanos en Pentecostés, por la iglesia. Pueden hacerse mil teorías, podemos afinar la dialéctica, precisar las palabras... Pero ellas resultan al fin inútiles si quedan vacías de Evangelio, esto es, de Reino de Dios, que en el fondo es el Espíritu. Conocer de verdad el Espíritu de Cristo supone hacerse y ser en plenitud cristiano, como dice Pablo a los semi-discípulos de Éfeso (cf. Hech 19, 1-7). El mundo actual parece lleno de hombres y mujeres como aquellos, que habían oído hablar de religión y Cristo, pero manteniéndose en un nivel de juicio y de disputas más o menos racionales. Sólo una experiencia fuerte del Espíritu, en línea de Jesús, puede transformarles (transformarnos).

El credo vincula Espíritu con al Padre y el Hijo, con quienes *recibe una misma adoración y gloria*. En esta línea, los Padres Capadocios (Gregorio Nacianceno, Gregorio Niseno, Basilio), la iglesia ha llamado al Espíritu *tercera persona* de la trinidad, definiendo su realidad como *Hipóstasis* (subsistencia) o *Prosopon*, rostro personal de Dios. En esa línea pueden y deben darse cuatro respuestas progresivas que nos introducen en el límite final de toda realidad:

– *El Espíritu es Amor intra- divino*, plenitud del proceso de Dios, que culmina en el Amor común del Padre y del Hijo. El Espíritu aparece así como amado, Amor-Personal. Dios no es un poder errante, en busca de sí mismo, un ser frustrado, que no llega a su final, sino ser realizado, completo, gozoso.

- *El Espíritu es Amor común de dos personas.* No es sólo *Amor de Dios* hacia los hombres, sino *Amor-mutuo* (inter-personal) del Padre por el Hijo y viceversa. Por eso le llamamos "ámbito de encuentro", comunión intradivina, persona que vincula a dos personas, *tercera persona de Dios*.
- *El Espíritu es Tercero siendo Condilecto* o Coamado: aquel a quien el Padre y el Hijo aman juntos, suscitándole con su entrega mutua. Así decimos que el *Padre* es persona engendrando al Hijo; el *Hijo* recibiendo el ser del Padre; ambos, Hijo y Padre, suscitando y amando juntos al Espíritu Santo.
- *El Espíritu es Gratuidad hecha persona*, el mismo Dios que culminado su camino en amor viene a mostrarse como Amor que se regala, realidad que es Don. La tradición teológica le ha identificado desde antiguo con la Caridad, es decir, con la Gracia increada: no o es un Don que Dios nos da, sino el mismo Dios hecho Don, Gracia, Regalo. Dios no ha querido ofrecernos un regalo externo, sino que él mismo se vuelve Donación, Regalo, como ha destacado Juan Pablo II: "El Espíritu Santo es la expresión personal de esta donación... Es Persona-Amor, es Persona-Don" (*Dominum et vivificantem* 10).

APÉNDICE, TEMAS DISCUTIDOS

1. Espíritu y Biblia: Locutus est per prophetas

La Iglesia católica había vinculado el Espíritu Santo a la jerarquía eclesial, como si estuviera bajo el dominio de los obispos y del Papa. Daba la impresión de que el Papa era "dueño" del Espíritu: Podía dar indulgencias para liberar del purgatorio a los creyentes, podía dirigir la vida de la Iglesia... Pues bien, en contra de eso, los "reformadores" protestaron, afirmando que el Espíritu Santo se expresa a través de la Escritura (que es la Palabra de Dios) y a través de la lectura y vivencia personal de la escritura. La Iglesia Católica ha querido recuperar en la Dei Verbum del Vaticano II (1963-1965) la función del Espíritu Santo en la lectura de la Biblia y en la experiencia de cada uno de los creyentes:

1. *La revelación es un "misterio dialogal"* (en el sentido bíblico), y se centra en el hecho de que Dios se manifiesta como Palabra (Verbum) que habla a los hombres y mujeres. Dios no revela "cosas", sino que se revela a sí mismo, para que los hombres sean plenamente humanos "creyendo", es decir, aceptando la vida como don de amor... Lo que importa no son unas teorías, sino un camino de vida, abierta en amor. En esa línea, el Concilio habla de auto-manifestación o auto-donación personal de Dios, que no quiere enseñar unas doctrinas a los hombres desde arriba, sino dialogar con ellos como amigo, entrando en su vida. La revelación constituye por tanto es un diálogo de Dios con los hombres. Por eso, el Espíritu Santo se expresa en la "lectura" de la Biblia: Es decir, en el gesto de re-hacer personalmente el camino bíblico.

2. *La revelación del Espíritu se centra en Cristo* o, quizá mejor, se identifica con el mismo Cristo, es decir, con su vida mesiánica. La revelación no trata de Jesús, como si él pudiera separarse de ella (o ella de Jesús), sino que se identifica con el mismo Jesús, que así aparece como Verbo Encarnado, es decir, como la Biblia y Tradición hecha "persona" en su misma vida humana. El Espíritu Santo se identifica con la revelación de Dios del Dios de Jesús, a cada uno de los hombres y mujeres, que han de acogerla y desplegarla en su propia vida, a través de un "libre examen", que es un libre despliegue de la vida de Dios en el corazón.

3. *La revelación del Espíritu se transmite a lo largo de la historia*, de tal forma que antes de hablar de la Escritura (fijación documental de la Palabra) puede y debe hablarse de la Tradición entendida como despliegue y expansión de la Palabra, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento (y en el conjunto de la historia de las religiones). Dios habla a los hombres de tal forma que ellos pueden transmitir (comunicarse) la Palabra. No es que ella imponga una verdad externa (independiente de la Tradición), sino que esa misma Tradición forma parte de la Revelación, que habla a los hombres en el mismo proceso (despliegue) comunitario de la vida humana. No hay una Revelación acabada y perfecta, que después se transmite a los hombres, sino que la misma transmisión (comunicación humana), a lo largo de la historia forma parte de la revelación de Dios. En ese sentido podemos y debemos hablar de una *historia y communio salutis* (de una historia comunidad de salvación; cf. DV 7-8). La Tradición bíblica forma parte de la gran tradición religiosa de la humanidad y se expresa de

forma privilegiada en una Escritura, es decir, en una serie de textos recogidos canónicamente por la comunidad creyente (judía y cristiana, AT y NT), que los considera inspirados por el mismo Dios.

4. *Palabra en Iglesia*. La revelación de Dios resulta inseparable de la comunidad de aquellos que la acogen, la viven y la transmiten, es decir, del pueblo de Israel y, en el caso cristiano, de la Iglesia. No se puede hablar de Revelación en sí, sin una comunidad que la reciba y entienda, y se deje transformar por ella, porque la Palabra sólo es tal en la medida en que se dice, se acoge, se responde, en una historia de comunicación social. Ciertamente, puede haber (y hay) unos intérpretes privilegiados de esa Palabra que son aquellos que la han “fijado” por escrito (hagiógrafos), y también los ministros de las comunidades, encargados de mantener vivo el impulso de la Palabra (ministros que en la Iglesia constituyen eso que se llama el “magisterio” (DV 10).

5. *Sagrada Escritura, libro de la Iglesia, no de la jerarquía*. Una división estamental de la Iglesia en clérigos y laicos, unida a la falta de conocimiento de gran parte del pueblo cristiano y, especialmente, al miedo del “libre examen”, propio de un tipo de protestantismo, hizo que a lo largo de siglos (desde el Concilio de Trento) la Biblia dejara de ser libro del pueblo, convirtiéndose sólo en texto particular de la Jerarquía (Magisterio) y de los teólogos (que se tomaban como parte de la Jerarquía), en un tiempo en que una parte siempre mayor de la población empezaba a leer. Pues bien, en ese mismo tiempo, los cristianos en general dejaron de tener acceso a la Biblia, convirtiéndose en “analfabetos” religioso, sin más obligación que la de “escuchar y aprender” lo que dijeran los clérigos. De esa manera, la Escritura, leída además en Latín, conforme a una traducción canónica (la Vulgata), se convirtió en libro de clérigos, interpretada por ellos, de un modo doctrinal y moralista para el pueblo (pero sin el pueblo). Pues bien, en contra de esa larga “tradicción”, la DV 23-25 pide a todos los cristianos que lean e interpreten la Biblia, sea en los textos originales, sea en buenas traducciones, inaugurando así una nueva etapa en la historia de la Iglesia católica.

6. *Escritura, Magisterio y comunidad cristiana*. Ciertamente, la DV 10-13 sigue pidiendo al Magisterio que acompañe y guíe a los cristianos en la lectura e interpretación de la Biblia, como si las cosas pudieran seguir como en tiempos anteriores (de manera que sólo los clérigos pudieran leer bien la Escritura). Pero hay dos grandes novedades. (a) Desde el momento en que todos pueden (y deben) leer la Biblia, en continuidad con la tradición de la Iglesia, el Magisterio pierde su carácter anterior de “precedencia” o superioridad. Jerarcas y pastores no son ya personas que “saben más” (los únicos que pueden leer, como antaño), pues hay muchos cristianos que saben más que ellos, conociendo mejor la vida de la Iglesia. Eso significa que el Magisterio (obispos y clero) deben encontrar un nuevo espacio de comunión dentro del conjunto de la Iglesia. (b) Desde el momento en que la Revelación no se entiende ya como un “depósito de verdades”, sino como experiencia de comunión con el Dios de Jesús, en vinculación con la Eucaristía (mesa de la Palabra y de la mesa del Pan), cambia la forma de situarse ante la Biblia y la Tradición.

7. *¿Riesgo católico actual?*. En general, más que la Revelación en sí (o la Escritura en cuanto tal), el Magisterio ha querido poner de relieve la necesidad de mantener la Revelación de Dios y la interpretación de la Escritura dentro de los cauces de una Iglesia cada vez más “dominada” por el mismo Magisterio. Ciertamente, la Pontificia Comisión Bíblica ha publicado algunos documentos de gran interés, que quieren abrir pistas y caminos en la lectura de la Biblia, como son: *La interpretación de la Biblia en la Iglesia* (15 abril 1993); *El pueblo judío y sus sagradas Escrituras en la Biblia cristiana* (24 mayo 2001). Pero otros documentos de la misma Comisión resultan ya más restrictivos, por su insistencia en mantener la lectura de la Biblia bajo el control del mismo Magisterio: *De sacra Scriptura et Christologia* (1984); *Unidad y diversidad en la Iglesia* (11 abril 1988); *Biblia y moral. Raíces bíblicas del obrar cristiano* (11 mayo 2008). Da la impresión de que cierto tipo de Iglesia tiene “miedo” de que la Palabra escuchada en libertad e entendida en comunión, entre todos los creyentes, puede llevar a cambios en la estructura y en la vida de las comunidades. Es como si quisiera “amarrar” de nuevo la Palabra para que ella no “diga” cosas que pueden ser menos apropiadas para un tipo de comunidad. En ese contexto, algunos hablan de una involución en el estudio de la Biblia.

8. *Riesgo “religioso”*. Sería el “locutus est per prophetas”...pero todos los profetas y religiones serían lo mismo. Quizá el mayor cambio realizados a partir del Vaticano II en el campo de la revelación es el que está vinculado con el diálogo religioso, no sólo entre las religiones monoteístas (Dios se ha revelado y se sigue revelando al judaísmo y al Islam), sino también con las otras religiones, en especial con las de oriente (hinduismo, budismo...). Así podemos hablar de una revelación universal (la misma vida humana es manifestación de Dios) y de revelaciones especiales, tal como se han dado y se siguen dando en las diversas religiones. En esa línea se han situado muchos teólogos importantes, como J. Dupuis (1923–2004), proponiendo un diálogo donde las religiones aparezcan como caminos de salvación, es decir, como experiencias de revelación. Significativamente, el Magisterio ha puesto de relieve las dificultades de este

proyecto en una serie de documentos de la Congregación para la Doctrina de la fe: *Condema de A. de Mello* (1998); *Notificación a J. Dupuis* (2001); *Dominus Iesus* (El Dios de Jesús y el Dios de las religiones, 2000). Pero el camino sigue abierto. En ese contexto hay que mantener el carácter “especial” de la revelación del Espíritu Santo por medio de Cristo.

9. *Tres biblias, un mismo Espíritu Santo*. Siguiendo en la línea anterior, podemos hablar de tres biblias o libros sagrados. (1) *Espíritu en el cosmos* (*Gen 1, 1-2*). Hay una Biblia o *revelación cósmica*, pues Dios habla por la naturaleza. En ese sentido, seguimos siendo de alguna forma paganos: Descubrimos a Dios y oímos su voz en el hermano sol, en la hermana luna, en la madre tierra y en la hermana muerte. El primer libro de Dios es el mundo del que formamos parte. (2) *Espíritu en nuestro mismo corazón*. Pero la revelación del Espíritu en el cosmos no nos basta y, como dice San Pablo en 2 Cor 3-4, la Escritura o *Carta de Dios está escrita en nuestros propios corazones*: sin esta Biblia interior, sin esta Palabra de Dios que resuena en nuestra conciencia, no se puede hablar de revelación de Dios. Siguiendo en esa línea, decimos que cada hombre o mujer es Biblia para sí mismo y para sus hermanos (como supone Mt 25, 31-46). (3) Hay, finalmente, una *Biblia Histórica*, fijada en un libro, dentro de las religiones proféticas, que admiten la existencia de hombres especiales (Moisés, Jesús, Mahoma) por medio de los cuales Dios se ha manifestado o encarnado de un modo muy significativo, tal como lo expresan los libros sagrados. Y con esto podemos concluir nuestra reflexión sobre el Vaticano II (*Dei Verbum*), con las dificultades que tuvo en su formulación, las aportaciones que ha ofrecido y los problemas que sigue teniendo en nuestro tiempo.

2. Espíritu y Carismas. Comunidades pentecostales

La Iglesia primitiva (cf. Hch 2) y de un modo especial San Pablo (sobe todo en 1 Cor 12-14) vinculó la experiencia y presencia del Espíritu Santo con el “fenómeno carismático”. Pero ese fenómeno no es “exclusivo” de la Biblia, ni de la Iglesia cristiana, pues aparece en el entorno bíblico (cf. profetas de Baal en 1 Rey 19)... En sentido general, el fenómeno carismático aparece en de formas diversas en muchas religiones...

1. *M. Weber. Carismáticos y funcionarios*. Desde M. Weber se vienen distinguiendo, especialmente dentro de los movimientos religiosos, dos tipos de personas: los carismáticos y los funcionarios. Los primeros, o *carismáticos*, son personas que viven en contacto inmediato con las fuentes de la realidad, cultivando de esa forma el poder de lo sagrado; lógicamente, ellos poseen autoridad por sí mismos, y así pueden aparecer como creadores de un nuevo estilo de vida, de un movimiento religioso; pertenecen, por tanto, al estado naciente de un grupo, son poder constituyente, si es que vale la palabra. Por el contrario, los *funcionarios* son personas que carecen de carisma, pues no tienen acceso directo a lo divino; por eso, ellos no crean, sino que reciben el carisma de otros y lo administran y organizan, dentro de una comunidad, en la que aparecen como representantes del poder instituido.

En la línea anterior pudiéramos decir que los *carismáticos* responden a una llamada de Dios, cultivan una vocación. Ellos no actúan por oficio sino por inspiración, expresando de un modo espontáneo la exigencia creadora de Dios dentro de la historia: en esta línea se moverían, en formas distintas, los chamanes y adivinos sagrados, los profetas y los místicos, es decir, todos aquellos que se han descubierto poseídos por la divinidad, pudiendo así expresar lo que ella les revela o confía. Por el contrario, los *funcionarios* se ponen al servicio de una experiencia religiosa ya establecida, que ellos organizan y dirigen de un modo práctico: entre ellos se encuentran, en general, los sacerdotes o ministros de un culto ya establecido, los maestros que repiten una enseñanza ya fijada y, de un modo especial, todo tipo de jerarquías establecidas por tradición, conforme a un rito que debe repetirse con fidelidad.

2. *De los carismáticos a los funcionarios* Entre los grandes carismáticos estarían los fundadores de movimientos religiosos, lo mismo que los grandes reformadores, pues resulta difícil distinguir a unos de otros: los mayores creadores religiosos que nosotros conocemos han sido, al mismo tiempo, reformadores: así los maestros del *Vedanta*, que han acogido y reformado la tradición inmemorial de la India; *Buda*, que ha transformado el hinduismo ambiental; los *profetas de Israel*, que han querido purificar la experiencia y compromiso religioso de su pueblo; *Jesús*, que ha renovado el judaísmo y *Mahoma*, que ha querido

purificar el monoteísmo anterior de los *hanif* árabes y de los judíos y cristianos del entorno de la Meca... Ellos han sido grandes carismáticos.

Lógicamente, en torno a la persona y obra del carismático (Jesús, Mahoma) se ha extendido un *movimiento social* de gran fuerza, que ha logrado extenderse y mantenerse hasta nuestros días. Pues bien, en un momento dado, ese movimiento ha corrido el riesgo de perder su novedad y organizarse, conforme a unos modelos de convivencia sacral ritualizada, según unas leyes contenidas en libros sagrados, viniendo a ser controlados o dirigidos por funcionarios (monjes, sacerdotes, imanes) que carecen de carisma propio. De esa forma, el carisma ha corrido el riesgo de perderse. Más tarde, dentro de esas mismas tradiciones religiosas (hindú, budista, judía, cristiana, musulmana), organizadas por *funcionarios sacrales*, han podido surgir *nuevos carismáticos reformadores* (santos cristianos como Francisco de Asís, sufíes musulmanes, maestros hasídicos judíos...), capaces de retomar la inspiración primordial de los fundadores, manteniendo así viva la experiencia religiosa.

3. *Tipos de carismáticos*. Los carismas, como sabe Pablo en 1 Cor 12-14, son múltiples, de manera que es difícil catalogarlos. De un modo muy general podemos distinguir los siguientes tipos:

a. *Carismáticos chamanes y magos*. En general se sienten vinculados al Gran Espíritu, al Poder Universal divino que se expresa en la naturaleza y la vida de los hombres. Son aquellos hombres o mujeres que se sienten capaces de penetrar en el secreto sagrado de la realidad; descubren y de algún modo poseen fuerzas secretas, escondidas, que los miembros normales de la sociedad no poseen, y con ellas intentan influir sobre dioses o demonios, dirigiendo así la vida del conjunto social. Más que adorar a Dios y venerar su misterio, en silencio reverente (en la postura mística), ellos quieren influir sobre Dios, de forma casi siempre positiva, es decir, para bien de los mortales (aunque hay carismáticos-magos que quieren dañar a los demás: magia negra). En esta línea se han movido los exorcistas, expertos en expulsar demonios, lo mismo que otros hombres y mujeres que conocen y dirigen de algún modo el misterio. Son carismáticos: poseen un don o cualidad superior que otros no tienen. Riesgo y valor de un chamanismo del Espíritu en ciertos grupos pentecostales católicos y protestantes. En esa línea se sitúa el caso “Milingo”, un arzobispo católico al que tachan de chamán...

b. *Carismáticos sacerdotes*. Los sacerdotes de las grandes religiones han terminado siendo casi siempre funcionarios, que realizan un rito organizado y regulado por una tradición antigua. Es normal que reciban su cargo por herencia: las familias sacerdotales se han extendido por siglos, de forma que los padres han podido transmitir a los hijos sus “artes” sagradas. De todas formas, en principio, los sacerdotes han podido ser y han sido mediadores sacrales carismáticos, capaces de evocar el misterio y de establecer lazos de conexión entre los humanos y su Dios (y entre los mismos humanos). Ellos han empezado mostrando su carisma: han logrado controlar la violencia cósmica (la naturaleza que amenaza al ser humano) o social (la agresividad que tiende a romper el entramado de la comunidad humana). Han sido expertos en el sacrificio: han aplacado a Dios (y a la comunidad) a través de diversas ofrendas humanas, animales o alimenticias, que agradan a Dios y reconcilian a los mortales. En principio, ellos han sido, quizá, los mayores carismáticos de la historia humana.

c. *Carismáticos místicos*. Son los “virtuosos” de la interioridad religiosa y han actuado de un modo especial en las religiones de la India y China, de donde provienen los grandes meditantes o contemplativos (yoguis, maestros zen), capaces de descubrir lo divino en la propia interioridad, logrando así una especie de autoridad experiencial sagrada. Ellos no se ocupan en hacer obras externas: no crean espacios de sacralidad por medio del signo sacrificial de la sangre, ni tienen la tarea de contar o enseñar a los demás el mito primigenio de la vida. Simplemente son, cultivan el misterio: se limitan a vivir en unidad interior con lo absoluto. Frente a la autoridad del sacerdote que sanciona y crea un tipo de sacralidad objetiva (de grandes consecuencias sociales), ellos descubren y explicitan un tipo de sacralidad interior, sin autoridad organizada. Este es su carisma personal, intransferible. Por eso no se pueden instituir como cuerpo religioso por encima del resto de la sociedad. Han sido y siguen siendo carismáticos. En esa línea han podido moverse los grandes hombres de Espíritu de las tradiciones católica (M. Eckart, Juan de la Cruz, Teresa de Jesús) y protestante (en la línea de Angelus Silesius, Jakob Boehme... etc).

d. *Carismáticos profetas*. Han florecido de un modo especial en Israel: son *videntes* (descubren de algún modo la voluntad de Dios) y *portadores de la Palabra divina*, que proclaman ante la comunidad, en formas de anuncio (lo que Dios quiere realizar) y denuncia (exigencia de conversión para el pueblo). La Palabra de los profetas o *Nebi'im* se encuentra en el centro de la revelación Bíblica. Ellos (Isaías, Jeremías, Ezequiel etc) han sido los auténticos creadores religiosos de Israel, porque interpretan y encauzan la vida del pueblo

desde el punto de vista de Dios. Herederos de esa tradición profética siguen siendo los judíos, cristianos y musulmanes, aunque todos, cada uno a su manera, han tendido a interpretar la profecía: los *judíos* la han puesto bajo la Ley de Moisés; los *cristianos* la han interpretado partiendo de Jesús, mesías; los *musulmanes* han colocado a Mahoma, su profeta, bajo la autoridad superior del Corán, que es palabra eterna de Dios. A pesar de ello, los carismáticos profetas son todavía los mayores inspiradores religiosos de occidente.

e. *¿Carismáticos sabios?* En cierto sentido, tanto los sacerdotes como los místicos y profetas (ya evocados) son sabios, pues conocen un tipo de realidad más profunda a través del sacrificio, la experiencia interior o la palabra proclamada. Por eso, de un modo u otro, ellos han sido y son capaces de enseñar, volviéndose maestros del resto de los hombres. Sin embargo, *sabios por excelencia* parece sólo aquellos que han logrado recibir por inspiración un tipo de conocimiento superior o carismático (revelado) que se convierte de algún modo en normativo para sus sucesores. Israel ha compartido con otros pueblos una larga y profunda experiencia de sabiduría carismática, cuyos rasgos son: proponer y resolver *enigmas*, interpretar *sueños*, aconsejar a los *gobernantes*, crear nuevas *leyes* o formas de conducta. La sabiduría de estos carismáticos no se logra sólo (ni sobre todo) por estudio, sino por inspiración divina. Por eso, es lógico que judíos y cristianos (lo mismo que otras religiones como islam e hinduismo etc.) hayan divinizado la sabiduría llamándola *Hochma*, *Sophia*, *Jnana* o *Tao*. Estos carismáticos sabios nos sitúan en la línea de un conocimiento esotérico, propio de inspirados que reciben la revelación de Dios.

f. *Carismáticos entusiastas y extáticos.* Aparecen ya en la Biblia (cf. 1 Rey 18) como *profetas paganos*, servidores de Baal y Ashera, devotos de la pareja sagrada del amor, fecundidad y lluvia. Ellos cultivan un tipo de experiencia fuerte y vivencial de lo divino, donde se mezclan y fecundan estos rasgos. 1. *Son entusiastas*, es decir, cultivan el “entusiasmos” o posesión sagrada, de manera que se sienten habitados y movidos por el mismo ser divino. 2. *Son profetas extáticos*, pero no en la línea “apática” o interior de los grandes místicos de la tradición budista o cristiana, sino en clave orgiástica: de esa forma entran en trance, *gritan* (invocan a Baal, le llaman), *saltan* (en baile rítmico alargado todo el día), alcanzando un tipo de *hipnotismo* sagrado que les permite cortarse el rostro y danzar, mientras crecen las voces y aumenta el ritmo de los gritos (o tambores). Está al fondo *el rito sexual*, vinculada a la búsqueda del vértigo, al despliegue de la fecundidad. Estos carismáticos más “silvestres”, de tipo dionisiaco, se han encontrado y se encuentran en la base de muchos movimientos religiosos, que siguen cultivando la *orgia ritual* del canto y baile, en la montaña o la casa sagrada, lo mismo que en tiempo de Elías, cuya historia (recogida en 1 Rey 18) hemos evocado.

g. *Carismáticos guerreros.* No todo lo carismático es bueno: puede haber (y hay) pretendidos carismáticos que se vuelven intolerantes y violentos. La mayor parte de los movimientos carismáticos tienden a ser pacíficos, en línea de intimismo espiritual. Pero siempre han existido grupos carismáticos violentos que han interpretado la presencia de la ruah o espíritu de Dios como exigencia de compromiso militante al servicio de la obra de Dios. En esta línea se mueven los guerreros sagrados del comienzo de la historia de Israel (federación de tribus), militares profesionales que acuden al combate dominados por un tipo de éxtasis guerrero. Podemos citar ejemplos en casi todas las religiones antiguas: el buen guerrero ha sido un santo en el sentido radical de la palabra, un hombre poseído por la fuerza de Dios. Pero también algunas religiones modernas (ciertas formas de hinduismo e islamismo, incluso algunos movimientos cristianos) han desarrollado un tipo de mística guerrera del Espíritu. Dentro de la Biblia, los guerreros carismáticos más significativos son los jueces, sobre los viene el Espíritu de Dios, excitándole con fuerza y capacitándoles para derrotar a los enemigos y liberar a los amigos del pueblo (cf. Jc 2, 11 19; 3, 10; 11, 29; 13, 25, etc.). El Espíritu no se expresa como poder tranquilo de experiencia interna, ni en el trance individual, sino como fuerza guerrera, que anima a los soldados, haciéndoles luchar y vencer (o morir) por la causa de Dios, en guerra santa. Dios mismo se apodera del combatiente israelita, infundiéndole su Espíritu y haciéndolo sacramento de salvación para el pueblo. Eso significa que la guerra no se ha racionalizado todavía, ni el ejército se ha vuelto un tipo de institución burocrática, sino que los guerreros son hombres «sobrenaturales», lo mismo que los nabis o profetas extáticos. Tanto el guerrero como el profeta estático son instrumentos de Dios, al servicio de la totalidad del pueblo. El profeta ofrece el testimonio de la presencia de Yahvé como poder de transformación religiosa. El guerrero es un testigo viviente de la fuerza protectora de Dios que libera a su pueblo de los enemigos del entorno. La guerra pone al hombre en situación de trance: lo saca de sí, lo llena de entusiasmo sacral, lo lleva hasta el extremo de entregar la vida por la causa de Dios. Es normal que, en el principio de su historia, Israel haya considerado a sus guerreros como hombres privilegiados del Espíritu, en unión con sus profetas extáticos.

4. *¿Fue Jesús un carismático?* En los últimos años (desde 1975 hasta la actualidad) se ha elevado una fuerte discusión sobre el carácter carismático de la vida de Jesús, dentro de eso que suele llamarse el

third quest o tercer momento de la investigación sobre la historia de Jesús. Unos le toman como sabio, en línea más judía o helenista; otros destacan su función como profeta moralista, que pide conversión a sus oyentes; otros le toman como personaje mesiánico, empeñado en la transformación política de Israel. Pues bien, algunos le han querido mirar y le han mirado básicamente como *carismático*, es decir, como un hombre de “espíritu”, hacedor de milagros, experto en exorcismos y sanaciones, propenso al éxtasis sagrado.

a. Algunos le he tomado como *mag*o, cercano al paganismo, un carismático popular, experto en sanar a los enfermos, en una línea casi pagana. Así le ha visto M. Smith, *Jesús el Mago* (Martínez Roca, Barcelona 1988). Conforme a su visión, Jesús habría sido un galileo paganizado, buen exorcista, gran carismático, experto en el dominio sobre los poderes satánicos. Sus curaciones le hicieron famoso; él mismo se creyó hijo de Dios por su capacidad de hacer milagros. Como carismático, Jesús devaluó la “ley” israelita, dejó a un lado el “sistema” de sacralidad del templo... Fue experto en “poderes”, pero los poderosos sacerdotes del templo le consideraron peligroso, condenándole a la muerte. Triunfó así la “razón oficial” de los jerarcas de Israel sobre la “magia incontrolada” de un buen carismático. Pero sus discípulos recrearon su figura y acabaron divinizándole; el cristianismo es, según eso, la religión de un carismático convertido en Dios por sus creyentes.

b. Otros, como G. Vermes, *Jesús, el judío*, Muchnik, Barcelona 1977, han interpretado a Jesús como un *galileo carismático un poco heterodoxo*, en la línea de otros personajes de aquel tiempo (como Honi y Hannina), a quienes los rabinos posteriores citaron con recelo y marginaron en su tradición, pues ponían en riesgo la seguridad legal y la ortodoxia teológica del pueblo. Ciertamente, Jesús fue un carismático bueno y pudo realizar milagros compasivos, curando a unos posesos, oprimidos por enfermedades psicósomáticas, apelando para ellos al Espíritu de Dios. Pero, al hacerlo, debilitó la ortodoxia y sacralidad legal del judaísmo. A juicio de Vermes y de otros judíos como J. Klausner, lo que vale y triunfa, al interior del judaísmo, es el estricto cumplimiento de la ley. Pues bien, Jesús puso en riesgo esa ley con sus milagros y gestos de libertad, contrarios a las normas de pureza y seguridad del pueblo. Como todos los grandes carismáticos acabó apareciendo como peligroso, pues su carisma resultaba destructor para el judaísmo establecido. Lógicamente, fue condenado a muerte, aunque sus discípulos acabaron divinizándole. Significativamente, las iglesias cristianas se olvidaron pronto del Jesús carismático, introduciéndole en un orden de sacralidad legal establecida, bajo el control de los nuevos sacerdotes cristianos, que repiten (y quizá empeoran) el legalismo judío que Jesús combatió con su conducta.

c. Otros como J. D. G. Dunn (*Jesús y el Espíritu Santo*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1981) han presentado a Jesús como un “carismático reformador del judaísmo”, carismático al servicio del Reino de Dios. Dunn es quizá en este momento el mayor especialista en Jesús y en los orígenes del cristianismo, en línea “reformada” (metodista). Ha sido el que mejor ha estudiado el fondo carismático del movimiento de Jesús, el carácter extático y profético de su proyecto de Reino y las raíces. He desarrollado el tema en *La historia de Jesús* (Verbo Divino, Estella 2013). Jesús ha sido un carismático, pero no al servicio de la guerra, sino de la transformación o conversión de los hombres, al servicio del reino. Ciertamente, Jesús sabe discutir con los rabinos sobre temas de institución sacral, pero no actúa desde un poder que le concede la Ley de Dios, ni la estructura legal de su pueblo, sino desde un contacto directo con Dios, que se expresa en sus milagros y, de un modo especial, en sus exorcismos, entendidos como batalla no sangrienta pero muy dura contra lo diabólico.

5. *¿Spirit Christology, Cristología carismática*. Varios teólogos, de origen protestante y católico (H. Berkhof, H. W. Robinson, G. W. H. Lampe, P. Schoonenberg) han querido desarrollar la cristología desde un punto de vista pneumatológico, es decir, han presentado la persona y obra de Jesús como resultado, centro y punto de partida de la actuación del Espíritu de Dios entre los humanos. Según ellos, Jesús no es Hijo de Dios o Cristo por su esencia (como Verbo eterno de Dios); tampoco es Cristo por su propia humanidad; es Cristo, Hijo de Dios, porque el Espíritu de Dios le ha suscitado, sosteniéndole como persona humana y capacitándole para realizar su tarea mesiánica. Ciertamente, el mismo Espíritu de Dios actúa y se desvela en todo el cosmos con su historia; pero sólo en Jesús lo ha hecho de un modo total. Por eso le llamamos Cristo, Hijo de Dios, es decir, el hombre carismático.

– *Cristo significa “carismático”, ungido por el Espíritu*. No es carismático sólo por sus milagros, como en el caso anterior (por sus sanaciones y exorcismos), por su capacidad extática y su magia poderosa, sino por la presencia inhabitante del Espíritu de Dios que le permite descubrir y desplegar la sacralidad de la

existencia humana. Dicho de otra forma: Jesús no es carismático por sus carismas aislados, es decir, por sus milagros y sus raptos extáticos, sino por el *carisma fundante* de su vida, que proviene de la misma hondura del Espíritu de Dios. Jesús no es Dios, sino un hombre divino; no es realidad sobrehumana, sino una persona humana que se encuentra totalmente penetrada por la fuerza y realidad de Dios que es el Espíritu.

– *Jesús hombre divino, hombre del Espíritu*. De esa forma vive desde Dios y su *misma vida es carisma*: surge y se realiza como humano desde la presencia sagrada de Dios. El Espíritu de Dios viene a desvelarse de esa forma como fuerza inspiradora, humanizante, que llena la existencia de Jesús, el Cristo, haciéndose ser hombre perfecto. Este es su carisma: realizarse como humano desde Dios; vivir de tal manera que el Espíritu de Dios le llene, haciéndole “divino”, Hijo de Dios y salvador para los hombres y mujeres de la historia. Jesús viene a mostrarse de esa forma como el *carismático* por excelencia: el hombre que vive desde el Espíritu de Dios, Dios con nosotros. No se puede hablar de *carismas* en plural, como obras especiales del Espíritu que actúa por medio de Jesús, sino de *Carisma* en singular: Jesús mismo es el Carisma, presencia de Dios en persona.

6. *Carisma e Iglesia, los carismas de la Iglesia, Spirit Ecclesiology*. El Credo de los Apóstoles vincula el *Carisma personal* (creo en el Espíritu Santo) con la Iglesia y con los grandes *dones eclesiales* (comunión, perdón, vida), que son los *carismas primeros* de la vida Cristiana. *Creo en la Santa Iglesia Católica*. El tema está en situar a la Iglesia en el campo de la “pneumatología”, de lo carismático, o situarla en el campo de la “ley”, de una cristología convertida en estructura de poder, conforme a una visión Canónica del Evangelio... Tanto la Ortodoxia como el protestantismo en general han situado a la Iglesia en un contexto de Espíritu Santo: La Ortodoxia pone de relieve el Espíritu como misterio contemplativo y litúrgico; el protestantismo como experiencia interior de fe y de libertad. Sea como fuere, el primer don o carisma del Espíritu es la iglesia en cuanto comunidad de discípulos de Jesús. Ella se mantiene *todavía* en el camino de la historia, como portadora mundana del Espíritu de Cristo. Pero pertenece *ya* al misterio escatológico de Dios, es decir, a la manifestación definitiva de su gracia. Por eso, ella es *católica* o universal: el Espíritu no se encuentra vinculado a un pueblo especial (como el judío), sino viene a presentarse por Jesús como principio de transformación (reconciliación) de todos los humanos. Éste es el carisma base, el signo primero y más hondo del Espíritu de Cristo: la unidad de todos los hombres y mujeres de la tierra, iniciada y expresada por la iglesia. Ella misma, la Iglesia, es el primer carisma del Espíritu de Cristo. Desde aquí se entienden

– *1 Cor 12-14. Iglesia, comunión de “virtuosos carismáticos”*. El tema de los dones o gracias (kharismata) del Espíritu Santo ha constituido una de las preocupaciones fundamentales de Pablo, sobre todo en sus relaciones con la comunidad de Corinto. Da la impresión de que parte de los cristianos de Corinto querían cultivar los dones carismáticos (de tipo sobre todo extático) en sí mismos, sin referencia a Jesús y a la iglesia, convirtiendo la comunidad en una asociación libre de virtuosos extáticos, capaces de entrar en trance y hablar en lenguas (en un tipo de lenguaje para-racional, hecho de exclamaciones y emociones que rompen la sintaxis normal de un idioma). Significativamente, Pablo no niega esa experiencia, ni la desliga del Espíritu Santo, pero la sitúa en un contexto eclesial donde la presencia y acción Espíritu aparece vinculada sobre todo a la revelación de Dios en Cristo y al amor mutuo.

– *Carismas, ministerios, actividades*. Este es el tema básico del argumento de 1 Cor 12-14). Pablo empieza ofreciendo un principio general: «Hay diversidad de carismas (kharismatón), pero el Espíritu (Pneuma) es el mismo» (1 Cor 12, 4): la presencia del Espíritu se expresa como carisma, es decir, como un don gratuito, que capacita al hombre para actuar de un modo más alto. «Hay diversidad de ministerios (diaconías), pero el Señor (Kyrios) es el mismo» (1 Cor 12, 5): los ministerios o servicios de la comunidad aparecen vinculados al mismo Señor Jesús, a quien todo el Nuevo Testamento presenta como servidor o diácono por excelencia. «Hay diversidad de actuaciones (energemata), pero el Dios que obra todo en todos es el mismo, es el que hace todas las cosas en todos» (1 Cor 12, 6). Pues bien lo que en ese pasaje aparece de un modo trídico (vinculado al Kyrios, al Pneuma y a Dios) aparece después relacionado solamente con el Pneuma, es decir, con Espíritu Santo. Así continúa diciendo Pablo: *a cada uno se le ha dado la manifestación del Espíritu para conveniencia (de todos), por medio del mismo Espíritu* (cf. 1 Cor 12, 7). Estos son algunos de los dones o carismas: palabra de sabiduría, palabra de ciencia, fe, poder de curaciones, don de hacer milagros, profecía, discernimiento de espíritus, don de lenguas, interpretación de lenguas... (cf. 1 Cor 12, 7-13).

– *Riesgo carismático, división de la comunidad*. Pablo ha planteado este problema porque algunos cristianos de Corinto se lo han pedido, preguntándole sobre los pneumatiká (dones espirituales: 1 Cor 12,

1), que han venido a convertirse objeto de discordia en la comunidad. Algunos cristianos se creen y portan como superiores, pues se sienten portadores del Espíritu, sabios aristócratas, jerarquía carismática de la iglesia, porque, según ellos, poseen dones más grandes: el de la profecía y, sobre todo, el de las lenguas (cf. 1 Cor 13, 1-3; 14, 1-25). Pablo no condena esos dones, pero responde que ellos deben ponerse al servicio de la comunidad. Eso significa que, por ejemplo, el don de lenguas y otros dones de tipo místico sólo tienen un sentido y un valor cristiano si es que pueden traducirse y ponerse así al servicio del conjunto de la asamblea. En la base del argumento de Pablo está la exigencia y valor de la unidad de los creyentes, que no está hecha de uniformidad sino de variedad puesta al servicio de la vida del conjunto de la iglesia. Por eso, todos los carismas individuales o grupales, han de estar al servicio del conjunto de la comunidad (cf. 1 Cor 12, 12-26): son valiosos en cuanto vinculan en amor a los cristianos, entre quienes los más importantes son aquellos que parecen más pobres (y tienen en apariencia menos dones); por eso, la unidad del Espíritu se expresa en el servicio a los excluidos del sistema.

– *Carismas y amor*. En este contexto, ha destacado Pablo los dones que son más necesarios para el surgimiento y despliegue de la iglesia, poniendo así de relieve el valor del apostolado y de la comunión de los creyentes, pasando por la profecía, enseñanza, acogida y don de curaciones (cf. 1 Cor 12, 1-11.27-31; 14, 26-33). Más aún, en el centro de su descripción y valoración de los carismas (1 Cor 12-14) ha colocado Pablo el canto al amor (1 Cor 13), indicando así que tanto el don de lenguas, como los milagros y profecías, lo mismo que la fidelidad creyente, están al servicio del Amor, que es presencia gratuita y generosa de Dios en la comunidad. La autoridad carismática es necesaria para recrear la sociedad. Ella se sitúa más allá del bien y del mal ya establecidos, de manera que puede y debe vincularse con Dios (o con el Espíritu Santo), entendido como fuente de la vida. Pero ella no basta para resolver todos los problemas y, además, puede volverse irracional, convirtiéndose en violenta. Por eso es necesaria una autoridad “constituida”, según ley, una autoridad legal, que tiende a convertirse en burocrática. En el conjunto de la Biblia hay una dialéctica constante entre los carismas (vinculados a la línea profética) y las instituciones (expresadas sobre todo por el sacerdocio).

7. *Iglesia cristiana, comunidad carismática*. Jesús suscitó un movimiento carismático muy fuerte. En el círculo de sus seguidores, especialmente en Galilea, hubo exorcistas y sanadores, que siguieron realizando su tarea y expandiendo la memoria y esperanza de su reino, como suponen los mandatos misioneros (Mc 6, 6b-13 par). Ellos constituyen un elemento esencial de la nueva institución cristiana, aunque la iglesia organizada haya dado primacía a otros rasgos sacrales y sociales. También la iglesia de Jerusalén fue carismática, como indica Hech 2, cuando presenta el surgimiento de la comunidad desde la experiencia del Espíritu, que se expresa, de un modo especial en el don de lenguas, que Lucas interpreta en forma misionera: «Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen. Moraban entonces en Jerusalén judíos, varones piadosos, de todas las naciones bajo el cielo... y se juntó la multitud; y estaban confusos, porque cada uno les oía hablar en su propia lengua y decían: ¿no son galileos todos estos que hablan? ¿Cómo, pues, les oímos nosotros hablar cada uno en nuestra lengua en la que hemos nacido? Partos, medos, elamitas, y los que habitamos en Mesopotamia, en Judea, en Capadocia, en el Ponto y en Asia, en Frigia y Panfilia y Egipto... cretenses y árabes, les oímos hablar en nuestras lenguas las maravillas de Dios» (cf. Hech 2, 4-11). Hay en el fondo de ese pasaje el recuerdo de unas comunidades en las que diversos creyentes eran capaces de hablar «lenguas sagradas», es experiencia extática. Desde ese fondo quiero recordar las notas de la presencia (acción) carismática del Espíritu en la Iglesia, según el Credo:

a. *Creo en la Comunión de los santos*. La confesión eclesial, formulada de un modo general en momento anterior, se expresa ahora de un modo más concreto, destacando así la *Comunión de los Santos*. De esa forma, explicitando lo antes dicho, podemos añadir que, siendo don de Cristo, el Espíritu eclesial viene a mostrarse como Amor que vincula, Comunión que reúne a todos los humanos (los santos), uniéndoles gratuitamente, en comunicación de libertad, en el cuerpo de la iglesia. Según eso, el don o carisma del Espíritu se "encarna" en la misma textura de la sociedad humana, que surge desde el Cristo, culminando y superando la antigua Ley nacional del judaísmo, que sancionaba la división entre los pueblos, dejando en un segundo lugar a los gentiles, como si ellos fueran todavía menores de edad (cf. Gal 2-3). Pues bien, el Espíritu de Jesús quiebra las antiguas divisiones y vivifica para siempre a todos los creyentes, sea cual fuere su origen: *ya no hay más judío ni griego, ya no hay más siervo ni libre, ya no hay más varón ni hembra; pues todos vosotros sois uno en el Cristo Jesús* (Gal 3, 28). Esta unidad universal en Cristo constituye el principio y contenido de la nueva experiencia de la libertad cristiana, fundada en el Espíritu (cf. Gal, 4,5-6). Por un lado, *el Espíritu es múltiple* y se expresa en los diversos cometidos y funciones de

la iglesia donde los creyentes aparecen muy distintos: uno tiene más sabiduría, otro más fe; uno sabe hablar mejor, otro trabaja de manera más externa; pero, al mismo tiempo *es unidad, amor que vincula a todos los creyentes* (a todos los humanos) en un mismo camino de comunicación y vida compartida (cf. 1 Cor 12-14). La misma comunión humana es el carisma fundante del Espíritu.

b. *Creo en el Perdón de los pecados*. Para convertirse en Comunión, el mismo Espíritu de Cristo ha de ser Perdón y nuevo nacimiento. Los humanos se encontraban antes sometidos al nivel del juicio (talión), que divide a los unos de los otros, sometiéndoles a una especie de lucha infinita y de muerte. Pues bien, el mismo Jesús crucificado ha venido a revelarse por la pascua como fuente y principio de perdón para sus discípulos: *Como me ha enviado el Padre así os envío a vosotros... Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonareis los pecados les quedarán perdonados* (Jn 20, 21-23). Jesús se define así como emisor del Espíritu, ofreciendo a los humanos el perdón que les capacita para vincularse en comunión de gracia. Jesús ofrece a los discípulos su aliento, que es Espíritu del Padre, que aparece como fuerza de perdón para los humanos, a quienes convierte de esa forma transmisores del mismo Espíritu de gracia, portadores del perdón de Dios. Los creyentes aparecen así como mediadores del perdón de Jesús resucitado, esto es, ministros del Espíritu. Conforme a todo lo indicado, el perdón implica nuevo nacimiento: *Quien no nazca de nuevo, quien no nazca del agua y del Espíritu no podrá entrar en el reino de Dios* (Jn 3, 3-5). Nacer de nuevo (desde arriba) significa nacer del Espíritu, que nos libera del yugo de la ley, vinculada al pecado, para hacernos hijos que reciben el perdón de Dios y son capaces de clamar, llenos de confianza, ¡Padre! (cf. Gal 4, 5-6). Todos los restantes valores de la historia y la cultura pueden conquistarse por la fuerza. El perdón, en cambio, es pura gracia del amor de Dios: es el Carisma del Espíritu, abierto gratuitamente a todos los humanos.

c. *Creo en la Vida eterna*. El último y definitivo carisma del Espíritu Santo es la Vida plena, es decir, la victoria de la comunión y del perdón sobre la muerte. Lo había dicho ya Jesús: *Cuando os lleven a entregaros (a los tribunales) no penséis de antemano lo que habéis de contestar; hablad más bien aquello que (Dios mismo) os inspire aquella hora. Pues no seréis vosotros los que habléis sino el Espíritu Santo* (Mc 13,11 par). En medio de la persecución final, cuando se cierran los caminos de la historia, el Espíritu de Dios se hace palabra de asistencia y vida para los creyentes. Esta es una certeza que ha sido desarrollada de formas convergentes por Pablo y Juan, los dos grandes teólogos del Espíritu Santo, es decir, de la experiencia de culminación humana, en amor creador, en vida compartida. Pablo sabe que el Espíritu de Dios es poder de resurrección. El Espíritu de Aquel que ha respondido a Jesús en la muerte resucitará también a los creyentes, culminando así, de manera escatológica, una obra que había comenzado a realizarse ya en la historia (Rom 8, 11-12). Esta experiencia escatológico-pascual nos conduce hasta la hondura del misterio trinitario, allí donde la eternidad de Dios y la vida de los fieles se vinculan. Sabemos, por un lado, que el Espíritu es el culmen del proceso intradivino: Dios no es realidad errante, un peregrino que jamás logra encontrarse, sino Vida culminada, proceso de amor que culmina de manera eterna en el Espíritu. Por eso, el mismo Espíritu de Dios puede y debe desvelarse como fuente de resurrección y Vida para los humanos. Juan ha introducido la experiencia escatológica del Espíritu dentro de la misma historia cristiana, en el corazón de la iglesia: *tengo otras muchas cosas que deciros, pero no podéis comprenderlas ahora. Cuando llegue aquél, el Espíritu de la verdad, os guiará hacia la verdad completa...* (Jn 16, 13-15). La escatología se identifica con el despliegue de esa verdad, con la transparencia de la Vida de Jesús, abierta a los humanos por medio del Espíritu. No hace falta que esperemos ya otra vida tras la muerte. La Vida verdadera ha comenzado a realizarse y se expresa desde ahora, en forma verdadera, en el Espíritu. Por eso, hemos dicho que esa Vida es carisma culminado del Espíritu.

8. *Lectura ecuménica I. Católicos*. Católicos, ortodoxos y protestantes mantenemos una misma confesión trinitaria y cristológica, fundada en el consenso de los cuatro primeros grandes concilios de la Iglesia (Nicea, Constantinopla, Éfeso y Calcedonia). Eso significa en, la base, mantenemos una misma doctrina sobre el Espíritu Santo, confesando que “es Señor y Vivificador, que procede del Padre y que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria” (*Credo Conciliar*). Pero después han venido a surgir las diferencias en la forma de entender la relación del Espíritu con el Hijo y con la Iglesia, como muestran las divisiones entre católicos, ortodoxos y protestantes.

– *Los católicos* hemos destacado la relación entre el Espíritu Santo y la acción salvadora de Cristo, dentro de la Iglesia. En general, los ortodoxos nos han criticado por silenciar la voz del Espíritu Santo, convirtiéndole en un mero “delegado” de Cristo, a quien miramos como Señor monárquico (casi político) de una iglesia organizada muy jerárquicamente. Llegando hasta el final en esa línea, algunos ortodoxos nos han acusado de poner al mismo Espíritu Santo bajo la autoridad de la jerarquía: ellos, los jefes, habrían

recibido por la ordenación el Espíritu divino y lo interpretan y regulan, dentro de la iglesia; los simples fieles estarían obligados a recibir el Espíritu a través del Magisterio (en el nivel de la enseñanza) y del Ministerio sacerdotal (en el nivel de la ordenación eclesial y de la administración de sacramentos). De esa forma habríamos ahogado la espontaneidad del Espíritu Santo, negando en el fondo su divinidad.

– *Filioque*. Es evidente que esta acusación resulta exagerada y, en el fondo, falsa. Pero ella nos obliga a plantear de manera más profunda el tema. El *Filioque* (el hecho de que el Espíritu provenga y/o se exprese desde el Padre, por medio de Jesús, el Hijo de Dios) no significa una subordinación del Espíritu, sino todo lo contrario: una expresión de su poder y realidad divina, vinculada a la obra mesiánica de Cristo. Por otro parte, tras afirmar que el Espíritu proviene de Jesús, podemos y debemos añadir que Jesús surge y realiza su tarea mesiánica por medio del Espíritu, como han indicado los trabajos precedentes. El problema de fondo es la *definición cristiana* del Espíritu Santo: sólo vinculándolo a Jesús, sabemos que el Espíritu es divino y salvador (es cristiano), asumiendo (no negando) lo que han venido descubriendo de forma tanteante las religiones no cristianas y de un modo especial la historia israelita.

– *El riesgo católico*. Ciertamente, al acentuar una determinada visión cristológica (un Jesús Señor, desligado del Espíritu y que expresa su poder por medio de la jerarquía de la iglesia), algunos católicos han podido caer en los riesgos que han puesto de relieve los ortodoxos: un *mesianismo político*, que identifica el reinado de Jesús con el triunfo temporal de la iglesia; un *ontologismo teológico*, que interpreta la confesión de fe en términos de sistematización lógica, como un orden de proposiciones, y no como encuentro personal con Dios, en el Espíritu; una *jerarquización eclesial*, que mira al papa y los obispos como mediadores privilegiados del Espíritu, negando así los valores de la comunidad. Todo esto puede tener cierto fondo de verdad. Pero, como hemos podido ir advirtiendo en las reflexiones y trabajos anteriores de autores católicos, esta crítica ha sido una exageración: la gran teología católica de la segunda mitad del siglo XX ha superado los riesgos de que suele acusarle la ortodoxia, tal como indicará el trabajo de Rovira sobre el Vaticano II.

9. *Lectura ecuménica 2. Iglesias orientales*. Los ortodoxos han cultivado, en general, una pneumatología más autónoma, destacando la experiencia del Espíritu en la vida de la iglesia, tanto en la celebración litúrgica como en la vida espiritual de cada uno de los creyentes. Es evidente que todos los cristianos debemos estarles agradecidos, pues ellos, los ortodoxos, han conservado para el conjunto de las iglesias una tradición original que pertenece a toda la cristiandad. Pero, después de afirmar eso, debemos añadir que también ellos han corrido y corren ciertos peligros en la interpretación del Espíritu.

– *Espíritu sin Jesús histórico*. Algunos ortodoxos tienen el riesgo de buscar y cultivar un *Espíritu sin la historia real y conflictiva de Cristo*, cosa que puede llevarles a un misticismo extra-mundano, a una confusión teológica y a una disolución histórica. Habría *misticismo extra-mundano* si el Espíritu se viera como profundidad espiritual abierta, desligada de la vida y obra redentora de Jesús, dirigiendo a los creyentes hacia una experiencia insondable de celebración y misterio que puede acabar siendo vacía. Habría *confusión teológica* allí donde la experiencia del Espíritu nos condujera hacia el misterio puramente indecible de Dios, en un apofatismo puro, desligado de la vida y acción liberadora de Jesús. Puede haber, finalmente, un riesgo de *disolución histórica*, si la búsqueda de un Espíritu extra-cristiano pudiera conducirnos a un nivel de experiencia mística, desligándonos de la gran tarea mesiánica de recrear la historia, desde el dolor y la acción liberadora, siguiendo a Jesús que, con la fuerza del Espíritu Santo, fue expulsando los demonios y construyendo así el reino de Dios (cf. Mt 12, 28).

– *Riesgo de estructuras sacrales de las Iglesias*. Ciertamente, la ortodoxia ha elaborado una visión ejemplar del Espíritu Santo, que es patrimonio de todos los cristianos, pero esa visión puede haber quedado algo anclada en estructuras eclesiales de tipo tradicional, más deseosas de recordar la riqueza de un pasado glorioso, que de abrirse, por Jesús, hacia futuro abierto de reino, que empieza ya en este mundo, a través de la lucha y creatividad histórica, en ansia de libertad. Es evidente que las iglesias católicas (y protestantes) han corrido el riesgo de “diluir” el Espíritu de Cristo en la búsqueda gozosa y dolorosa (prometéica y sufriente) de la modernidad, perdiendo así su identidad cristiana. Pero ese riesgo ha sido y sigue siendo, a mi juicio, necesario: el Espíritu de Cristo ha venido a presentarse desde el principio como fuente de creatividad histórica, fermento y garantía de futuro, no sólo en la resurrección final de los muertos, sino aquí, en el mismo camino de la historia.

10. *Lectura ecuménica 3. Riesgo “reformado”*. La tradición protestante ha sido, a mi juicio, la más creadora (y quizá aventurera) en este campo. Como su propio nombre indica, ella he empezado reaccionando (*protestando*) contra el riesgo de un jerarquicismo eclesial, poniendo así de relieve la

subjetividad del Espíritu, vinculado a la propia opción creyente (fe) y a la lectura personal de la Palabra de Dios (el Espíritu de Cristo actúa allí donde los fieles escuchan e interpretan la Escritura). Frente al riesgo de una iglesia jerárquica, que parece “adueñarse” del Espíritu, diciendo a los simples fieles lo que deben creer y realizar, los grandes reformadores evangélicos han destacado la madurez de cada cristiano, capaz de recibir y cultivar, en fe y confianza, los dones del Espíritu, que se expresa de un modo especial a través de la Escritura, que viene a presentarse así como lugar privilegiado del Espíritu.

– *Protesta del Espíritu*. Conforme a esta visión, el gran *carisma del Espíritu* en la iglesia es la lectura e interpretación personal de la Biblia, más que el orden eclesial reflejado por la jerarquía (riesgo católico) o que el misterio celebrado en forma de liturgia comunitaria (riesgo ortodoxo). Esta “protesta evangélica” de los reformadores pertenece también a la tradición común de las iglesias y así lo han comprendido gran parte de los teólogos católicos, y el mismo Concilio Vaticano II. Pero ella puede convertirse en fuente de un riesgo quizá más grande allí donde ella abandona a cada uno de los fieles, dejándole ante su propia interpretación aislada de la Biblia, fuera de la Gran Comunión de los Creyentes, en la Comunidad de la iglesia. Como hemos venido indicando, el don fundante del Espíritu sigue siendo la Iglesia universal, abierta por su perdón y comunión, a la vida sempiterna, es decir, a la culminación pascual de Cristo en los cristianos.

– *Pneumatomaquia filosófica*. De un modo lógico, al poner de relieve la creatividad del Espíritu en cada uno de los fieles, la reforma protestante se ha expresado y expandido en eso que pudiéramos llamar la gran batalla de la *pneumatología filosófica*, que he encontrado su expresión más genial (y peligrosa) en el pensamiento alemán de los siglos XVIII y XIX. Como han destacado los teólogos protestantes (liberales) de finales del siglo XIX y principios del XX, los auténticos herederos de la *pneumatología protestante* (de Lutero) fueron los filósofos germanos, en una línea que va de Kant a Hegel, con sus epígonos y críticos (en un camino que llamo de pneumatomaquia, que no es el auténtico de Lutero ni de los grandes reformados del siglo XVI). De esa forma, el Espíritu de Cristo corre el riesgo de venir a presentarse como puro “espíritu humano”, dentro de una *Historia del Espíritu (=Geistesgeschichte)* que define y da sentido a la vida humana.

– *Renovación pneumatológica del protestantismo*. Ciertamente, la gran teología protestante del siglo XX (de K. Barth a R. Bultmann, de P. Tillich a D. Bonhöffer) ha protestado contra esa interpretación filosófica del Espíritu, pero los resultados de su protesta no parecen todavía claros. De esa forma, los protestantes actuales (divididos en múltiples grupos) se mueven entre el riesgo de una neo-ortodoxia, vinculada al literalismo bíblico, y el riesgo aún mayor de una disolución antropológica del Espíritu de Cristo. Lo que ellos han dicho y han hecho, sobre todo en el campo de la lectura de la Biblia, sigue siendo modélico: ninguna otra iglesia ha trabajado en este campo con su rigor y deseo de verdad; ningún otro grupo humano ha pensado con el rigor con ellos lo han hecho. Pero es muy posible que también ellos, los protestantes nuevos, por respeto a sus reformadores (Lutero, Calvino...) y, sobre todo, por fidelidad a las fuentes bíblicas, deban dialogar con la tradición ortodoxa y con la experiencia eclesial de los católicos, para así descubrir mejor la identidad y acción del Espíritu de Cristo en nuestro tiempo.

3. Espíritu y ministerios.

Conforme a una visión muy extendida del protestantismo, Dios ofrece su Espíritu a los fieles para que lean e interpreten de manera personal y salvadora la Escritura de Dios. Conforme a otra visión extendida del catolicismo, Dios habría dado su Espíritu al Papa y a los obispos, para que actúen en su nombre (en nombre de Dios) y digan a los otros lo que tienen que hacer. Ésta es una lectura simplista de los hechos, pero nos ayuda a interpretarlos... En este contexto quiero fijar algunos rasgos del surgimiento carismático de la autoridad cristiana (eclesial), en línea ecuménica:

1. *La primera autoridad cristiana es el carisma*, es decir, la creatividad personal de los creyentes, como Pablo ha desarrollado en 1 Cor 12-14 y Juan en todo su evangelio y en sus cartas. Esa autoridad se encuentra vinculada al testimonio y creatividad de aquellos que enriquecen a los demás, abriendo para ellos un camino de seguimiento y maduración. Esta autoridad se avala por sí misma: no tiene que imponerse, se ofrece; no se consigue por razones o por votos, se expresa y justifica por sí misma. En esta perspectiva se sitúa la autoridad de los grandes creadores espirituales como Jesús o Mahoma, lo mismo

que los fundadores de las órdenes y movimientos religiosos. La fuerza de esta autoridad reside en el ejemplo y prestigio de aquellos que se han presentado ante los demás como hombres o mujeres de Espíritu, capaces de mantenerse en diálogo con lo divino. Esta es la autoridad que define el *estado naciente* de una institución o grupo. De algún modo, ella perdura a través de las instituciones ya formadas (iglesias constituidas), aunque pierde la importancia que solía tener en su principio, pues las iglesias tienden a convertirse en administradoras de un carisma ya codificado y funcionalizado.

2. *El carisma de la autoridad tiende a estabilizarse en formas y estructuras de poder delegado*, a través de los funcionarios o administradores que organizan la vida del grupo conforme a unas leyes aceptadas en principio por todos. Así se pasa de los fundadores carismáticos a los funcionarios eficientes cuya tarea no consiste en crear carisma (recibir nuevo Espíritu) sino en administrar la vida de aquellos que están reunidos en nombre de ese carisma. Estos superiores delegados (administradores) no ejercen autoridad por sí mismos ni pueden apelar a una inspiración más alta del Espíritu. Son representantes de un conjunto social que les ha dado unas tareas que tienden a burocratizarse; son ejecutores de una ley que pertenece a todos (que ellos no han creado ni pueden ejercer a capricho); son gestores de un conjunto social al que deben dar cuenta de su tarea. Normalmente, para mantener su prestigio y mantenerse, estos administradores tienden a convertirse en "jerarcas", es decir, en autoridad sagrada. Para ello sacralizan su poder, afirmando que ellos han recibido la garantía del Espíritu divino.

3. *La iglesia tiene que vincular autoridad carismática y poder administrativo*. Eso significa que los cristianos, superando el riesgo de burocratización (institucionalización) de sus miembros, deben volver siempre "a las fuentes de inspiración de su vida", es decir, al manantial carismático de Jesús y de los cristianos primitivos. Desde ese fondo debemos superar dos riesgos, el de una búsqueda puramente carismática del Espíritu, sin apoyo en la realidad concreta de sus miembros, y el de una institucionalización pura de la vida eclesial. Así podemos hablar de los dos tipos de "espíritu" cristiano, uno más carismático, otro más institucional. La unión entre carisma e institución forma parte del "legado básico" cristiano, de la experiencia fundante del Espíritu, como puso de relieve J. L. Leuba, *Institución y acontecimiento*, Sígueme, Salamanca 1969.

4. *El carisma puro del Espíritu, entendido en línea de pura espontaneidad creadora, sin ninguna forma de organización, no existe en realidad, sino que es como "límite" hacia el que tiende los cristianos*. No se puede hablar de un puro *estado naciente*, en el que no habría todavía instituciones, pues tan pronto como el grupo ha nacido y/o se ha organizado en cuanto tal necesita realizar tareas administrativas: se dividen funciones, se reparten encargos etc. Lo que llamamos el Espíritu Santo del "estado naciente" de la iglesia (de las primeras comunidades galileas o de Jerusalén) se expresa desde el principio a través de ciertas funciones del grupo (vinculadas a misioneros y profetas ambulantes, a maestros y presidentes de las comunidades).

5. *Por otra parte, la pura institución, entendido como triunfo de la burocracia administrativa, resulta imposible dentro de la iglesia*. Por eso decimos que la autoridad eclesiástica (lo que se ha llamado jerarquía) tiene que volver incesantemente a las raíces carismáticas de la iglesia (a la experiencia pascual, a la visión de Pentecostés) para realizar sus tareas. Eso significa que la misma institución participa de la libertad y creatividad carismática del origen de la iglesia; ella se mantiene siempre en estado naciente. Esta dialéctica entre *carisma e institución* está en la base del cristianismo y de cada uno de los grandes movimientos religiosos intracristianos. *El puro carisma* se diluye pronto y pierde su capacidad creadora a no ser que se organice a través de instituciones encargadas de expresarlo y expandirlo (en cauces de administración y poder). Pero si las *instituciones* pierden su autoridad carismática y se convierten en puras administradoras de poder se vuelven fósiles sin alma.

6. *La autoridad auténtica deriva del carisma*: Es la capacidad creadora del amor, que libera a los humanos de la fatalidad cósmica y del miedo a la muerte y les vincula en una tarea creativa, gozosamente asumida. En ese sentido, los religiosos queremos o ser obedientes a la llamada carismática de Jesús y de nuestros fundadores religiosos; sólo a ese nivel funda y recibe su sentido la auténtica obediencia. Si

pierde este principio ella se vuelve cadáver. Por su distancia respecto al origen (que es siempre el amor creador) y por exigencias de la organización, autoridad debe expresarse a través de unas *mediaciones funcionales y administrativas, vinculadas a la trama del poder*, que pertenecen a la estructura de la vida social y deben ponerse al servicio del carisma. Recordemos que un carisma sin institución pierde pronto su sentido y se diluye en la impotencia o en cien manifestaciones a menudo contradictorias.

7. *El primer poder es el amor (es decir, el no-poder)*. En la iglesia el “poder” no lo poseen los sacerdotes (pues no hay en ella sacerdotes en el sentido estricto del término; el único sacerdote es Dios-Jesús), *ni los ancianos o presbíteros como tales* (pues el evangelio rompe la estructura social y nacional judía, no crea un pueblo donde mandan los ancianos en cuanto representantes de la tradición). Tampoco hay en la iglesia escribas en cuanto portadores de una ley nacional que ellos controlan y fijan, tal como ha venido a expresarse por la Misna. La autoridad de la iglesia se funda solamente en Cristo que anuncia el reino y ofrece su vida por los hombres. Cesan ante él todas las formas de poder antiguo, de manera que, en su origen, los cristianos vienen a expresarse como *pueblo carismático*, que vive de la autoridad de Jesús, sin necesidad de fijar poderes especiales (burocráticos, institucionales).

– Los documentos esenciales del Nuevo Testamento ofrecen el testimonio admirable de *una iglesia llena de autoridad* (que va a extenderse pronto en todas direcciones) pero carente de *poder económico y administrativo*. Recordemos en esta línea el evangelio de Mc (e incluso el de Mt), donde aparece una riquísima comunidad cristiana, llena de autoridad evangélica, sin poderes institucionales. Recordemos al mismo Pablo auténtico, sin más autoridad que la experiencia de Jesús y el evangelio. He tratado de autoridad y poder en Sab y en el NT en *Antropología Bíblica* (BEB 80, Sígueme, Salamanca 2006).

– Este es, a mi juicio, el problema principal en la interpretación del AT, es el lugar donde se escinde judaísmo y cristianismo, como he querido señalar en *Dios judío, Dios cristiano*, EVD, Estella 1996. Sobre esa base de *autoridad carismática sin poder* ha de asentarse una y otra vez la iglesia cristiana. Si en un momento determinado ella lo olvida y se define en función de las diversas formas de poder que han brotado en tiempos posteriores (por imperativo social, no por evangelio), ella pierde su base cristiana. Pero, como ya hemos dicho, *toda autoridad tiende a explicitarse en formas de poder* y así ha pasado en la iglesia cristiana.

8. *La misma autoridad del Espíritu suscita unos ministerios (unos poderes, en sentido relativo)*. Así lo saben ya los *lis sapienciales judíos* (cf. Sab 6) al decir que toda poder viene de Dios. Frente a un “demonismo” antimundano que condena toda forma de poder como perversa, el AT nos recuerda que la autoridad de Dios (principio salvador) viene a expresarse a través de unas estructuras de poder. En esa línea se mantiene Rom 13 cuando afirma que el poder es signo de Dios sobre la tierra.

– *La misma autoridad de Cristo se exprese en tipo poderes de carácter administrativo* dentro de la iglesia, no para negar el carisma sino para expresarlo sobre el mundo. En esta perspectiva han de asumirse como necesarios los ministerios eclesiales, en las diversas formas que han ido tomando (y/o deben tomar) a lo largo de la historia.

– *Pero todo “poder” resulta peligroso...* si se busca a sí mismo y se toma como principio de vida de la iglesia, según indica ya en el mismo Antiguo Testamento *la fábula del árbol coronado* en Jc 9, 7-15: el rey tiende a mostrarse como parásito que vive a costa de los demás, como la zarza que es el árbol menos provechoso y chupa la savia de los árboles buenos para imponerse sobre ellos. En esa línea, el AT abre un camino de “utopía”, de búsqueda de autoridad que no sea opresora, tanto en plano profético como mesiánico y legal (de escribas).

– En esta perspectiva debe mantenerse vigilante el cristianismo, afirmando siempre la autoridad creadora de Jesús y superando las formas de poder que puedan desvirtuar o destruir ese tipo de autoridad evangélica. La *autoridad* (que es siempre fuente de amor) ha de expresarse en formas de *poder* (sobre todo económico y administrativo). Frente a un angelismo cristiano que rechaza todos los poderes en la iglesia debemos afirmar que ellos son necesarios (pero sólo en la medida en que expresan el sentido de la autoridad de Jesús). Desde esta perspectiva puede y debe expresarse el sentido básico de la *autoridad dentro de la iglesia*.

9. *Conclusión. La autoridad es el Espíritu*. Dentro de la estructura legal de un judaísmo de ley (legalista: ¡no todo judaísmo es legalista!), los ministerios aparecen reglamentados según ley, conforme a un esquema de herencia (de transmisión familiar) o de organización social. En contra de eso, desde la mejor fuente israelita, según Pablo, dentro de la iglesia, los diversos ministerios emergen y se expresan por la

fuerza del mismo Espíritu. No se pueden estructurar desde fuera, ni se pueden imponer, sino que brotan conforme a la exigencia de la misma estructura y vida eclesial. Todos los ministerios están al servicio del *cuerpo*, no de un cuerpo nacional judío (o de un cuerpo eclesiástico, bien estructurado según ley), sino del *cuerpo mesiánico*, fundado y expresado conforme a la gracia del Espíritu del Cristo, al servicio del conjunto de la comunidad y, de un modo especial, del conjunto de la humanidad. Por eso, la finalidad de la autoridad del Espíritu consiste en que no haya poder ni poderes...

– *Los ministerios cristianos están al servicio del “no poder”, es decir, del amor mutuo y de la expansión de la palabra...* Desde aquí se pueden distinguir y precisar los ministerios: «Y en la iglesia, Dios ha designado: primeramente, apóstoles; en segundo lugar, profetas; en tercer lugar, maestros; luego, milagros; después, dones de sanidad, ayudas, administraciones, diversas clases de lenguas...» (1 Cor 12:28). Hay, por tanto, ministerios, hay servicios eclesiales, pero brotan de la misma comunidad abierta al amor, en el Espíritu. Todos ellos se expresan y culminan en el único servicio del amor, como sabe 1 Cor 12, 31b-13,13.

– *El carisma fundante (y en el fondo único) de toda vida cristiana (y evidentemente de sus diversas instituciones) es el amor*, entendido como don gratuito y fuente de unión no impositiva entre los humanos (los miembros de un grupo). Fundada en ese amor que brota del Espíritu, *la iglesia de Jesús* no ha desarrollado en principio ninguna autoridad específica distinta de aquella que posee y representa Jesús resucitado. Su autoridad es el amor común y al servicio de ese amor emergen diferentes ministerios.

4. Espíritu y Santos. María.

Se ha venido diciendo que la Virgen María ocupa para muchos católicos el lugar central de la Iglesia. Más aún, ella aparece como máxima autoridad, ocupando el lugar que para los protestantes tendría la Biblia. Pues bien, en esa línea, diversos teólogos y pensadores católicos de los últimos decenios han vinculado al Espíritu Santo con María, la madre de Jesús y, de un modo especial, con la Iglesia, entendida como signo especial de la maternidad y de la vida de Dios.

1. *Formulación dogmática.* Comenzaremos ofreciendo dos afirmaciones que en un primer momento pueden parecer contradictorias: (1) Jesús-Hijo existe de algún modo sin María, en su nivel de eternidad intradivina en relación de amor hacia Dios Padre, en la unidad del Espíritu. (2) Pero Dios ha querido que Jesús Hijo realice su filiación eterna y trinitaria dentro de la historia, por medio de María (en contexto de Iglesia). El mismo Hijo divino (eterno, sin origen en el tiempo), nace siempre de María (en la Iglesia). Esto significa que María, siendo una mujer histórica, se encuentra vinculada al despliegue de Dios (al Espíritu Santo). Esto es precisamente lo difícil, lo misterioso. Fácil sería decir que María es eterna, divina y, como tal, madre del mismo Hijo de Dios, siendo ella también eterna. Fácil sería afirmar que ella es sólo madre del Cristo temporal, como las otras madres de la tierra. Lo difícil y paradójico es aquello que confiesa la iglesia: Dios Padre expresa y realiza históricamente, por medio de María, su paternidad eterna. Eso significa que el mismo Espíritu eterno y se revela, por medio de María, en el nacimiento histórico de Jesús, Hijo de Dios. De esa manera, la Trinidad Económica (manifestación histórica de Dios) se identifica con la Trinidad Inmanente (Dios en sí).

b. *María y el Espíritu Santo: Trinidad económica e inmanente.* En la línea anterior, la posibilidad de realización económica de la Trinidad inmanente se llama María, de manera que ella pertenece al despliegue temporal de la Trinidad eterna. Esto implica tres grandes consecuencias.

– Dios es trascendente con respecto a los procesos vitales, psicológicos del mundo. Por eso, su misterio de vida no se puede explicar como una simple experiencia de familia humana (padre-madre-hijo) que nosotros proyectamos hacia el plano más íntimo de la realidad, que es Dios. Siendo trascendente al mundo, Dios es inmanente en sí mismo: tiene vida interna, sin necesidad de desplegarse o realizarse en el proceso cósmico. Por eso, en sí mismo, Dios no es madre ni padre en sentido masculino o femenino.

– Dios es personal, es comunión de personas en su misma vida eterna. Así descubrimos la autonomía de Dios como viviente, nos vemos invitados (casi obligados) a expresar su personalidad intradivina en forma de plenitud de amor o encuentro entre personas.

– María es criatura y es persona. Es criatura, pues deriva del Dios que es trascendente; ella existe, en cuanto tal, fuera del misterio. Es persona en la medida en que, surgiendo de Dios y dependiendo de Dios, viene a mantenerse en pie, puede sostenerse a sí misma y decidir sobre el sentido de su vida, en relación de diálogo y amor con Dios (con el Padre y el Hijo, en el Espíritu Santo). En esa línea podemos seguir diciendo que ella es la “presencia personal” del Espíritu Santo, es decir, del amor doble (paterno/filial) y único de Dios.

c. *Dios personal, María persona.* Dios es personal en sí, no necesita de los hombres o del mundo para serlo. Es personal como diálogo de ofrenda y acogida, de llamada y de respuesta en comunión de amor del Padre, del Hijo y del Espíritu. Ese Dios trinitario, realizando en sí la totalidad del ser, no es excluyente ni egoísta. Todo lo contrario: quiere que en su propia plenitud haya lugar para otros seres que participen de su propio encuentro de amor (o felicidad), surgiendo así como personas. Pues bien, la primera criatura que se eleva y se realiza plenamente como persona (humana) al interior de ese misterio trinitario, en referencia al Padre y al Hijo por el Espíritu Santo es María. Ella es la primera que entra en relación directa con el Padre, participando humanamente en su paternidad divina, es la primera que ha vivido en comunión con el Hijo; es la primera que se deja iluminar por el Espíritu (apareciendo así como presencia o manifestación humana del Espíritu Santo, en la Iglesia). Así decimos que María es persona humana (criatura), pero viviendo en diálogo de amor y libertad con el Padre y el Hijo en el Espíritu Santo (como signo del Espíritu Santo).

d. *Conclusión: Espíritu Santo, persona.* María no es signo y presencia del Espíritu Santo en cuanto ser femenino sin más, sino en cuanto persona concreta, que vive en comunión de amor con otros seres personales (hombres y mujeres), en la línea de Jesús. Ciertamente, en un plano, varón y mujer son distintos, pero, llegando hasta su identidad más honda, como “seres de palabra”, que “son” comunicándose a sí mismos, unos y otros viven y se despliegan como personas, siendo así signo y presencia del Espíritu de Dios. En ese sentido podemos decir que María no es “la Mujer” sin más, como criatura femenina (pasiva-receptiva), que acoge en silencio la voz de un Dios trinitario básicamente interpretado en forma masculina (en la relación de Padre-Hijo). Ella no es tampoco el “Espíritu-mujer”, entendido en forma complementaria, frente al Hijo-varón. Esos simbolismos, que pueden admitirse en plano inicial, como etapas en el camino de una humanidad todavía esclavizada por los elementos de este mundo (cf Gal 4,3), deben superarse cuando se llega el nivel del Espíritu Santo, que es el nivel de la persona realizada en amor.

oooooooooooooooo

Magisterio: Juan Pablo II, *Dominum et Vivificantem* (Carta encíclica, 1986); Comité Jubileo año 2000, *El Espíritu del Señor* (1997).

Exégesis bíblica y Teología. C. K. Barrett, *El Espíritu Santo y la Tradición Sinóptica*, Sec. Trinitario, Salamanca 1978; J. Comblin, *El Espíritu Santo y la liberación*, Paulinas, Madrid 1986; I. M. Congar, *El Espíritu Santo*, Herder, Barcelona 1983; M. D. G., Dunn, *El Espíritu Santo y Jesús*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1981; H. Heitmann y H. Mühlen, (ed.), *Experiencia y teología del Espíritu Santo*, Sec. Trinitario, Salamanca 1978; H. Mühlen, *El Espíritu Santo y la iglesia*, Sec. Trinitario, Salamanca 1998; R. Penna, *Lo Spirito di Cristo*, Paideia, Brescia 1976; X. Pikaza, *Dios como Espíritu y persona*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1989; X. Pikaza y N. Silanes (eds.), *Los carismas en la iglesia. Presencia del Espíritu Santo en la historia*, Sec. Trinitario, Salamanca 1999; C. Schütz, *Introducción a la Pneumatología*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1991; E. Schweizer, *El Espíritu Santo*, Sígueme, Salamanca 1992 .

Interconfesionales;

Heitmann, H y Mühlen, H. (ed.), *Experiencia y teología del Espíritu Santo*, Sec. Trinitario, Salamanca 1978

Lanne, E (ed.), *Lo Spirito Santo e la Chiesa*, Ave, Roma 1970

- Leenhardt, F.J. (Y otros), *Le Saint-Esprit*, Labor et Fides, Genève 1963
 Varios, *Credo in Spiritum Sanctum. Acti del Congreso Teologico Internazionale di Pneumatologia I-II*, Vaticano, Roma 1983
 Varios, *L'Esprit Saint*, Univ. Saint-Louis, Bruxxelles 1978

Católicos

- Aranda, A., *Estudios de Pneumatologia*, Univ. Pamplona 1985
 Comblin, J., *El Espíritu Santo y la liberación*, Paulinas, Madrid 1986
 Congar, I. M., *El Espíritu Santo*, Herder, Barcelona 1983
 Garrigues, J. M., *El Espíritu que dice ¡Padre!*, Sec. Trinitario, Salamanca 1985
 Lubac, H. de, *La fe cristiana*, Sec. Trinitario, Salamanca 1988
 Meis, A., *La fórmula de fe "Creo en el Espíritu Santo" en el siglo II. Su formación y significado*, Univ. Católica, Santiago de Chile 1980
 Mühlen, H., *El Espíritu Santo en la Iglesia*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1998
 Philips, G., *Inhabitación trinitaria y gracia*, Sec. Trinitario, Salamanca 1980
 Pikaza, X., *Dios como Espíritu y persona*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1989; Id., *Trinidad y comunidad humana*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1990
 Porsch, F., *El Espíritu Santo, defensor de los creyentes*, Sec. Trinitario, Salamanca 1978
 Schoonenberg, P., *El Espíritu, la Palabra y el Hijo*, Sígueme, Salamanca 1988
 Schütz, C., *Introducción a la Pneumatología*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1991

Ortodoxos:

- Afanasieff, N., *L'Eglise du Saint Esprit*, Cerf, Paris 1975
 Boulgakov, S., *Le Paraclet*, Aubier, París 1944
 Eudokimov, O., *Lo Spirito Santo nella tradizione ortodossa*, Paolina, Roma 1971
 Loskky, V., *Théologie mystique de l'Eglise d'Orient*, Aubier, Paris 1944
 Stawrosowsky, A. W., *ensayo de Teología Irénica*, Madrid 1967
 Timiadis, E., *La Pneumatología ortodoxa*, DDB, Bilbao 1978

Protestantes:

- Berkhof, H., *La doctrina del Espíritu Santo*, Aurora, Buenos Aires 1969
 Chevalier, M.-A., *Aliento de Dios, I*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1982
 Dunn, M. D. G., *El Espíritu Santo y Jesús*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1981
 Lampe, G. W. H., *God as Spirit*, The Bampton Lectures, 1976, SCM, London 1977
 Moule, C. F. D., *The Holy Spirit*, Mowbray, Oxford 1978
 Moltmann, J., *La Iglesia, fuerza del Espíritu*, Sígueme, Salamanca 1978
 Robinson, W., *The Christian Experience of the Holy Spirit*, London 1962
 Schweizer, E., *El Espíritu Santo*, Sígueme, Salamanca 1992